

Los dardos

Rubén Fernández Páez



Los dar

Rubén
Fernánd

Capítulo 1

Autor: Rubén Fernández

Fecha de publicación: 15 de noviembre de 2020

Capítulo 1: Prólogo

1

David estaba disgustado. Había llegado el fin de semana, lo que significaba que tenía que quedarse en casa de su padre durante todo el fin de semana. Sus padres se habían separado cuando tenía tan solo dos años porque había engañado a su madre con lo que ella denominaba “Una fulana de tres al cuarto” o, en otras palabras, con una puta. Claro que, aquella chica no se trataba de ninguna puta, era una chica que su padre había conocido un año antes de separarse, y con la que había mantenido una relación a escondidas desde que la conocía, no recordaba cuando tiempo habían pasado juntos, pero lo cierto es que tampoco le importaba, todo eso había ocurrido hacía ya doce años, y lo cierto es que no recordaba nada de aquella chica con la que salió su padre, de hecho no recordaba que la hubiera conocido, tenía un vago recuerdo, pero era tan vago que ni siquiera se replanteaba el hecho de que fuera real. No odiaba a su padre por lo que había hecho, sabía que había hecho mal, pero no le odiaba. De hecho, a pesar de que estaban separados, tenía buenos recuerdos con él, quizás no los suficientes como los que podría tener un niño que ha tenido la suerte de que sus padres no se separaban, o un niño que se ha criado únicamente con su padre, pero si eran los suficientes como para poder permitirse el lujo de decir que tenía un buen padre.

Su padre era una buena persona, no solo con él, sino con todo el mundo, no odiaba a nadie, ni siquiera a su madre, y tenía razones para odiarla, casi le destroza la vida en el juicio. Si no hubiera sido por el abogado que contrato, probablemente le hubiera dejado en la ruina, y no hubiera podido ver nunca a su hijo. David creía que la razón por la que su padre no odiaba a su madre era porque una parte de él sabía que había hecho mal y que se merecía todo lo que le pasase desde entonces, pero eso es algo que nunca hablaría con su padre, ni con su madre, no solo porque no quería remover mierda, sino porque además no le interesaba. Si le preguntabas a uno, te daría una versión, y si le preguntaras al otro, te daría otra, ¿Cuál de los dos tendría razón? Probablemente ninguno de los dos. Así que David solo se quedaba con lo importante.

Estaban separados y punto.

A pesar de que se veían poco, su padre se preocupaba mucho por él, sobre todo por su futuro. Siempre que iba a su casa, y le decía que tenía deberes, se ponía con él, y le ayudaba en todo lo que podía, quería que lo entendiera todo a la perfección para que cuando le pusieran el examen sacara muy buena nota, y las veces que le decía que no tenía, solían entretenerse de alguna manera. A veces iban al cine y después cenaban en el *Burger King*, otras veces salían hacer deporte por el parque, o sencillamente a pasear para que les diera un poco el sol, y otras veces se quedaban en casa para ver alguna serie que estuvieran viendo juntos, como por ejemplo *NOS4A2U*, una serie basada en la novela de *Joe Hill* y que habían conseguido ver gracias a *Amazon prime*. No sabía si calificarlo como un padre ejemplar, desde su punto de vista, no. Pero al menos, era un buen padre, y no se aburría con él durante el fin de semana.

Un buen padre, sin duda alguna. Se dijo mentalmente mientras se asomaba por la ventana de su cuarto, y veía como su padre aparcaba su *Citroën C4* frente a su casa.

Solo había una cosa que no le gustaba de él, aquella razón por la que no quería pasar el fin de semana en su casa. Su padre se trataba de una persona muy competitiva a la hora de jugar a juegos, pero no solo de videojuegos, sino de "Juegos" en general.

Siempre que iba a su casa, su padre le hacía jugar a algún juego en algún momento del día. Al "*Risk*", al "*Parchís*", a las cartas, e incluso a veces, cuando salían, iban a las recreativas para jugar a algún juego de dos jugadores como por ejemplo el "*Hockey de mesa*". El caso es que, a David no le gustaba jugar con su padre. Le gustaba jugar, como a casi todo el mundo, pero no contra su padre, había dejado de gustarle hacía ya mucho tiempo, no porque siempre le ganaba, aunque una parte por la que no quería jugar con él era esa razón, sino porque se volvía una persona insoportable cuando ganaba, al menos durante un breve tiempo. "*Has perdido*" Solía decirle su padre siempre que perdía, "*Has vuelto a perder*", "*Tienes que mejorar si quieres derrotarme*", o la peor de todas, la frase que más odiaba David, "*¿Qué se siente al ser el segundón?*" Al principio todas aquellas frases no significaban nada para él, tan solo se trataban de simples piques entre padre e hijo. Su padre ganaba, le decía una de sus frases, él se picaba un poco, y fin de la historia. Pero ahora, siempre que le decía una de esas frases, no solo equivalían a una apuñalada en su corazón, sino que además hacían que se sintiera como un completo inútil. *¿Como llegare a ser alguien en la vida, si ni siquiera puedo vencer a mi padre en un simple juego?* Eso era lo que se preguntaba David muchas veces cuando terminaba de jugar con su padre.

Todo eso podría terminar de una forma muy sencilla, hablándolo con él. Podría decirle que había dejado de gustarle aquellas cosas, y que ya no

quería jugar más a ningún juego, pero no lo hacía porque sabía que para su padre aquellos momentos eran especiales para él. *¡Y tan especiales!* - Se dijo mentalmente mientras seguía mirando el *Citroën C4* desde su ventana. - *Siempre gana, y que yo recuerde nunca se ha dejado ganar, ya me dirás tu si el hecho de ganar los hace o no especiales.*

Pero a veces, a pesar de que no quería jugar más con su padre a ningún juego, se imaginaba que lo hacía, y no solo eso, sino que también se imaginaba que le ganaba. Aquello era un sueño que quería cumplir desde pequeño, ganar a su padre para ser mejor que él. Y cuando lo hiciera, seguramente su padre le diría algo como "*¡Me alegro mucho por ti, hijo!*", o tal vez, le diría sencillamente, "*¡Enhorabuena!*" Aunque, si tuviera que elegir una frase, le gustaría que su padre le dijera, "*Ves como al final el esfuerzo tiene su recompensa*" *Ojalá ocurriera eso algún día.* - Se dijo mentalmente. - *Ojalá...*

Se oyó un pitido desde el exterior, su padre le llamaba.

- ¡David! – Exclamo su madre desde la planta baja de la casa. - ¡Tu padre te espera en el coche!
- ¡Voy! Exclamo.

Al oír a su madre, David se apartó rápidamente de la ventana y se acercó a su cama. Cogió el macuto que había preparado para pasar el fin de semana en casa de su padre, y cuando lo hizo, se fue al cuarto de baño. Se aseo un poco, y se miró en el espejo durante un rato.

Ahí estaba, un niño de catorce años que aún no le había entrado en lo que la gente denominaba "La edad del pavo" no la liaba como hacia la gran mayoría de chicos, pero si estaba comenzando a fijarse en las chicas, y en sentir un gran deseo de perder su virginidad. No tenía novia, razón por la cual se masturbaba casi todos los días, a veces más de una vez. Un niño delgado con el pelo rizado y de ojos castaños, ambas cosas heredadas de su padre, un chico con la cara cubierta de acné, un chico que...

- ¡David Contreras Navarro! – Exclamo su madre desde el piso de abajo, por el tono parecía un poco enfadada, seguramente debido a que aún no había bajado. Podría haber tenido alguna discusión con su padre, pero desde que se separaron, su padre nunca entraba en la casa, no porque odiara a su madre, sino para evitar una posible discusión por parte de ella. Su padre sabía que ella seguía odiándole por lo que hizo, así que, siempre que venía a recoger a David, intentaba evitarla por si acaso. Su padre esperaba que no fuera así eternamente, pero para que eso ocurriera, si es que ocurría, cosa que su padre dudaba, porque habían pasado más de diez años y ella aún seguía odiándole como si fuera el primer día, faltaba mucho tiempo. Aunque, no tanto como el que David

creía. - ¡Baja ya, tu padre lleva esperándote un buen rato!

Pero si acaba de llegar. - Pensaba en decirle. - Además, hoy ha llegado más tarde de lo habitual, ¿Qué tiene de malo que espere unos minutos más?

Pero en vez de eso, grito:

- ¡Voy! Exclamo mientras seguía viéndose en el espejo, deseando que aquellos jodidos granos que tenía repartidos por toda la cara desaparecieran de una vez. Y mientras se miraba en el espejo, sintió algo, no sabía que era, pero sentía que aquel día iba a hacer especial, demasiado especial. Sentía que iba a ocurrir algo, algo que no olvidaría jamás, y con lo que tendría que cargar durante el resto de su vida.

Tonterías. Pensó mientras se lanzaba una sonrisa frente al espejo.

Y cuando lo hizo, salió del baño, y bajo las escaleras junto a su macuto para reunirse con su padre.

2

- Bueno, campeón, ¿Qué has hecho en todos estos días en los que no te he visto? Le pregunto Juan mientras estaban en el coche, de camino a su casa.

Su padre, Juan Contreras Moreno, era un hombre de cuarenta y cinco años que aparentaba tener cincuenta y dos debido a todo lo que había trabajado cuando era joven. Tenía el pelo rizado, pelo que había heredado su hijo junto a los ojos, pero por desgracia, a él ya no se le notaba tanto su pelo rizado, había comenzado a tener entradas, y probablemente, dentro de algunos años, perdería la parte de arriba de su pelo. *Por fin podre ahorrar en champú.* Se decía muchas veces cuando veía como cada vez le faltaba más pelo. Siempre intentaba ver aquellas cosas con humor, además sabía de sobra que era algo con lo que no debía de amargarse, perder el pelo era cosa de la edad, pero esperaba que a su hijo no se le cayera el pelo cuando fuera mayor, es horrible ver como se te cae el pelo por cada día que pasa. Su nariz era gruesa, y estaba un poco torcida debido a un accidente que había tenido cuando era pequeño. De niño siempre había sido un niño muy revoltoso, cosa que su hijo no había heredado, seguramente, en ese sentido habría salido a su madre. El caso es que, siempre estaba liándola, siempre, y una de las veces, se había puesto a saltar desde su cama a la de sus padres. Por aquellos tiempos dormían todos en la misma habitación, él en una cama, y sus padres en otra mucho más grande. Fue así durante varios años, hasta que creció, y pudieron permitirse el lujo de tener una casa más grande para tener varias habitaciones, su familia no había sido nunca una familia rica o adinerada, siempre habían pertenecido a la clase media-baja, no como su

exmujer, ella no había tenido nunca problemas económicos. Bueno, si los había tenido, pero no tantos como él. Ambos eran de clase media, pero su familia había estado casi al punto de la baja. No conocían la pobreza extrema, pero si conocían la pobreza. El caso es que, Juan, cuando era pequeño, en el momento en el que salto desde su cama a la de sus padres, calculo mal el salto, y en vez de acabar en la cama, acabo en el suelo, mientras su cara, o, mejor dicho, la mitad de su cara acababa aterrizando en el filo de la cama de sus padres. Al aterrizar, se aplasto y se torció su pequeña nariz, provocando un pequeño y diminuto crujido que vino acompañado de un dolor horrible. En aquel momento, Juan gritaba más por el aquel dolor que por la dichosa caída. Como era evidente, sus padres al encontrarlo en el suelo, llorando, y con la nariz torcida, decidieron llevarlo al médico.

Se había roto la nariz, y debido a eso, había perdido el olfato.

Los médicos le dijeron que la nariz acabaría sanando sola con el tiempo, pero no ocurría lo mismo respecto al olfato. Para que Juan recuperara el olfato debería de ser intervenido en una operación quirúrgica. La operación no requería de ningún riesgo, pero si era cierto que una vez le operaran Juan pasaría como mínimo una semana con malestares y dificultades, sobre todo porque tendría que respirar por la boca en vez de por la nariz, cosa que a algunas personas le costaba demasiado. Así que al final, optaron por no operarle, no solo por aquella razón, sino también porque Juan tenía miedo de entrar en el quirófano, siempre que sacaban el tema en casa, se ponía a llorar como si no hubiera un mañana.

- Si quiere operarse y recuperar el olfato, que lo haga el si quiere cuando crezca. Comento su padre un día, aprovechando que estaban todos juntos en la cocina.

Y eso es lo que hizo.

Antes de que naciera David, se operó de la nariz, y tal como le habían dicho de pequeño, paso una semana con malestares. Qué coño malestares, fue horrible. Cuando respiraba por la boca, a veces llegaba a un punto en el que se asfixiaba, y otras veces en el que se mareaba, o a veces incluso ambas cosas a la vez. Fue una experiencia horrible, muy horrible, pero mereció la pena. Desde que le operaron, le daba más importancia a lo que olía que el resto de la gente. Le gustaba oler todo, las flores, el mar, la comida, todo, e incluso se podría decir que le gustaba oler la mierda de los animales, aunque no lo demostrara. Sin duda alguna, la capacidad de oler era una de las cosas que más le gustaba del organismo humano. *Espero que nunca vuelva a perder algo como esto.* Se decía mentalmente siempre que olía algo. No estaba tan delgado como su hijo, tenía un poco de barriga debido a las cervezas que se tomaba de vez en cuando con sus amigos, y al exceso de comida. Aunque antes estaba más gordo, había conseguido perder varios kilos debido a una dieta

estricta que estaba siguiendo y con un poco de ejercicio diario, pensaba que su hijo notaría alguna diferencia y que le diría algo cuando lo viera, pero si lo hizo, no añadió ningún comentario.

Aunque a Juan eso no era lo que le importaba. Lo que le importaba de verdad, era lo que harían al llegar a casa. Seguro que su hijo se sorprendería mucho al ver lo que había comprado para jugar.

David no prestó atención a las palabras de su padre, estaba mirando hacia el exterior a través de la ventanilla, mientras a su vez escuchaba todo lo que decían en la radio, no paraban de decir cosas horribles. Siempre que viajaba con su padre en el coche, le gustaba que estuviera la radio encendida, pero por la música, y no por las cosas que estaban diciendo, todo lo que decían eran cosas que habían pasado hacía ya algún tiempo, algunas no hacía mucho, pero era noticias tan horribles que todo el mundo había oído hablar de ellas. La primera noticia, fue un recordatorio de algo que había sucedido en un instituto hacía ya casi un año, el suicidio de tres jóvenes adolescentes de la edad de David. David no recordaba la noticia con claridad, ni siquiera recordaba si al final habían conseguido averiguar el motivo por el que se suicidaron aquellos tres chiquillos, lo que si recordaba es que horas después descubrieron otros dos cuerpos en el domicilio de uno de los jóvenes que se había quitado la vida. Uno, era el de una mujer mayor descompuesta debido a que ya llevaba varios días muerta en la casa, y el segundo era el cadáver de un joven de la misma edad que los otros tres chicos que se suicidaron. Los cuatro habían sido amigos en vida, o al menos, eso es lo que habían dicho días después de que encontraran los cuerpos. En la noticia solo se limitaron a hablar de los tres niños que se quitaron la vida, pero no se limitaron a hablar ni de la mujer, ni de aquel otro chico. *Supongo que tres cuerpos es suficiente para recordar una noticia desagradable.* Se dijo mientras seguía mirando a través de la ventana. La segunda noticia que escucho fue otro recordatorio, esta vez de algo que había ocurrido hacia menos tiempo, un incendio que había ocurrido hacia tres meses, más o menos. No había habido ninguna víctima, pero es verdad que el incendio había provocado un gran revuelo, el incendio se había producido en una pizzería muy popular que llevaba abierta desde mil novecientos ochenta. David tampoco recordaba mucho de aquella noticia, lo única que recordaba es que el incendio había sido provocado, pero nunca llegó a saber quién fue el que lo hizo, al igual que tampoco consiguió saber el motivo por el que lo hizo, o lo hicieron. *Seguramente, fue algún gamberro con ganas de liarla.* Se dijo mentalmente mientras seguía mirando a través de la ventana del coche de su padre. La tercera noticia, era una que había ocurrido en diciembre, a una semana de navidad. Por lo visto, un niño se había tirado a las vías del tren cuando volvía de sus clases de...

Su padre apago de repente la radio mientras protestaba.

- ¡Eh! – Exclamo David mientras ahora miraba a su padre. - ¿Por qué lo has apagado?, lo estaba oyendo!
- Estoy harto de oír noticias malas, hijo. - Respondió con sinceridad mientras conducía y prestaba atención a la carretera. - ¿Tu, ¿no?

David no respondió, tan solo se limitó a volver a mirar por la ventana.

- No has respondido a mi pregunta.
- Si, supongo que estoy harto, sí. Le dijo un poco decaído, perdido en sus pensamientos mientras miraba por la ventana.
- No, a esa no. - Le dijo Juan mientras se reía. - Me refiero a la que te he hecho antes.

David al escuchar eso frunció el entrecejo y volvió a mirarle.

- Lo siento papa, pero no te he oído, ¿Podrías repetirme la pregunta?
- Te he preguntado qué, que has hecho durante estos días. Me refiero a los días en los que no te he visto.
- ¡Ah, eso! - Giro de nuevo la cabeza hacia la ventanilla y respondió. - Nada en especial.
- ¡Venga ya, hombre! Tiene que haber algo. - Se cayo durante un rato, pensando que podría haber hecho su hijo durante aquellas dos semanas que había estado sin verle, y cuando lo hizo, le pregunto. - ¿Has hecho algún examen?
- Si. - Respondió. - La semana pasada hice uno de Ciencias sociales, y esta semana he hecho uno de Matemáticas, y otro de Ingles.
- ¿Y qué tal?
- Bien. - Respondió. - Ya sabes que siempre apruebo los exámenes. En el de Ciencias sociales he sacado un ocho, en el de Matemáticas un seis con veinticinco, y en ingles un siete y medio.
- Un poco flojo en mates, ¿no?
- Si, bueno, ya sabes que las Matemáticas no se me dan demasiado bien, pero al menos he aprobado. Eso es lo importante.

Esta raro. - Se dijo Juan mentalmente mientras conducía e intentaba mirar de reojo a su hijo, seguía mirando a través de la ventana. - *Comparado con otras veces está muy raro, parece decaído.*

- David, ¿Estas bien, hijo? Le pregunto después de darle un pequeño golpe en la pierna con su mano derecha.
- Si. - Respondió. - Estoy bien. Es solo que...Estoy pensando.
- ¿Y en qué piensas, hijo?

Díselo. - Se dijo David mentalmente. - *Dile porque estas así. Gírate, mírale a la cara y dile "Papa, no quiero jugar más contigo a ningún juego, ni siquiera a los de mesa." Dile que estas cansado de que te venza, o si quieres dile que te han dejado de gustar esa clase de juegos porque te has hecho mayor. Puede que le moleste y le decepcione un poco. Ya sabes*

que le gusta mucho jugar contigo. Aunque sea solo para ganarte, pero lo comprenderá, ya lo veras.

- Papa... Dijo mientras giraba la cabeza de nuevo hacia él, le veía de perfil, y no le quedaba otro remedio, no debía de apartar la vista de la carretera.

- Dime, hijo.

- Yo...Yo...

- ¡Adelante, hijo, dime lo que piensas, sin miedo!

- Yo...Quiero saber qué es lo que vamos a hacer cuando lleguemos a casa.

Lo siento. - Se dijo mentalmente. - Pero no tengo el valor de hacerlo, no quiero desilusionarle.

- ¿Era eso lo que pensabas? Le pregunto Juan un poco extrañado mientras le miraba de reojo.

David hizo un gesto de asentimiento, no sabía si su padre lo había visto, si no lo había visto, tendría que responder que si verbalmente, pero no hizo falta, su padre lo vio.

- Sabes, me alegro mucho de que me lo hayas preguntado. Añadió Juan mientras sonreía.

Por favor, no digas que vamos a jugar a un juego. -Suplico David. - Por favor, no digas que vamos a jugar a un juego.

- Vamos a jugar a un juego. Añadió Juan mientras seguía sonriendo.

Mierda.

- ¡Genial! - Exclamo David, intentando fingir que estaba contento. - ¿Y a que jugaremos?

Juan al escuchar la pregunta comenzó a reírse a carcajadas.

- Ya lo veras cuando lleguemos a casa, campeón. Es un juego nuevo.

- ¿Acaba de salir al mercado? Le pregunto David con curiosidad.

- ¡Que! - Exclamo Juan. - No, ósea, el juego es antiguo, pero lo he comprado nuevo hace poco. De hecho, hoy he llegado un poco más tarde por ese motivo.

- ¿Y cuánto te ha costado el juego, papa?

- Pues si te soy sincero hijo, el juego no me ha costado nada.

David frunció el entrecejo y le miro con extrañeza, como si estuviera loco.

- ¿Cómo que no te ha costado nada?
- Me lo han regalado. Respondió Juan mientras se reía.
- ¿Así, sin más? Le pregunto David mientras seguía mirándole con el entrecejo fruncido.
- ¡Sí, así sin más, por la cara! Respondió Juan.

David, al no entender todavía muy bien el motivo por el que le habían regalado un juego le pidió a su padre que le contara toda la historia desde el principio.

- No hay mucho que contar. - Le dijo Juan mientras seguía conduciendo, y al rato, añadió. - Veras, yo quería comprar un juego nuevo para que pudiéramos jugar durante el fin de semana. Podíamos haber jugado alguno de los juegos que tengo en casa, pero ya sabes que hemos jugado muchas veces a esos juegos, y si te soy sincero, estoy un poco cansado de jugar siempre a los mismos juegos, ¿Tu no lo estás?

Si yo te contara. Pensó en decirle, pero decidió no hacerlo, así que su padre siguió hablando.

- Bueno, el caso es que, fui de tienda en tienda, buscando algún juego que me llamara la atención, pero no encontré nada, No recuerdo en cuantas tiendas entre, creo que fueron en cinco o en seis, y estaba ya a punto de tirar la toalla cuando...De repente, la vi.
- ¿Qué viste, papa?

Juan permaneció un momento en silencio, y cuando escucho la pregunta que le había hecho su hijo, y recordó lo que había vivido allí, sonrió.

- Los objetos de la anciana. Respondió mientras sonreía.
- ¡¿Los objetos de la anciana?! Exclamo David de nuevo con el ceño fruncido mientras le miraba.
- Es el nombre de la tienda, David. Concreto Juan.
- Que nombre más raro para una tienda de juegos de mesa.
- ¡Ahí está la cosa, hijo! - Exclamo de repente Juan mientras seguía sonriendo. - La tienda no era de juegos de mesa.
- ¿Y de que era entonces?

De objetos antiguos, muy antiguos. - Respondió. - Y alguno de ellos demasiado raros, se parecía a estos objetos que utiliza la gente para hacer vudú, se pronuncia así, ¿Verdad? vudú.

- Creo que sí. Respondió David, sin estar muy seguro.
- Deberías de haber visto la tienda, creo que te habría gustado, aunque a mí no me gustó mucho. Reconozco que me producía bastante respeto, sobre todo al entrar y al ver a la dueña. La dueña era para verla, si yo tuviera el aspecto de esa mujer, joder, en lo último que pensaría sería en dirigir una tienda.

- ¿Qué edad tenía?

- No lo sé, la verdad. - Respondió Juan, mientras recordaba el aspecto de la anciana. Pelo blanco, arrugas por toda la cara como aquella vieja de la película de *Disney*, sin dientes, etc.- Físicamente aparentaba tener más de ochenta años, pero parecía tener la energía de una persona de mi edad.

David no aportó ningún dato más a la conversación, tan solo se limitó a esperar a que su padre terminara de hablar.

- Bueno, el caso es que, entre en la tienda, y cuando vi a aquella mujer, le comenté lo que estaba buscando. - Se detuvo un momento para recordarlo con claridad, y al rato, prosiguió. - Le dije que estaba buscando un juego, ya sabes, para jugar contigo. Sabía que probablemente aquella mujer no tendría nada en la tienda que me llamara la atención, pero me dije "*Bueno, por probar*", y mira tú por donde, me lleve una sorpresa.

- ¿Tenía juegos en la tienda? Pregunto David con curiosidad.

- Solo tenía uno. - Respondió. - Tuve suerte, me dijo que era un juego demasiado especial porque la compañía que lo había sacado a la venta solo había fabricado uno en todo el mundo, y mira tú por donde, ahora está en mi poder.

- ¿Y de verdad te dio ese supuesto juego gratis? Le pregunto David aun extrañado.

- ¡Sí! - Exclamo Juan de repente. - ¡A que es genial! Y reconozco que la mujer fue bastante encantadora conmigo.

David al escuchar la respuesta de su padre, comenzó a reírse.

- ¡Eh! - Exclamo Juan. - ¿De qué te ríes?

- Me rio porque creo que te han timado. O sea, no en el sentido de que te han estafado, sino respecto a la historia del juego.

- ¿Por qué crees eso? Le pregunto Juan con curiosidad.

- ¡Oh, vamos papa! - Exclamo. - Piénsalo, si esa historia fuera real, ese juego debería de valer un montón de dinero por el mero hecho de ser un objeto único, ¿De verdad me estás diciendo que una mujer te ha regalado un juego que podría valer millones de euros?, Venga ya!

Juan se quedó callado por unos segundos. David pensaba que acabaría por darle la razón, pero al final, añadió que él no lo había pensado así.

- A lo mejor no sabía que valía tanto dinero.

Y podía estar en lo cierto. Las personas mayores no están tan informadas como las personas jóvenes, tenían experiencias sobre la vida, y si querían darte una buena lección, te la daban sin ningún problema, pero siempre había algo que se les escapaba. Como por ejemplo el tema de la tecnología, la gran mayoría de las personas mayores no utilizaban los móviles actuales, y si los utilizaban, utilizaban uno malillo que careciera de funciones porque no conseguían adaptarse a la era de la tecnología.

Supongo que esto podría ser un caso parecido. - Se dijo David al escuchar las palabras de su padre. - *Tal vez la mujer no sabía que hay objetos que al ser únicos tienen un valor incalculable, y al ser antiguos, ese valor acaba por duplicarse, y quizás por esa razón ha cometido el error de regalárselo a mi padre, amargándose el fin de semana, por un lado, y haciéndonos ricos por otro. Eso en caso de que verdaderamente aquel "Juego" valiera algo.*

David no apartó nada al comentario de su padre.

- Mira hijo, no importa si es verdad o no. El caso es que tenemos un juego que hemos conseguido gratis, y te aseguro que nos los pasaremos muy bien cuando juguemos. Ya verás, será un juego muy especial para los dos.

Si, sobre todo para ti. Pensó en decirle, pero no lo hizo. Tan solo se limitó a mirarle durante un rato, y luego, volvió a girar la cabeza hacia la ventana. Y mientras veía como el paisaje pasaba a toda velocidad ante sus ojos, intento averiguar cuál era el posible juego que se había comprado su padre.

No se esperaba que el juego que se había comprado era un juego de dardos, al igual que tampoco se esperaba que el juego fuera verdaderamente, "Especial".

3

Que juego de dardos más raro.

Eso fue lo que se dijo David mentalmente cuando Juan, su padre, le mostro el juego que tenía colgado en la pared.

Habían llegado hacia menos de cinco minutos, y lo primero que hicieron, fueron entrar en la habitación donde su padre tenía los juegos con los que solían jugar. No le había dado tiempo ni siquiera a soltar el macuto cuando su padre ya le estaba metiendo prisa desde aquella dichosa habitación.

- ¡Vamos, hijo, que es para hoy! Exclamo.
- ¡Ya voy, papa!

Está deseando jugar. - Se dijo mentalmente, mientras soltaba el macuto en su cama, y veía los posters que tenía colgados en la pared. Eran poster de películas, y de algunos videojuegos a los que había jugado. Los tenía colgados en la casa de su padre porque su madre no los dejaba colgarlos en la habitación de su casa porque, según ella, "*No pegaban con la estética de la casa*" Cosa a la que no le veía sentido, bueno, de hecho, es que no lo tenía. No era algo que le reprochara, al fin y al cabo, eran solo

posters, *¿Qué tiene de malo darle un poco de mi toque personal a mi habitación?, ¿Acaso no lo hace ella?* Se pregunto el día que ella le prohíbo poner los posters. Días después, precitadamente uno de los pocos días en los que hablaba con su padre por teléfono, se lo comento, y él le dejo ponerlos sin ningún problema, de hecho, recordaba que le ayudo a colgar uno o dos cuando se fue a pasar con él un fin de semana, no los vería constantemente, tal y como tenía pensado, pero al menos los tenía colgados en una de sus dos habitaciones en vez de tenerlos guardados y atados con un alambre mientras cogían polvo. Su madre se molestó cuando se enteró que los había colgado en la habitación de la casa de su padre, pero nunca le reprocho nada, y David sabía que era normal que no lo hiciera. Al fin y al cabo, era algo que ella misma se había buscado. Si le molestaba que pusiera los posters en casa de su padre, que le hubiera dejado ponerlas en la suya. - *Está deseando jugar para darme una paliza.*

Díselo. - Se dijo. - Díselo David, debías de haberlo hecho en el coche, pero no pasa nada, aun estas a tiempo de hacerlo. Si no quieres decirle que estas harto de jugar con el porque te vence, dile al menos que nos quieres jugar ahora, así retrasaras un poco la paliza que te dará jugando a...Lo que sea que se haya comprado.

Pero no le dijo nada. Tan solo se limitó a soltar el macuto, y a dirigirse a la habitación en la que se encontraba su padre.

La habitación era cuadrada, no se usaba como salón, ni como dormitorio, sino como "Sala de entretenimiento" A Juan le gustaba denominarla de ese modo. La habitación tenía un televisor, estaba encima de un mueble de madera en el que guardaba su *PlayStation 4* y sus videojuegos. Aparte de eso, la habitación estaba repleta de estanterías. La gran mayoría de ellas estaba repleta de varios *Funkop Pop*, comics, y figuras coleccionables de videojuegos y películas. En las otras estanterías estaban los juegos con los que solía jugar con su hijo y con alguno de sus amigos. David no los conocía a todos, solo conocía a uno en particular, y a dos o tres de pasada. Un día dio la casualidad de que uno de sus amigos, el mejor amigo, si David no recordaba mal, fue a visitarlo el fin de semana, y estuvieron allí los tres el día entero. No había habido cambios en la rutina, en el momento en el que estaban los tres, se dedicaron a ver películas en aquella habitación mientras estaban sentados en el sofá que había allí, y a jugar a los juegos de mesa que tenía su padre. No gano ninguna vez, de hecho, su padre las gano todas, como siempre, pero aquel día no fue tan insoportable como el resto, y por lo menos, no había quedado en último lugar, había conseguido ganar a su amigo. Si, aquel día fue el único día en el que David disfruto jugando con su padre. Recordaba aquel día como si fuera ayer, lo recordaba todo, pero no recordaba el nombre de aquel amigo, al igual que tampoco recordaba su aspecto, no le interesaba mucho la verdad, al fin y al cabo, solo lo conocía de un día, pero le

gustaría que volvería para repetir un día como aquel.

Pero eso no ocurriría, no ocurriría jamás.

David entro en la habitación, y vio a su padre junto a la ventana que daba al exterior, no era una ventana que diera directamente a la calle, la habitación se encontraba en la planta de arriba de la casa, más bien daba a la ventana de la vecina. David le tenía un especial cariño a aquella ventana, y tenía sus razones. Hacia más o menos un año, se encontraba en aquella habitación tumbado en el sofá con la ventana abierta, viendo la tercera película de *Regreso al futuro*. La idea era hacerse una maratón con su padre, pero aquel día su padre no se encontraba demasiado bien, así que se fue a dormir cuando acabo la primera película. Era casi la una de la madrugada, y David ya estaba empezado a quedarse dormido. Intentaba aguantar hasta que acabara la película, pero le estaba resultando imposible. Y se hubiera quedado dormido si no hubiera oído el grito.

Al oír el grito volvió un poco más en sí, y se incorporó en el sofá, no sabía si aquel grito había sido real o si había sido fruto de su imaginación, así que permaneció sentado durante un rato, mientras escuchaba y miraba con detenimiento hacia la ventana.

Nada.

Al no oír ningún grito, volvió a centrarse en la película, esta vez un poco más espabilado que antes, y cuando pasaron unos segundos, volvió a escucharse el grito. Esta vez supo que el grito era el de una mujer. Al oírlo, sabía que era muy probable que estuviera ocurriendo algo malo, el barrio de su padre era tranquilo, o al menos solía serlo, pero eso no evitaba que de vez en cuando apareciera algún gilipollas con ganas de liarla. Iba a levantarse para asomarse por la ventana y ver lo que ocurría para llamar a la policía en caso de que fuera algo grave, cuando entonces, volvió a oír el grito de aquella mujer, solo que ahora, no los identificaba como gritos. Tal vez se debería a que antes estaba un poco más adormilado, y ahora más despierto, pero ahora, aquellos gritos le parecían más bien...Gemidos.

No puede ser. Dijo seriamente mientras intentaba aguantarse la risa.

Siguió escuchando los gemidos de aquella mujer, cada vez más y más fuertes.

No creo que sea lo que estoy pensando. Se dijo mentalmente mientras se levantaba y comenzaba a caminar hacia la ventana.

Pero si era lo que estaba pensando.

Cuando se asomó a la ventana, vio a la vecina, una chica joven de unos veintiocho años, desnuda junto a la ventana, mientras un hombre al que no conocía de nada se la follaba como si no hubiera un mañana, parecían dos conejos en celo. David al verlo se escondió rápidamente para que no lo vieran, pero no se apartó de la ventana hasta que el espectáculo acabó. Al principio, permaneció escondido, riéndose por lo que acaba de ver, y de oír. Eso que estaba ocurriendo era algo que muy pocas personas tenían la oportunidad de ver. Aunque no sabía si se reía más bien de la situación en la que se encontraba, o si se reía por los gemidos de la mujer. Al final pensó que se reía por ambas cosas. Cuando se calmó un poco, se asomó un poco por la ventana, lo suficiente para que los pudiera ver, pero no lo suficiente para que ellos le vieran, y se quedó allí, viendo como aquel hombre se follaba a la vecina de su padre, mientras de vez en cuando acariciaba y tocaba los pechos de aquella mujer, aquellos pechos que iban de un lado hacia otro y que parecían globos de agua.

Si David dijera que aquel día no se hizo una paja nocturna mentiría.

Al día siguiente pensó contarle a su padre lo que se había perdido, sabía que si se lo contaba se partiría el pecho de la risa, al igual que seguramente se arrepentiría de no haber estado en la habitación a aquellas horas de la noche, pero al final no lo hizo. No solo porque su padre sabría entonces que seguramente se habría masturbado aquella noche, (Seguramente sus padres sabrían que ya había comenzado a masturbarse, pero esa información es mejor ocultarla, demasiado incómoda para hablarlo con los padres) sino también por la vecina. No quería que su padre la mirara...Con "Otros ojos", por decirlo de alguna manera. Además, sabía perfectamente que su padre se metería con ella respecto al tema, no sabía si tenían mucha confianza, sabía que se llevaban bien, pero nada más, y no quería que su padre se metiera con ella solo porque hubiera decidido tener una noche loca. Además, si se lo contaba, aquella chica probablemente descubriría que la había estado espiando, aunque eso tampoco debía de ser así, tendría suerte si sus gemidos no hubieran llegado al final de la calle.

- Dime, ¿Qué te parece? Le pregunto Juan mientras señalaba con la mano al juego que se encontraba enmarcado a la pared.

David dejó de mirar hacia la ventana para mirar hacia el lugar que señalaba su padre. Se arrimó un poco más hacia él, para ver mejor lo que señalaba y vio una diana electrónica muy diferente a las que estaba acostumbrado a ver. No le extrañó que la compañía que hubiera sacado esa diana solo hubiera sacado una, era horrible.

Que juego de dardos más raro. Pensó al ver la diana colgada en la pared.

Las dianas, sobre todo las electrónicas como aquella, debían de tener ocho marcadores encima de la diana, cuatro en el lado izquierdo, y cuatro en el

lado derecho. El marcador del lado izquierdo se utilizaría para saber los puntos de los jugadores, y el derecho, para saber el número de tiradas de cada jugador con los dardos. Eran cuatro marcadores porque era el número estándar, pero verdaderamente, a los dardos podían jugar más de cuatro personas, dependiendo de a que juego jugaran, y debajo de la diana, en el lado derecho, debería de haber varios botones, como por ejemplo el botón "*Power*" que servía para encender y apagar la diana, el botón "*Game*" que servía para elegir el tipo de juego al que se deseaba jugar, "*Player*" que servía para decir cuántos jugadores iban a jugar en la partida, el botón "*Start/Hold*" que servía para pasar el turno de un jugador a otro, etc. Pero esta diana, no tenía nada de eso, es más, ni siquiera tenía los números que iban alrededor de la diana, estos números habían sido sustituidos por...

¿Órganos? Se dijo David mentalmente al acercarse a la diana.

Las dianas "Normales" estaban compuestas por varios números, del uno al veinte. Dos anillos, el exterior (El que estaba al final de la diana y más cerca del número) y el interior (El que se encontraba entre medio del segmento grande y el pequeño), que servían para doblar la puntuación obtenida, si por ejemplo dabas en el anillo exterior del número veinte, te multiplicaba la cifra por dos, lo que quería decir que obtenías cuarenta puntos, y si daba por ejemplo en el anillo interior, te la multiplicaba por tres, lo que quería decir que obtenías sesenta puntos. Dos segmentos, el grande, y el pequeño, que te daban una puntuación normal, si por ejemplo dadas en el segmento grande, o el pequeño del número dieciocho, obtendrías dieciocho puntos, nada más. Y dos dianas, la simple, y la doble. Si dabas en la diana simple, que era la más grande y de color verde, obtendrías veinticinco puntos, y si dabas en la doble, la que era un pequeño círculo rojo, conseguirías cincuenta puntos.

Pero aquella diana...Era diferente. Tenía los anillos, los segmentos, y las dianas, pero... ¿Por qué razón los números habían sido sustituido por órganos del cuerpo humano? David no supo darle ninguna respuesta a aquella pregunta.

Aquella diana, en lugar de tener un veinte, tenía el dibujo de un cerebro, y los mismo se podría decir respecto a los otros números. Todos, absolutamente todos, habían sido sustituidos por órganos del cuerpo humano. El número uno, por ejemplo, había sido sustituido por el dibujo de un diente. El número dieciocho, por el de unos pulmones. El cuatro, por una oreja que mostraba su interior, David supuso que aquel dibujo se refería al oído, ya que la oreja no se trataba de un órgano, sino de una parte del cuerpo humano. El número trece, había sido sustituido por la vejiga, el seis, por la próstata, el diez por... ¿La piel? Parecía la piel, pero David no sabía distinguir muy bien lo que representaba aquel dibujo, era como una especie de rectángulo mal echo de color carne. El quince, había sido sustituido por los intestinos, el dos, por la nariz, el diecisiete por el

hígado, el tres por la lengua, el diecinueve por el estómago, el siete por... ¿Testículos? *¡Pero que cojones!* Se dijo David mentalmente mientras seguía mirando hacia los pequeños órganos dibujados. El dieciséis, había sido sustituido por el páncreas, el ocho por el pene, el once por el timo, el catorce por los riñones, el nueve por el ojo, el doce por los huesos, el cinco por el Bazo. David no sabía mucho de ese órgano, pero si sabía que se podía vivir sin él. Y, por último, en la diana, entre la simple y la doble, había dibujado un corazón.

Pero qué clase de enfermo ha hecho esto. Se dijo David mientras volvía a darle otro repaso a los órganos, sobre todo al del pene y al de los testículos. Siempre que los veía, le entraban ganas de reírse, pero se contenía por miedo a lo que pudiera pensar su padre.

- Bueno, ¿Qué te parece? Pregunto Juan al ver que su hijo miraba con atención la diana.

- ¡¿Que, que me parece?! - Repitió David mientras seguía observando la diana. - Me parece que el hizo esta diana estaba como una puta de cabra.

Juan al escuchar aquel comentario comenzó a reírse, cosa que a David le alegró, por lo menos ahora sabía que podía decirle lo que pensaba de la diana sin que se ofendiera.

- ¿Por qué lo has comprado, papa? Pregunto mientras ahora se dirigía hacia el con el ceño fruncido.

- ¡Pues para jugar contigo! - Respondió alegremente. - ¡¿Para qué iba a comprarlo si no?! -

- ¡No me refiero a eso! - Exclamo David mientras volvía a mirar hacia la diana. - Me refiero a porque has tenido que comprar esta, y no una normal. Si buscabas una diana electrónica para jugar a los dardos podías haber comprado una normal. Es que esta diana, con los órganos...No sé. - Se detuvo un momento, para contemplar la diana, y cuando lo hizo, añadió. - Es horrible, ¿A ti no te parece horrible?

Su padre permaneció unos momentos en silencio detrás de él, observando la diana, y cuando tuvo clara su respuesta, le dijo:

- No. - Respondió. - No me parece horrible, solo...Diferente.

David no sabía muy bien lo que quería decir con eso. Es cierto que era diferente, pero seguía siendo horrible de todos modos. Entonces, mientras seguía contemplando la diana, se dio cuenta de otros detalles, detalles que prefirió comentar con su padre.

- Papa.

- Dime hijo.

- ¿Te has dado cuenta de que la diana no tiene marcadores, ni botones?

Su padre se acercó, se puso a la altura de su hijo y observo con detenimiento. Tenía razón, no había marcadores, ni botones. El único botón que había era el botón de "Power" que servía para encender y apagar la diana.

- No. - Respondió seriamente. - Con la ilusión y las prisas no me había dado cuenta.

David noto como en su tono de voz había decepción, probablemente ahora pensaría que le habrían timado. Debería de sentirse mal, porque habían engañado a su padre, pero en verdad, se sentía bien, que coño, se sentía genial. Si su padre pensaba eso de verdad, iría a la tienda, y devolvería la diana y no jugarían a nada, no al menos hasta el día siguiente.

Pero eso fue algo que no ocurrió.

- Bueno, ¿Te parece bien que echemos una partida? Pregunto Juan una vez que observo que la diana no tenía marcadores, ni botones.

- ¡¿Qué?! - Pregunto su hijo extrañado. - Pero... ¿Cómo vamos a jugar sin marcadores, como sabremos quien va ganando?, ¿Y cómo ponemos al juego al que deseamos jugar si la diana no tiene botones?

Eran muchas preguntas, y David sabía que, si seguía así, su padre acabaría por darse cuenta de que ocurría algo. Estaba poniendo demasiadas pegadas para no jugar. Debía de controlarse, si no su padre acabaría por descubrir lo que le pasaba, y eso llevaría a varias preguntas, y esas preguntas a otras muchas preguntas, hasta que al final su padre descubriera que no le gusta jugar con él.

- No lo sé. - Respondió Juan mientras miraba hacia la diana. - Pero se cómo podemos averiguarlo.

- ¿Cómo? Pregunto David con una sonrisa sarcástica.

Y entonces Juan, se acercó hacia la diana, y apretó el botón "Power" con el dedo índice de su mano derecha.

- Encendiendo la máquina. Exclamo mientras a su vez, la diana electrónica comenzaba a encenderse.

Capítulo 2

Capítulo 2: El juego

1

<< Bienvenidos, ¿Cuál es el número de jugadores? >>

Pregunto la diana una vez se encendió.

David y Juan al escuchar que la diana hablaba se echaron hacia atrás, sorprendidos, se miraron el uno al otro, y comenzaron a reírse. Ambos sabían que se habían asustado. Se esperaban que al encenderla sonaría alguna especie de música, pero no se esperaban que la diana hablara, y mucho menos en su idioma.

- Papa, ¿Crees que la diana tendrá alguna especie de micrófono incorporado? Pregunto David, un poco desconcertado por lo que estaba preguntando. Si la diana tenía incorporado un micrófono, le oiría, y jugarían en breve. Debería de haberse quedado callado, pero no podía hacer eso, estaba sintiendo demasiada curiosidad por la diana, además, tampoco creía que hubiera servido de mucho, lo hubieran averiguado tarde o temprano.

- Solo hay un modo de averiguarlo. - Respondió Juan, y automáticamente, dirigió su mirada hacia la diana y exclamo, para que lo oyera bien. - ¡Somos dos jugadores!

Permanecieron los dos en silencio, sin moverse, esperando alguna respuesta, y la obtuvieron.

<< Dos jugadores >>

Exclamo de repente la diana.

- Tiene un micrófono incorporado, hijo. Supongo que ahora tiene más sentido que la diana no tenga botones, ¿No?

David no añadió ningún comentario, tan solo espero a la siguiente pregunta que formularia la diana.

<< ¿A qué juego desean jugar? >>

Pregunto la diana.

- ¿A que jugamos hijo? Pregunto Juan mientras le miraba.
- No lo sé. - Respondió. - Al que tú quieras, supongo.
- ¿Qué te parece al "501"?

- ¡Genial! Exclamo David, pero en el fondo, estaba deseando pegarse un tiro.

Conocía ese juego, ese y otros muchos, los conocía gracias a su padre. No era la primera vez que su padre tenía una diana en su casa y jugaba con él a los dardos, había tenido una hacía ya varios años, desde que él tenía cinco años, si no recordaba mal, la había tenido hasta que cumplió los...Siete, ocho años tal vez. No lo recordaba, pero sabía que la había tenido que tirar porque ya estaba muy estropeada, se alegró mucho cuando lo hizo. Durante aquellos años, su padre le había enseñado los distintos juegos que existían para jugar a los dardos, o al menos, los que él conocía. El primero que le enseñó, era el "501", el juego más popular, y el más clásico. Cada jugador, empezaba con quinientos y un punto, y el objetivo, era acabar en cero. El primero que lo conseguía, ganaba la partida. El segundo juego que le enseñó fue el "Criqueet". El objetivo de ese juego era darles a los números quince, dieciséis, diecisiete, dieciocho, diecinueve, veinte, y a la diana tres veces antes que los otros jugadores, el primero que les diera a esos números, ganaba la partida. Después, le enseñó el "Cricket con puntos". El objetivo del juego era el mismo que el "Criqueet" normal, solo que, en este juego, un jugador acumulaba puntos hasta que el otro le diera tres veces a los números citados anteriormente. Una vez que esa ronda acabara, se invertían las tornas, y ganaba el jugador que tuviera más puntos. Le enseñó ese y otros juegos, pero a los que más jugaban eran a esos. *Es sencillo*. Le dijo Juan la primera vez que jugaron a eso tres juegos. *¡Si!* – Pensó David en su momento. - *¡Por esa razón no te he ganado nunca!*

Pero en aquel momento, David se preguntaba solo una cosa. Su padre había decidido a jugar al "501", vale. Pero... ¿Cómo demonios se juega al "501" en una diana que no tenía marcador?, ¿Cómo se juega al "501" en una diana a la que le habían sustituido los números por órganos humanos?

Al escuchar la respuesta de su hijo, Juan avanzó hacia la diana, y grito:

- "¡501!"

<< "501" >>

Exclamo la diana segundos después de que lo hiciera Juan, y entonces, se hizo el silencio. La diana no hablaba, ni David ni Juan se tomaron la molestia de hacerlo, los dos se quedaron mirando a la diana fijamente mientras comenzaba a hacer ruidos raros. David no sabía describir aquellos sonidos, pero era los típicos ruidos que hacía un ordenador viejo cuando estaba siendo utilizado después de tantos años.

Ambos esperaban la respuesta de la diana, uno más ansioso que el otro.

<< El juego "501" no existe, ¿A qué juego desean jugar? >>

Respondió la diana.

- ¡¿Cómo que no existe?! – Exclamo Juan al escuchar la respuesta. -
¡Quiero jugar al "501"!

Se hizo de nuevo el silencio, y segundos después, la diana dio la misma respuesta.

<< El juego "501" no existe, ¿A qué juego desean jugar? >>

- Prueba con otro. Proclamo David, no se lo había dicho con la idea de jugar, sino con la de investigar. Suponía cual era la razón por la que la diana no reconocía aquel juego, pero aún no podía confirmarla con certeza. Necesitaba que su padre nombrara otros juegos para confirmar su teoría.
- ¿Con cuál? Pregunto Juan.
- Da igual, el que sea. - Respondió. - Solo quiero comprobar una cosa.

Su padre permaneció un momento en silencio, y al rato, proclamo.

- ¡"Criquet"!

<< El juego "Criquet" no existe, ¿A qué juego desean jugar? >>

- ¡Joder! Exclamo Juan, un poco cabreado.
- Qué tal si pruebas con su nombre técnico. - Ideo David. - A ver, me explico, ¿En las dianas electrónicas los juegos no tenían un nombre técnico? En plan, G no sé qué, ¿O algo así?
- Si. - Respondió Juan. - Pero sería como buscar una aguja en un pajar. En cada diana electrónica tienen su propio nombre.
- ¿Cómo se llamaba el "501" en la última diana que tuviste, esa que utilizábamos cuando era pequeño?
- Creo que era... "G-01"
- Pues prueba con ese nombre, a ver qué pasa. A lo mejor lo coge.
- Pero a lo mejor el "G-01" en esta diana no es el "501". Aclaro Juan.
- Cierto. - Añadió David. - Pero al menos sabremos que se tienen que nombrar así, ya solo sería ir probando.

Pero David sabía que aquella idea no funcionaría. Era imposible que aquella diana aceptara los mismos juegos que una diana normal. Aquella diana era diferente, y seguramente, los juegos también lo fueran.

Su padre probó con el nombre con el que supuestamente se llamaba el "

501" en las dianas electrónicas, el resultado fue el mismo.

<< El juego "G-01" no existe, ¿A qué juego desean jugar? >>

Su padre lanzo un suspiro mientras ahora miraba hacia el suelo, momento en el que David aprovecho para verle la cara, o al menos de perfil, y vio algo que no se esperaba ver en el rostro de su padre. Decepción, tristeza tal vez, ¿O una mezcla de ambas? Puede que fuera una mezcla de ambas. *¿Pero por qué?* - Se dijo para sí. - *Porque te pones a si por un simple juego, no lo entiendo.*

- Sera mejor que lo dejemos. Le dijo mientras caminaba hacia el sofá.

David no dijo nada, pero en el fondo estaba dando saltos de alegría.

¡Sii! - Exclamaba mentalmente. - *¡Lo he conseguido, me he librado de jugar con él, y no solo hoy, sino probablemente todo el fin...*

Se hizo el silencio en su cabeza, estaba comenzando a sentirse mal, pero no por él, sino por su padre. Se había sentado en el sofá de la habitación, en el mismo lugar en el que David se encontraba tumbado el día que estaba viendo las películas de *Regreso al futuro* y el mismo del que se levantó cuando escucho a la vecina de su padre follar como una puta desde su balcón. Seguía mirando hacia el suelo, y sus ojos estaban apagados, era como si toda la alegría que tenía dentro de su cuerpo hubiera desaparecido por culpa de... De un juego

No lo entiendo. - Se dijo de nuevo David. - *¿Por qué se pone así por un juego?*

No consiguió encontrar ninguna respuesta a aquella pregunta, pero sabía que su padre estaba decaído no, lo siguiente. Parecía como si estuviera a punto de entrar en depresión.

No lo entendía, pero estaba comenzado sentir pena por él.

Le miro durante unos segundos, y después, volvió a mirar hacia la diana. Había tenido una idea, pero no sabía si llevarla a cabo o no. Si lo hacía, probablemente se vería obligado a jugar a los dardos con su padre.

¿Estás seguro de lo que vas a hacer? - Se pregunto. - *¿Sabes cuáles serán las consecuencias si lo haces?*

Claro que lo sé - Se respondió. - *Pero prefiero jugar, perder y aguantar su comportamiento durante un par de horas, que verle así durante todo el día, o peor aún, durante todo el fin de semana.*

David al terminar de hacer esa reflexión, lanzo un suspiro, y exclamo, frente a la diana:

- ¡¿Cuáles son los juegos disponibles?!

Juan al escucharle incorporo la cabeza, y se quedó mirando a su hijo, mientras a su vez, esperaba la respuesta de la diana.

<< Los juegos disponibles son: "M 1-1", "M 2-2", "M 3-3", "M 4-4", "M 5-5", "M 6-6", "M 7-7" y "M 8-8" >>

Juan al escuchar la respuesta de la diana, se levantó del sofá, y camino hasta su hijo:

- Deberíamos de haber empezado por ahí. - Le dijo un poco más animado, y luego, con un poco de humor, añadió. - Me temo hijo, que somos unos lerdos por no habernos dado cuenta de ese detalle.

- Será que tú eres un lerdo por no haberte dado cuenta de ese detalle. Añadió David mientras se reía. Era una risa fingida, pero al menos se alegraba de ver de nuevo a su padre con buen ánimo.

- Touché. Concluyo Juan, mientras la diana, volvía a preguntar:

<< ¿A qué juego desean Jugar? >>

- ¿Cuáles son los juegos que ha dicho? Pregunto Juan al rato de que la diana hiciera aquella pregunta.

- Ha dicho ocho juegos, pero creo que todos se tratan del mismo, solo que con más jugadores. - Se detuvo un momento pensando en el nombre del juego. "M 1-1" Nunca había oído hablar de él, es más, estaría dispuesto a jurar que aquel juego no existía, no al menos para las dianas "Normales" No conocía el juego, pero quizás su padre, si, así que, con curiosidad, se giró hacia él, y le pregunto. - Conoces el juego, papa, ¿El "M 1-1"?

- Es la primera vez que lo escucho. - Respondió mientras miraba hacia la diana, pensativo. David al verlo así, pensó que le preguntaría a la diana que de que se trataba aquel juego, pero no lo hizo, cosa de la que ambos se arrepentirían después. - David, ¿Qué te parece si jugamos a ese juego, al "M 1-1"?

David se lo pensó durante unos segundos mientras cruzaba los brazos sobre su pecho, y de vez en cuando dirigía la mirada hacia la diana, y luego hacia su padre. No le gustaba jugar con él, eso era un echo, pero aquel juego, el "M 1-1" era un juego que no conocían ninguno de los dos, y al no conocerlo, ninguno tenía ventaja respecto al otro, los dos empezarían de cero. No le parecía una idea muy buena, sabía que probablemente su padre le vencería en aquel dichoso juego, como en los otros. No sabía cómo lo hacía, pero siempre se las ingeniaba para ganar, pero se animó un poco al pensar que tenía posibilidades debido a que su padre tampoco conocía el juego. *Quizás por fin podre ganarle en una*

partida.- Se dijo mentalmente mientras seguía pensando su respuesta.- Quizás, después de tanto tiempo, pueda ganarle en una partida.

- No es mejor que le preguntemos primero a la diana de que va el juego. Dijo David.

Juan permaneció un momento en silencio, y al cabo de un rato, respondió:

- No, creo que es mejor que juguemos sobre la marcha, es como mejor se aprende.

- Si tú lo dices.

- Entonces, ¿Eso significa que sí? Pregunto Juan, esta vez con un tono mucho más alegre que antes.

David no pudo evitar soltar una pequeña sonrisa al ver que estaba feliz.

- Si. - Respondió mientras asentía. - Se lo dices tu a la diana, o se lo digo yo.

- Te cedo el honor. - Respondió Juan, mientras extendía uno de sus brazos como señal para abrirle camino. - Iré a coger a los dardos mientras lo haces.

David no dijo ni añadió nada a las palabras de su padre. Sencillamente, siguió caminando, hasta acercarse de nuevo a la diana, y cuando estuvo a unos metros de ella. cogió aire, y lo soltó.

Vas a ganar. - Se dijo mentalmente mientras miraba hacia la diana. - Ganaras esta partida, ya lo veras, y cuando la ganes, tu padre te dará la enhorabuena, y te dirá lo que tanto deseabas de escuchar.

David cerro los ojos, y recordó aquellas palabras, aquellas palabras que deseaba que su padre le dijera cuando ganara por fin una partida. *"Ves como al final el esfuerzo tiene su recompensa" Un sueño bonito, pero difícil de cumplir.* - Pensó David mientras seguía con los ojos cerrados. - *Difícil, pero no imposible.*

<< ¿A qué juego desean jugar? >>

Pregunto la diana mientras David estaba perdido en sus pensamientos.

Cuando la diana hablo, David abrió los ojos, olvidándose de todo lo que estaba pensando en aquel momento, y exclamo ante la diana:

- ¡"M 1-1"!

David pensaba que la diana repetiría el nombre del juego, tal y como había hecho antes con el nombre del "501" o con el del "Criket" pero no lo

hizo. También pensaba que la diana lanzaría alguna especie de sonido musical, alegre, pero no hizo ninguna de esas cosas, es más, no hizo nada.

La diana permaneció en silencio durante cinco u ocho segundos.

Y entonces, cuando David empezaba a pensar que la diana se habría quedado sin batería, habló:

<< Turno del "Jugador 1" >>

Exclamo la diana.

- Que empiece el juego. Añadió David, recordando la frase típica y popular de *John Kramer*, el vilano de la saga cinematográfica de *Saw*

2

- Toma hijo, venían con la diana. Le dijo Juan, mientras extendía su mano hacia él. En ella venían tres dardos.

David los cogió, y los contemplo con curiosidad. La punta, y la caña eran de color negro, el barril, que se encontraba entre la punta y la caña, era de color gris. La caña era el lugar por donde debían de cogerse los dardos a la hora de tirar, se agarraban más o menos por la zona central del barril, pero David al ver el dardo, recordó que siempre lo cogía por el final, casi tocando la caña, no sabía si podía perjudicar a la hora de tirar, lo más seguro es que si, si no su padre no hubiera luchado para quitarle aquella manía cuando era pequeño. Una vez David contemplo aquellas tres partes de sus dardos, dirigió la mirada hacia la cuarta, su parte favorita, por llamarlo así, la cola del dardo. Las colas de los dardos no tenían nada en especial, servían para estabilizar el dardo a la hora de tirar, nada más, pero había muchas que estaban decoradas o personalizadas, por esa razón le gustaban tanto a David, y aquella cola no era una excepción. No era una cola personalizada, pero si tenía un diseño propio. La cola era negra, como la punta y la caña, pero estaba decorada con una telaraña y un cráneo blanco en el centro de la cola, como si fuera el cráneo que llevaban los piratas en su bandera negra. Cuando contemplo los suyos, dirigió con disimulo la vista hacia los de su padre, eran idénticos, la única diferencia eran el color de las colas. Los suyos, eran negros, con la telaraña, y el cráneo blanco, y los de su padre, eran rojos, con la telaraña, y el cráneo negro. Por lo demás, todo era igual. No sabía porque, pero David no podía evitar sentir que aquellos cráneos representaban a la muerte.

Escucho un murmullo viniendo cerca de él, era su padre, le estaba

diciendo algo.

- Perdona papa, no te he oído, ¿Qué has dicho?
- ¿Quieres empezar tu? Repitió Juan mientras lo miraba.

David se pensó un poco la respuesta, le daba igual empezar antes o después, al menos con aquel juego, pero al final, opto por empezar el.

- Por qué no. Respondió.

Y entonces, camino junto a su padre, hasta ponerse a una distancia aceptable de la diana. No se le daban muy bien las distancias, pero a ojo le parecía que estaban a más de dos metros. Miro fijamente a la diana, y se pasó los tres dardos a la mano izquierda, y luego, automáticamente, se pasó uno a la derecha, su mano buena. Su padre permaneció junto a él, contemplando cada movimiento que hacía. Sentía la tentación de decirle algo, recordarle quizás cual era el mejor movimiento para apuntar hacia la diana, que en este caso hubiera sido el corazón a ojos de su padre, o tal vez recordarle que no se pusiera nervioso, que no se preocupara por la puntuación, no al menos de momento. Quería decirle que sencillamente dejara la mente en blanco, se centrara solo en la diana, y tirara.

Pero no lo hizo, porque sabía que no hacía falta, su hijo había jugado poco a los dardos, pero sabía que recordaba perfectamente como se hacía. Sabía que jugaría bien, pero no sabía si le ganaría o no. Aún era demasiado pronto para saber eso.

Una vez tuvo el dardo en su mano derecha, lo agarro con el pulgar, el dedo índice, y el dedo de en medio desde el filo de la caña, había vuelto a coger aquella costumbre. *Es normal.* - Pensó. - *Llevo mucho tiempo sin jugar.* Pensó que su padre tal vez le diría algo respecto a por como cogió los dardos, pero no lo hizo. Al principio le pareció un poco raro que no lo hiciera, no sabía si no le había dicho nada porque no había querido, o porque no se había dado cuenta. *Poco importa la razón.* - Se dijo de repente. - *Ahora, deja la mente en blanco, céntrate en la diana, concéntrate en tirar y en sacar una buena puntuación...O lo que quiera que se saque en este juego.*

Este último comentario que paso por su mente hizo que casi se echara a reír como un loco, pero se aguantó.

David alzo su brazo derecho poco a poco, y apunto a la diana. *¿Hacia dónde tiro?* Pensó. Sabía perfectamente que los mejores lugares para conseguir puntos eran las dianas, la simple y la doble, y el anillo interior del veinte, que valía sesenta puntos. Pero...En aquella diana, ¿Cuáles eran las buenas, y cuales las malas? Habían sido cambiadas por órganos y ahora no sabía cuál valía más, o cual valía menos, el veinte había sido sustituido por el cerebro, y en las dianas, estaba el corazón, ¿Cuál de las

dos valías más? Los más seguro es que fueron ambas. El ser humano no podía vivir sin cerebro ya que era el órgano principal y el que daba las órdenes a nuestro cuerpo, al igual que tampoco podríamos vivir sin corazón, ya que el corazón hacía que nuestra sangre bombeara por todo nuestro cuerpo. Estaba a punto de rayarse con el tema, hasta que finalmente, decidió dejarlo de lado. Era la primera vez que jugaba con aquella diana, y no estaba dispuesto a rayarse por el posible funcionamiento de puntuación de aquella diana. No se rayaría en aquella partida, no con su padre allí. Sabía que si se rayaba con eso tendría menos posibilidades de ganar la partida. Así que al final, decidió tirar a cualquier lugar, donde diera dio, no era la opción más acertada, tirar así era lo equivalente a tirar a ciegas, pero mejor eso a nada. Tiraría así hasta que conociera más o menos el funcionamiento del juego.

Y entonces, cuando tuvo claro lo que iba a hacer, respiro hondo, y lanzo el dardo hacia la diana. Impacto en el segmento grande de la columna del diente. *Si hubiera sido una diana normal, hubiera conseguido tan solo un punto.* Se dijo mentalmente mientras contemplaba se había quedado clavado en la diana. Esperaba que la diana reaccionara de alguna manera. Esperaba que, al acertar en algún lugar, como ha sido en su caso, sonara alguna especie de musiquita, aunque fuera de microsegundos, o tal vez, que la diana hablara y que anunciara que había dado en el... "Diente".

Pero la diana no hizo nada de eso, la diana se limitó a estar en silencio. No tenía ganas de hablar.

Segundos después de lanzar el dardo, dirigió la mirada hacia su padre, pensando que a lo mejor le diría algo, aunque no sabía muy bien el que, ninguno de los dos sabía si aquel tiro había sido bueno o malo. David se imaginaba que probablemente hubiera sido malo, dado que en una diana normal los dientes eran el número uno, pero su padre no le dijo nada, es más, ni siquiera le miro, siguió manteniendo su mirada hacia la diana, con el ceño fruncido, mientras se acariciaba su mejilla con la mano derecha. Parecía que le dolía algo.

- ¿Estás bien? Le pregunto David.

- Si. - Respondió mientras se seguía acariciando la mejilla. - Es la muela del juicio, eso es todo. Sigue tirando.

- Crees que... ¿He hecho un buen tiro? Le pregunto David, mientras volvía a mirar hacia la diana, exactamente, al lugar en donde se encontraba su dardo.

- No lo sé. - Respondió, mientras dejaba de acariciarse la mejilla. David sabía que había dejado de acariciarse para aparentar que ya no le dolía, pero sabía que le seguía doliendo, el dolor se reflejaba en su mirada. - Aun no entiendo el sistema de puntuación de esta diana. Sigue tirando y ya lo averiguaremos.

David asintió al escuchar sus palabras, y automáticamente, cogió el segundo dardo, y se preparó para tirar. *Mente en blanco.* - Se dijo. - *Mente en blanco...*

Tiro...Y fallo. El dardo fue a parar a la zona negra, muy cerca del dibujo de la próstata, lugar donde debería de estar el número seis.

- ¡Vaya mierda! Exclamo David al ver que había fallado el tiro.
- Míralo de este modo. - Añadió Juan, con un poco de humor. - No sabremos cómo funciona el sistema de puntuación de esta diana, pero al menos sabemos que si das ahí.- Señalo hacia el lugar en donde había dado el dardo de su hijo, y al rato, siguió hablando.- Habremos fallado el tiro.
- Muy gracioso papa. Le dijo con una sonrisa.

Pero en verdad no le había hecho ni puta gracia. Sabía que lo había hecho para cachondearse de él, y no para animarle. *Ahí está.* - Se dijo. - *Ya ha aparecido ese comportamiento que odio de él, ya se está riendo de mi porque he fallado un tiro, y esto es solo el principio, ni siquiera acabamos de pensar.*

Pensó en renunciar, en dejar de la partida, rendirse y acabar con aquello cuanto antes, pero no lo hizo. Decidió dejar de lado aquel rencor, aquel enfado, y siguió con la partida. *Céntrate en ganar.* - Se dijo. - *Céntrate...En ganar, y nada más.*

Cogió su tercer y último dardo, se preparó para tirar, apunto, y lanzo, el dardo dio en la zona simple del cerebro. Lugar en donde debería de estar el número veinte.

David giro la cabeza, y vio a su padre un poco descompuesto. Bueno, descompuesto no era la palabra más acertada, pero si es cierto que parecía que se había puesto malo. Los ojos los tenía casi cerrados, su mano la había desplazado hacia su frente, y se movía de un lado a otro, como si estuviera borracho.

- ¡Papa! - Exclamo David mientras caminaba hacia él. - Papa, ¿Estas bien?
- Si. - Respondió. - Me duele un poco la cabeza, eso es todo. Ayúdame a sentarme en el sofá.

David puso uno de sus brazos sobre los hombros de su padre, y lo ayudo a llegar hasta el sofá.

- ¿Estás bien? Le pregunto de nuevo, una vez se sentó.
- Si. - Respondió Juan. - Ahora sí, estoy un poco mejor.
- ¿Qué te ha pasado?
- No lo sé. - Respondió. - Me ha comenzado a doler la cabeza, y a los

pocos segundos me he comenzado a marear, pero tranquilo, estoy bien.

Mentía.

Estaba un poco mejor, el dolor había comenzado a remitir, y ya no estaba tan mareado como antes, pero aún seguía sintiéndose mal.

- ¿Quieres que te traiga algo? - Le Pregunto David. ¿Quieres que llame a una ambulancia?

Juan al escuchar aquella pregunta comenzó a reírse.

- ¡Como vas a llamar a una ambulancia por un simple dolor de cabeza! - Exclamo entre risas. - ¡No es para tanto!

- Bueno, pues al menos deja que te traiga algo, ¿Tienes algún antibiótico en casa?

- Si, tengo. - Respondió Juan mientras se incorporaba. - Pero no te preocupes, ya estoy mejor. Venga, sigamos jugando.

- ¿Estás seguro?

- Si, estoy seguro. - Comenzó a avanzar para ponerse frente a la diana, cuando se fijó en que su hijo aún no había quitado sus dardos de la diana. Cuando se dio cuenta de aquel detalle, comenzó a señalar hacia ellos, y añadió. - David, los dardos.

No hizo falta añadir nada más, entendió a lo que se refería.

Mientras los quitaba, dos cosas fueron las que se le pasaron por la cabeza. La primera, su propio malestar. Su padre se había puesto malo de un momento para otro, y eso le había preocupado. De hecho, cualquier hijo se hubiera preocupado por su padre si se hubiera encontrado en una situación similar, pero, por otro lado, estaba disgustado. En el momento en el que se puso malo su padre, se alegró, no porque se hubiera puesto malo, sino porque a lo mejor dejarían de jugar. *¿Quién demonios jugaría así?* Se pregunto mientras lo llevaba al sofá. No sabía si su padre se había dado cuenta, pero por como hablaba, pensaba que no, pero estaba horrible, es más, si no le hubiera llevado al sofá, puede que ni el mismo se hubiera dado cuenta. Estaba pálido, y le sudaba la cabeza a mas no poder, era como si se hubiera pillado un buen catarro de un momento a otro. A David el aspecto de su padre le recordó cuando cogió la gripe en el mes de diciembre. Estuvo durante todo el mes postrado en la cama, empapando las sabanas, sin apenas comer porque había perdido el apetito, siempre que comía algo, la comida le sabia a mocos, y al cabo de unos cinco o diez minutos, vomitaba, a veces en el baño, y otras veces, en el suelo de la cama, pero aunque fuera en un sitio o en otro, la vomitona siempre le recordaba a lo mismo, no sabía porque, pero la vomitona le recordaba a una mezcla de gazpacho y tropezones. Aquel mes fue horrible para él, se pasaba dormido casi todo el día, o al menos lo intentaba, el dolor de cabeza siempre se lo impedía. En aquel tiempo no

tenía ganas de nada, ni siquiera de levantarse, las veces que se levantaba, era solo para mear, cagar o vomitar, nada más. Debido a eso, a la falta de comida, y el exceso de vómitos, descubrió que había perdido cuatro kilos.

Aun los estaba recuperando.

La segunda cosa que se le paso por la cabeza fue el propio malestar de su padre. Cuando había ido a recogerle, estaba bien. Durante el trayecto, también se encontraba bien, y lo mismo se podría decir ahora, antes de comenzar a jugar, antes de que...De que tirara.

Entonces dirigió la mirada hacia la diana, ya la estaba dirigiendo antes, mientras quitaba los dardos, pero la mirada la tenía perdida en sus pensamientos, y se centró en el tercer dardo que había tirado. El que se encontraba en uno de los segmentos simples del cerebro, era el único que le faltaba por retirar, los otros dos, el que se encontraba en el segmento simple del diente, y el que se encontraba fuera de la diana ya los había quitado, y los tenía en su mano izquierda. Permaneció así durante un rato, mirando ese tercer dardo, y contemplando el dibujo del cerebro que estaba encima de él, y segundos después, giro la cabeza hacia el dibujo del diente, se le estaba viniendo una idea a la cabeza, una idea horrible, pero imposible de creer, era pura fantasía. *Y sí...* - Se dijo mentalmente mientras volvía a centrarse en el tercer dardo, frunciendo el ceño, pensando en la idea que se le acababa de pasar por la cabeza. - *No, es imposible. Solo ha sido casualidad.*

Así que apartó aquella idea absurda de su cabeza, cogió el tercer dardo, y cuando lo hizo, la diana volvió a hablar:

<< Turno del "Jugador 2" >>

Juan al escuchar lo que dijo la diana termino de prepararse.

- ¿Seguro que estas bien para tirar? Le pregunto de nuevo David mientras retrocedía y se ponía en el lugar donde antes había estado su padre.

- Si, hijo. - Respondió Juan. - Estoy bien, no te preocupes.

Y ahora no mentía. Había mejorado mucho desde que David había comenzado a quitar los dardos. El dolor de muela había menguado un montón, apenas le dolía, y lo mismo podía decir respecto a su cabeza.

Juan se pasó uno de los dardos que tenía en la mano izquierda a la derecha, y cuando lo hizo, lo cogió con el dedo pulgar, el índice y el del medio por la mitad del barril. *La posición correcta.* Pensó David. Juan fue levantando el brazo, poco a poco, tal y como había hecho antes su hijo, y

mientras apuntaba hacia la diana, respiro hondo, y lanzo.

A David no le dio tiempo de fijarse en el lugar en el que había dado el dardo cuando noto que algo corría por debajo de su nariz. Se llevo la mano derecha hacia su nariz, y se tocó ese pequeño hilillo que corría bajo su nariz con el dedo índice y el medio.

Era sangre.

Se asusto un poco al ver la sangre, pero más que miedo sentía impresión, no entendía el motivo por el que estaba sangrando. En toda su vida había sangrado por la nariz dos o tres veces, y si sangraba, que no era precisamente mucho, sangraba por tonterías. Como por ejemplo cuando se arañaba con la uña mientras se sacaba un moco, o porque estornudaba demasiado fuerte y se le rompía alguna venilla del interior de su nariz. Esto último le había pasado también a un compañero suyo de la secundaria. Estaban paseando por el recreo cuando de repente, su compañero estornudo, y comenzó a sangrar por la nariz, en aquel momento su nariz parecía una versión en miniatura de las cataratas del Niágara. Minutos después, cuando su compañero había dejado de sangrar, siguieron paseando, hasta que volvieron al lugar donde había comenzado a sangrar, y vieron como un gran grupo de chicos y de chicas se reían por la mancha de sangre que había dejado en el suelo. *"¡A alguien le ha entrado la regla!"* Exclamo uno de los muchos jóvenes que había allí mientras se reía! - *"¡Rápido, traed un tampón!"*, *"Seguro que ha sido la guarra de Bea"* Exclamo una chica que se encontraba entre el grupo, mientras ella y muchos otros se reían por lo que veían. Si, aquel día en el recreo fue mi entretenido.

Iba a decirle a su padre que iba a ir al baño para lavarse y darse con un papel por el orificio de la nariz para detener la sangre, pero no lo hizo porque entonces se centró en la diana, y en el lugar donde había clavado el dardo de su padre.

El dardo, estaba en el segmento simple de la nariz.

No puede ser. - Se dijo mentalmente. - *No puede ser verdad.*

En aquel momento David no sabía que pensar, no quería asimilar que aquella idea que se le había pasado por la cabeza fuera real, prefería pensar que se trataba más bien de una casualidad, pero ya había habido muchas para que se tratara solo de una simple casualidad. Primero, él había lanzado su primer dardo y había dado en el segmento simple del diente. A su padre le comenzó a doler una muela. Luego, tiro por segundo vez, erro el tiro, y a su padre no le dolió nada, y la tercera vez, dio en el segmento simple del cerebro, y su padre se quejó de que le dolía la cabeza y de que se había mareado. *¡Joder, no puede ser una casualidad!*

- Exclamo su mente. - *¡Es real, tiene que serlo!*

Iba a decirle a su padre que no tirara, que no lanzara su segundo tiro, pero estaba atónito, no sabía qué hacer, así que Juan, que no se había dado cuenta de que su hijo había comenzado a sangrar por la nariz, lanzo su segundo tiro y dio en el segmento simple del cerebro, un poco más alejado de donde antes había dado David.

Cuando David vio el dardo clavado en la diana, su cabeza le empezó a doler, empezó a sudar, y las manos comenzaron a temblarle, se sentía débil, como si le hubiera dado una especie de bajón de azúcar, y por cada segundo que pasaba, más mareado estaba.

- Papa...- Dijo por lo bajo, casi como un susurro, no tenía fuerzas ni para hablar, lo único que quería hacer era sentarse en el sofá y esperar a que todo pasara, pero debía de aguantar porque tenía que avisar a su padre, tenía que decirle que no lanzara su tercer dardo porque la diana estaba maldita, o al menos eso es lo que pensaba. Sabía que era un disparate, pero que otra cosa podría pensar. - Papa...

Su padre no le escuchaba, hablaba demasiado bajo, así que se limitó a mirar hacia la diana, y a prepararse para lanzar su tercer dardo.

- ¡Papa no...! - Exclamo David mientras intentaba acercarse a él. - ¡No tires papa!

Pero tiro, y dio por segunda vez en el segmento simple del cerebro, muy cerca del anterior dardo.

Nada más el dardo fue a parar a la diana, David cayó desplomado al suelo, mientras todo lo que tenía a su alrededor se volvía negro.

3

- ¡David! - Exclamaba una voz, parecía asustada, y notaba como algo le agarraba de los hombros, y le zarandeaba cada dos por tres. - ¡David, despierta, hijo mío!

David entreabrió los ojos, y vio que se trataba de su padre. Era el que gritaba y lo zarandeaba, no le veía bien, veía borroso, pero reconocía su voz y su figura.

Seguía sintiéndose mal.

- Los dardos... - Murmuro David, sin saber muy bien lo que decía. - Los dardos...Diana.

- ¿Qué dices hijo? - Pregunto Juan, extrañado, mientras acercaba su oído a sus labios para oírlo mejor. - ¿Qué intentas decirme?

- Quita los dardos...- Murmuro de nuevo, mientras seguía tumbado en el suelo.- Quita...Diana.
- ¿Quieres que quite los dardos de la diana? Le pregunto Juan mientras fruncia el ceño.

David ya no tenía fuerzas para hablar, así que asintió.

Juan no entendía el porqué de aquellas palabras. Para él, su hijo estaba desvariando, nada más, pero algo en su interior, le decía que su hijo tenía razón. Algo en su interior le decía que debía de quitar los dardos de la diana si quería que su hijo mejorase.

David vio como aquella figura borrosa desaparecía de su vista. Ahora lo único que veía era una luz blanca muy iluminada y borrosa, acompañada de lo que parecía un espacio en blanco, como los bocetos que utilizaban los artistas. Suponía que se trataba del techo y la luz de la habitación.

De repente, su dolor de cabeza menguó, al igual que su sudor, el temblor de sus manos había comenzado a desaparecer, y su vista estaba comenzado a mejorar. Seguía viendo borroso, pero al menos ahora podía distinguir la lámpara de la habitación con el techo.

Mientras seguía tirado en el suelo, una voz habló a pocos metros de él, era una voz rara, robótica. Al principio no sabía de qué se podría tratar, pero al instante supo que se trataba de la diana.

<< Turno del "Jugador 1" >>

Si ha hablado. - Se dijo mentalmente. - *Significa que mi padre ha quitado todos los dardos de la diana.*

Y antes de que pudiera terminar aquella frase en su cabeza, su padre volvió a aparecer ante sus ojos. Ahora lo distinguía mucho mejor. Estaba rojo como un tomate, y parecía agobiado, seguramente debido al momento. Su hijo acababa de desmayarse sin saber el motivo, ¿Quién no se agobiaría con eso? Pero ahora parecía más tranquilo. Estaba viendo como su hijo mejoraba poco a poco.

- ¿Estás bien? Le pregunto Juan, preocupado.

- Si, papa. - Respondió David mientras apoyaba sus manos en el suelo y se incorporaba. Ahora los dos se encontraban sentados en el suelo, a la misma altura. - ¿Qué ha pasado?

- Te has desmayado. - Respondió Juan, mientras se fregaba en el hilillo de sangre que había corrido bajo su nariz, estaba seco. - Tienes...Sangre en la nariz.

Al decir eso, David volvió a pasarse los dedos por el hilillo de sangre, y se limpió, y al hacerlo, recordó todo lo que había pasado. Recordó la razón

por la que se había puesto malo él y su padre. Aquella razón descabellada y difícil de creer. Iba a comentársela a su padre, sabía que era muy probable que no le creyera y que pensara que estaba desvariando, y razón no le faltaría, de hecho, ni siquiera David había asimilado aquello que se le había pasado por la cabeza, para él también era un desvarío.

- Papa... Comenzó a decir, pero antes de continuar, su padre le interrumpió.
- Sera mejor que llame al hospital. -Le dijo mientras se levantaba. - Vamos te ayudare a levantarte.
- Estoy bien, papa, no llares a nadie. Le dijo mientras agarraba la mano de su padre y se levantaba.
- Lo siento, pero voy a hacerlo de todas maneras. Le dijo mientras lo acompañaba al sofá, tal y como había hecho David con él, minutos atrás.
- Papa, no lo hagas, de verdad, estoy bien. - Le dijo David mientras se sentaba en el sofá.- Además, tengo que decirte algo importante.
- Espera, hijo, luego me lo cuentas, voy a llamar al hospital, ahora vuelvo.
- Camino hacia la entrada de la habitación, y cuando lo hizo se detuvo, se giró hacia David, y añadió. - Quédate ahí, vale, no tardare.
- ¡Pero papa...!

Su padre abandono la habitación.

Tardo más o menos cinco minutos en volver, aunque David no le hecho mucho en falta. Podía oír sus pasos desde la habitación, y de vez en cuando le oía exclamar alguna grosería. Cuando las escuchaba pensaba que era debido a que el hospital no le cogía el teléfono. Si era si no sabía si alegrarse o preocuparse. Cuando Juan apareció de nuevo en la habitación, tenía en sus manos un vaso de cristal con un poco de agua blanquecina en su interior. Estaba moviendo el agua con una cuchara.

- He llamado al hospital y a tu madre, pero ninguno de los dos me lo ha cogido. - Le informo mientras dejaba de mover la cuchara y le pasaba el vaso. - No tenemos cobertura. Tome esto, anda.
- ¿Qué es? Pregunto David mientras lo cogía.
- Ibuprofeno. - Respondió. - Tómatelo, no quiero que sufras una recaída o algo por el estilo, con un susto es suficiente.

David pensó en rechazarlo, se encontraba bien, pero al final opto por tomárselo. No le iba a hacer el feo a su padre ya que se había tomado la molestia de preparárselo.

- ¿Y porque no hay cobertura? Le pregunto mientras se tomaba el ibuprofeno.
- No lo sé, la verdad. - Respondió Juan mientras caminaba hacia la ventana de la habitación. - Quizás la compañía telefónica este haciendo algo, no lo sé. Pero si te soy sincero, me parece muy raro. - Agarro con su mano derecha el tirador de la persiana y cuando lo hizo, añadió, mirando

a David. - Voy a subir la persiana para que, entre un poco de luz en la habitación, ¿Quieres que abra la ventana? A lo mejor te viene bien un poco de aire fresco.

- Bueno, vale, ¿Por qué no?

Juan subió la persiana, pero no hizo nada más.

Mientras subía la persiana, David permaneció sentado, perdido en sus pensamientos mientras miraba el pequeño restillo que había dejado en el vaso. Estaba pensando en si decirle aquella idea disparatada. Por un lado, quería hacerlo, aquel era el mejor momento, pero, por otro lado. Decirle algo así, sabía que no le creería. *¿Y si al hacerlo me toma por un loco?* - Se pregunto mientras miraba hacia al vaso. - *¿Y si se ríe de mi por haber pensado que esa idea puede ser real?*

¿Qué tienes que perder? - Le pregunto otra voz en su interior, la voz que le hizo llevar a la decisión. - *No pierdes nada por hacerlo. Tú crees que es real, pero puedes estar equivocado, cosa que hasta tú mismo crees, o al menos, una parte de ti piensa así. Si le dices eso a tu padre, lo más seguro es que no te crea porque es un disparate, es más, puede que incluso piense que le estas vacilando, ¿Pero realmente tienes algo que perder? ¿Crees que si le dices eso perderás el cariño de tu padre? ¿Piensas que si le dices eso te atara en una silla, llamara al hospital cuando vuelva la cobertura, y te llevara a un hospital psiquiátrico? No, no lo hará. Porque es una estupidez. Así que dime, ¿Qué tienes que perder?*

Nada. - Se dijo mentalmente. - *No pierdo nada.*

Pues entonces, coméntaselo, y echaros unas risas. Continuo la voz.

- Papa. - Dijo David mientras seguía dirigiendo la mirada hacia el vaso de cristal.- Tengo que decirte algo, pensaras que es una tontería o un disparate. De hecho, hasta a mí me lo parece, pero creo, que la razón por la que nos hemos puesto malos es por la diana.

Ahora se girará hacia mí con el ceño fruncido, y me dirá "¿De qué cojones hablas?" o comenzará a reírse y me dirá "Muy gracioso hijo, pero con la salud no se ríe uno"

Pero en vez de eso, su padre permaneció mirando por la ventana, con la mirada perdida.

- Papa. - Dijo David mientras ahora dirigía la mirada hacia él. - Papa, ¿Estas bien?

No hubo respuesta.

A lo mejor está disfrutando de "Las vistas". Se dijo David mentalmente mientras se reía desde sus adentros, pensando en la vecina de su padre.

- ¡Papa! - Exclamo mientras se levantaba y comenzaba a caminar hacia él, pensando que su padre estaría viendo a la vecina montádoselo de nuevo con un desconocido. Creía que se marearía un poco al andar, pero la verdad es que se sentía muy bien, volvía a tener energías de sobra, como un niño de seis años. - ¡Papa! - Exclamo de nuevo a pocos metros de él. - ¿Estás viendo algo interesan...

No pudo terminar de formular la pregunta. *Imposible.* - Se dijo mentalmente al ver lo que había al otro lado de la ventana. - *Es imposible.*

Al ver lo que había al otro lado, todas esas energías que había recuperado volvieron a desaparecer. Tenía miedo, y tenía ganas de gritar, pero no lo hizo, lo único que hizo fue contemplar lo que había en el otro lado de la ventana, mientras el vaso de cristal que tenía en la mano se estrellaba contra el suelo y se rompía en mil pedazos. No se había dado cuenta de que lo había soltado.

Bueno. - Se dijo David mentalmente, con un poco de humor. - *Por lo menos ahora sabemos porque no tenemos cobertura.*

4

No había nada, tan solo oscuridad.

David y Juan ahora se encontraban en la entrada de la casa, con la puerta abierta, observando aquella oscuridad sin fin que había alrededor de la casa, querían asegurarse de que lo que habían visto por la ventana no era ninguna ilusión causada a lo mejor por aquel malestar que habían sufrido los dos. Pero no era ninguna ilusión, allí no había nada, todo había desaparecido. La casa de la vecina había desaparecido, al igual que las calles y el resto de las casas del barrio. La panadería que había detrás de la calle de Juan, ni rastro, la comisaria, fuera. Allí no había nada, todo había desaparecido, al igual que la luz del sol, las nubes blancuecinas y el azul del cielo. Lo único que había era...

El vacío, un vacío oscuro y tenebroso.

David tuvo la tentación de salir de la casa y adentrarse en aquella oscuridad. Quería saber qué ocurriría si ponía un pie ahí fuera, pero se contuvo por temor a que la oscuridad le engullera.

- ¿Qué coño está pasando? - Exclamo Juan, parecía sereno y tranquilo, pero por el tono de su voz. David noto que estaba asustado. Los dos lo

estaban. - ¿Qué demonios está pasando?

¿Qué está pasando?, ¿Qué demonios está pasando?, ¿Cómo demonios hemos llegado aquí? Eso es lo que se preguntaba Juan mientras observaba aquel vacío. Si otra persona hubiera estado en su misma situación, lo más seguro es que se hubiera hecho aquellas mismas preguntas. Todos se las habrían hecho, incluso David, solo que él no se las hacía porque se hacía una idea de todo lo que estaba pasando. No sabía porque, pero algo le decía que aquella oscuridad, aquel vacío que había rodeado la casa, también era causado por la diana, la dichosa diana.

- Papa.

- ¿Qué, hijo?

- ¿El juego al que estamos jugando... – Se interrumpió mientras seguía mirando hacia la oscuridad, ninguno de los dos se miraba el uno al otro. Ambos mantenían la vista fija en el vacío, mientras intentaban asimilar que lo que veían era real. - ¿Cómo se llama?

Su padre giro la cabeza hacia él, le había extrañado que su hijo le hubiera hecho aquella pregunta, no solo porque tenía muy buena memoria, sino por las circunstancias que estaban viviendo ahora mismo. *¿Cómo puede preguntarse algo así ahora?* Se pregunto Juan mentalmente, mientras le miraba. Pero en vez de reprochárselo, le contesto, no sin antes estar seguro de que el juego se llamaba así.

- “M 1-1” – Le respondió después de haberlo pensando, mientras fruncía el ceño. - ¿Por qué me lo preguntas?

Y entonces David, furioso, cansado, y en un ataque de ira, se volvió, y corrió hacia la habitación. Se imaginaba lo que estaba pasando, pero estaba cansando de hacerse teorías dignas de una película de fantasía. No, aquello a esas alturas ya no le valía. Lo que era buscaba y necesitaban eran...

- ¡Hijo! – Exclamo Juan mientras veía como David se iba a toda prisa. - ¡¿A dónde vas?!

- ¡A por respuestas! Respondió David mientras se dirigía hacia la habitación donde se encontraba la diana

Juan al escucharle, cerro rápidamente la puerta, y corrió tras él.

5

David entro en la habitación, camino con pasos rápidos hacia la diana, y se puso frente a ella.

- ¡Diana! – Exclamo, no sabía si era necesaria decir eso, se había hecho una imagen mental en la cabeza de lo que iba a hacer y decir, y aquella

palabra se encontraba también en su imaginación. En su cabeza había sonado guay, de echo pensaba que sería la polla utilizarla, pero ahora que lo había pronunciado en alto, le pareció hortera utilizar aquella palabra, pero bueno, lo hecho, echo esta. - ¡Dime las instrucciones del "M 1-1"!

Juan entro en la habitación mientras su hijo pronunciaba aquellas palabras. David esperaba una respuesta inminente, pero la diana tardo en contestar, no contesto hasta que su padre estuvo más o manos a la misma distancia que la de su hijo. David tuvo la impresión de que la diana quería asegurarse de que él también se encontraba allí para escuchar las instrucciones.

<< En este modo de juego hay dos Jugadores. "Jugador 1", y "Jugador 2". Ambos contrincantes. Cada uno tirara tres veces a la diana, hasta que uno de los jugadores gane la partida >>

David y Juan escucharon con atención las palabras de la diana.

David se esperaba mucho más.

- David, ¿Qué quieres conseguir? Le pregunto Juan veía como su hijo miraba con atención hacia la diana.

- Ya te lo he dicho. - Respondió. - Busco respuestas.

Al escucharle, Juan se echó a reír.

- ¡Respuestas de que, ¿De lo que está pasando?! - Exclamo. - Adelante, pregúntale porque demonios nuestra calle ha desaparecido. ¡Qué coño nuestra calle, pregúntale porque demonios la ciudad entera ha desaparecido!

- Papa.

- ¡O mejor aún, porque no le preguntas porque demonios la ciudad entera se ha convertido en un jodido cuarto oscuro!

- ¡Papa!

Juan guardo silencio al escuchar el tono de su voz de su hijo.

- Relájate quieres.

- Lo siento.

- Mira, yo también estoy asustado, pero no nos servirá de nada alterarnos. -Le dijo David, con la idea de calmarlo un poco. Mientras hablaba sentía la extraña sensación de que en aquel momento habían cambiado las tornas. En aquel momento parecía que él se había convertido en un padre que estaba intentando calmar a su hijo, le hacía gracia aquella situación, pero no quería demostrarlo, aquel no era el momento más oportuno para reírse. - Mira papa, creo que todo lo que

está pasando está relacionado con la diana.

Juan le miro extrañado, pensaba hablar, pero su hijo levanto la mano, como para marcar que aún no había acabado, y se contuvo

- Mira papa, no me preguntes porque, porque yo ni siquiera lo entiendo, pero creo que todo está relacionado con la diana. No solo la desaparición del barrio, sino también nuestro malestar. Piénsalo papa, antes, cuando tire por primera vez, el primer dardo dio en una zona simple del diente y te comenzó a doler una muela. Luego, el segundo tiro, erro, y no te dolió nada, y el tercero dio en una de las zonas simples del cerebro y comenzaste a quejarte de que te dolía la cabeza y de que te estabas mareando. - Espero durante unos segundos a que su padre asimilara toda aquella información, parecía que lo escuchaba con atención, y al rato, prosiguió. - Y lo mismo puedo decir cuando comenzaste a tirar tu. Tu primer tiro dio en la zona simple de la nariz, y comencé a echar sangre por uno de los orificios. Luego, tu segundo tiro dio en uno de los segmentos simples del cerebro, y comencé a sentirme igual de mal que tú, y luego, cuando volviste a dar en un segmento simple del cerebro, me desmayé. - Se detuvo un momento, para tragar saliva, y para asegurarse de que su padre seguía escuchando, y cuando se aseguró, continuo. - Piénsalo papa. Creo que esta diana es más especial de lo que tú crees.

Al escuchar sus palabras, Juan suspiro hondo. Era buena teoría, lo reconocía. Además, era una teoría que parecía tener sentido, pero no quería creerla.

- Quizás...Quizás solo se trate de una casualidad. Añadió Juan, un poco dudoso.

- No, papa. - Replico David. - Que ocurra una vez, es casualidad. Dos veces, también. Tres, puedo pasártelo, pero seis veces, imposible. Seis veces no puedo aceptarlo.

- ¿Y qué propones que hagamos?

- Ya lo estás viendo. - Respondió. - Vamos a obtener respuestas.

- ¿Y crees que la diana nos la va a dar?

David asintió.

Juan no pudo evitar reírse de nuevo.

- Mira hijo, supongamos que tienes razón, y que la diana tiene algo que ver con todo esto que está pasando, ¿Cómo pretendes conseguir esas dichosas respuestas? - Le pregunto seriamente mientras le miraba. -

Porque antes le has hecho una pregunta y no es que te nos haya ayudado mucho su respuesta.

Al escuchar aquellas palabras, David volvió a mirar hacia la diana.

- Tal vez...- Dijo mientras continuaba mirando hacia la diana. Por un momento se sintió el protagonista de la película de *Aladdin* o como en aquella otra futurista llamada *I.A* esa que hizo *Steven Spielberg* y que iba de un niño robótico que buscaba al hada azul para pedirle que le convirtiera en un ser humano para que su madre adoptiva humana le quisiera. Por un momento, se sintió como que tenía delante de él a un genio, o un sabio que podía concederle tres preguntas. Preguntas que debería de formular correctamente para obtener la respuesta que estaba buscando. - Tal vez deba de pronunciar las preguntas adecuadamente para que la diana las comprenda.

Juan no añadió nada a aquel comentario, para él, todo estaba siendo demasiado surrealista. Así que decidió esperar a ver lo que ocurría, y a ver como su hijo intentaba obtener las respuestas de todo lo que estaba pasando.

David permaneció unos segundos callado, mirando hacia la diana, pensando como formular una de sus muchas preguntas, y cuando lo tuvo claro, exclamo.

- ¡Diana!, ¿Eres la responsable de que la casa está envuelta en el...

La oscuridad. Pensó en decir, pero otra palabra afloró en su mente justo en el momento en el que iba a decirlo. Para él, aquello no era oscuridad, sino...

- Vacío. Concluyo.

David y Juan permanecieron atentos a la diana, esperando una respuesta, hasta que finalmente, respondió, dejando absortos tanto a padre, como a hijo:

<< SI >>

Juan al escuchar aquella respuesta no pudo evitar lanzar una risita nerviosa.

- ¡Esto no está pasando! – Exclamaba mientras daba vueltas por la habitación. - ¡Esto no está pasando!

- Papa, tranquilo.

Pero sabía que aquellas palabras no lo tranquilizarían. De hecho, él estaba igual que él, estaba histérico y preocupado, solo que no lo demostraba, quería mantener la compostura, pero le estaba costando demasiado trabajo. Al escuchar la respuesta, las piernas le habían comenzado a temblar de los nervios. Su teoría había sido confirmada, o al menos parte

de ella. Su corazón había comenzado a latir con fuerza. Necesitaba sentarse, sentarse y despejarse, pero no quería hacerlo, necesitaba...Necesitaba controlarse.

Cogió aire y lo soltó durante unos segundos, hasta que noto como su corazón volvía a latir con normalidad.

- ¡Esto no está pasando! – Seguía exclamando Juan, ahora estaba sentado en el sofá. Parecía un niño pequeño asustado. - ¡Esto no está pasando!
- Papa, necesito que te relajes. - Le dijo David mientras se acercaba a él.
- Coge aire, y suéltalo. Eso es, aspira, expira. Aspira, expira.

Juan obedeció con ayuda de las palabras y los movimientos de su hijo. Ahora estaba un poco más tranquilo.

- Escúchame, necesito hacerle más preguntas a la diana, y puede que las respuestas no sean muy buenas. - Se detuvo un momento, pensando que su padre volvería a alterarse, pero al ver que no lo hizo y que le escuchaba con atención, prosiguió. - ¿Me prometes que te controlarás y que no te pondrás nervioso?

Juan asintió.

- Lo intentare.
- Bien, deja que yo me encargue de esto.

Entonces David volvió a dirigirse hacia la diana, mientras su padre seguía sentado en el sofá, intentando controlarse, y observando todo lo que pasaba. David le había cogido el puntillo a eso de llevar el control. *Si hubiera sido padre.* - Se dijo mentalmente. -*Seguro que me habrían nombrado el padre del año.*

- ¡Diana! – Volvió a exclamar. - ¿Cómo podemos salir del vacío?

Había pensado en preguntarle mejor que como podrían volver a la normalidad, pero temía que la diana no entendiera ese término. *¿Qué será normal para ella?* Se preguntó antes de formular la pregunta. - *Para nosotros, esto es surrealista. Algo que solo podría ocurrir en una película o en un comic de ciencia ficción, pero para ella... Para ella seguramente sea normal. Que dios se apiade de las almas que hayan estado alguna vez en el este lugar, si es que ha habido alguien que haya estado aquí antes de nosotros, o que siga estando.*

<< Ganando al juego "M 1-1" >>

Respondió la diana a los pocos segundos de que David formulara la

pregunta.

David y Juan intercambiaron miradas, no se dijeron nada, las miradas lo decían todo.

- ¡Diana! – Exclamo de nuevo David mientras volvía la cabeza hacia la diana. - ¿Explícanos como podemos ganar al “M 1-1”?

David se olía algo, suponía lo que iba a decir la diana. Su padre no tanto. Sabía que lo que diría sería grave, pero no sabía cuánto. Ni siquiera David, aun suponiendo lo que diría, no se hacía a la idea de la gravedad de la situación. Ninguno de los dos se esperaban aquella respuesta.

<< Hay diferentes órganos repartidos por toda diana. Cada jugador podrá disparar tres veces al organismo que desee, haciendo daño al organismo del otro jugador. >>

- ¡Que...! Exclamo Juan, que se había levantado del sofá, y se había puesto junto a su hijo. Miraba hacia la diana extrañado, escuchando todo lo que decía.

David lo mando a callar rápidamente, la diana aún no había terminado de hablar.

<< Si, por ejemplo, el “Jugador 1” tira un dardo, e impacta en el ojo. El ojo del “Jugador 2” será dañado hasta el siguiente turno, y así sucesivamente. >>

Ninguno de los dos aportaba nada a la explicación de la diana, no solo porque no sabían que aportar, sino porque aún no había terminado de hablar.

<< Para que el daño sea permanente y duradero, los tres dardos deberán de impactar sobre un mismo organismo. Si, por ejemplo, el “Jugador 1” lanza los tres dardos al ojo, el “Jugador 2” quedara ciego hasta el final de la partida. >>

- Dios santo... Susurro Juan, parecía que estaba a punto de desmayarse. David noto como intentaba mantener la compostura, pero no pudo, así que volvió a sentarse en el sofá para poder ver todo lo que ocurría desde allí.

La diana no lo había dicho, pero David supuso que, si un dardo impactaba en el segmento triple de un organismo, contaría como si hubieran dado tres, al igual que uno contaría por dos si impactaba en el segmento doble de un organismo.

Pero ahora tocaba la última pregunta, la peor. Quizás por esa razón David había preferido dejarla para el final. Hubiera optado por evitar aquella pregunta, pero después de obtener aquella respuesta por parte de la diana, necesitaba preguntarla, porque, si los órganos afectaban a los órganos reales de ambos jugadores, ¿Cómo demonios podrían salir los dos de allí con vida?

- ¡Diana! – Exclamo por última vez. - ¿Cómo se gana al “M 1-1”? Pregunto David.

La respuesta le dejó exhausto, y le obligo a sentarse en el sofá, junto a su padre.

<< Matando al contrincante >>

Respondió la diana muy seriamente.

Después de decir eso, la diana recordó que volvió a ser el turno del “Jugador 1”, pero ninguno de los dos la escucho. Se les había quitado las ganas de jugar.

6

- ¿Has oído lo que ha dicho la diana? Le pregunto David a Juan muy seriamente, mientras mantenía la vista en el suelo, y en los restos del vaso de cristal, ninguno de los dos se había dado cuenta de que los trozos seguían allí, en el suelo, junto a la ventana.

- Si. - Respondió Juan, después de un tiempo. Había mantenido la mirada perdida durante todo aquel tiempo, intentando asimilar todo lo que les había ocurrido. Sabía que era culpa suya, su hijo no se lo echaba en cara, pero sabía que lo pensaba, y si no lo pensaba, lo pensaría tarde o temprano, pero una parte de él no aceptaba el hecho de que había sido culpa suya. Él le había comprado esa diana a la anciana. Bueno, más bien había aceptado el regalo. Eso es cierto, pero él no sabía nada sobre aquella diana. Él no sabía que fuera tan “Especial” ni tampoco sabía lo que sucedería una vez comenzara a jugar. No, él no sabía nada de eso. Él no tenía culpa de nada. Se sentía como un pequeño ratoncillo dulce e inocente que acababa de caer en una trampa por un simple trocito de queso. - Si queremos salir de aquí, y volver a la normalidad, debemos de acabar la partida. - Giro la cabeza hacia David, y cuando lo hizo, añadió. - Uno de nosotros tiene que morir si el otro quiere salir con vida.

Y seguro que no quieres ser tú, ¿Verdad, papa? - Se dijo David mentalmente. - Seguramente, si un padre y un hijo estuvieran en nuestra situación. El padre no tardaría en dar la vida por su hijo para salir de aquí, pero tú no lo harás, ¿Verdad, papa? Los dos sabemos que no lo harás. Eres demasiado competitivo. Aun sabiendo que estamos aquí por tu culpa, me harás jugar, en vez de sacrificarte por mí. Se que vas a poner mi vida

en juego solo por tu cabezonería, tu orgullo, y tu egoísmo.

David, creo que te equivocas en algo. - Le dijo su otra vocecilla, esa que resonaba de vez en cuando por su cabeza. - *Tu padre no es el único que tiene la culpa, tú también la tienes. Si hubieras hablado con él, si le hubieras dicho que no te...*

¡Cállate!

Ninguno de los dos volvió a hablar hasta pasados unos segundos. Cada uno estaba perdido en sus pensamientos, sin saber lo que hacer.

- ¿Y qué hacemos? Le pregunto David.

- No lo sé. - Respondió Juan, mientras volvía a mirar hacia la diana. - La verdad...Es que no lo sé.

Otro silencio.

- Creo...

Ahí viene. Se dijo David mentalmente, sabiendo muy bien lo que iba a decir su padre.

- Creo que deberíamos de seguir jugando, al menos hasta que consigamos averiguar si hay algún otro modo de salir de aquí.

David no pudo evitar lanzar una pequeña risita al oírle, sabía que diría eso. *Competitivo hasta el final, hasta la muerte, ¿Verdad?*

- ¿Qué te hace gracia? Le pregunto Juan, extrañado, mientras le miraba.

- Nada. - Respondió David, mientras se pasaba las manos por los ojos. - Es solo que, me parece un mal plan. ¡¿De verdad quieres jugar sabiendo que nuestras vidas están en juego?!

- No quiero jugar como tal, David. Respondió Juan, intentando mantenerse sereno, tanto el tono como el rostro de su padre preocupaba un poco a David, y más después de que hubiera sufrido un ataque de ansiedad. Por un momento le pareció que su padre estaba loco.

- Entonces, explícate.

- Juguemos, pero fallaremos los tiros. - Añadió Juan. - Antes, cuando tiraste, tu segundo tiro dio en la zona negra, no dio en ningún lado, y no me paso nada, ¿Verdad? Así que, si los tres dardos impactan en la zona negra, no nos tendría que pasar nada a ninguno de los dos.- Se detuvo un momento, para pensar lo que diría a continuación, y cuando lo hizo, añadió.- La diana dice que uno de nosotros tiene que morir si queremos salir de aquí, pero a lo mejor se equivoca, a lo mejor hay un límite de rondas, y si lo dos nos mantenemos con vida hasta entonces, tal vez consigamos salir de aquí, ¿No crees?

- Si, pero...Aun así me sigue pareciendo un plan demasiado arriesgado. -

Añadió David.- ¿Y si acertamos por error en algún sitio y nos hacemos daño el uno al otro?

- Creo que es un riesgo que debemos de correr, David. - Respondió Juan.

- Pero creo que no nos tendremos que preocupar por eso. Creo que de lo que más no tenemos que preocupar es de que los dardos no impacten tres veces en un mismo organismo. ¿Por qué si pasa, el daño será permanente, ¿no?

- O letal. - Añadió David, cabizbajo. - O letal.

Entonces, antes de que David terminara de hablar, Juan se levantó del sofá, y extendió la mano derecha hacia su hijo.

- Vamos hijo. Es tu turno, pero antes ayúdame a limpiar ese desastre. Dijo mientras inclinaba la cabeza, señalando hacia los trozos de cristales esparcidos por el suelo.

David levanto la cabeza, y vio como su mano estaba tan solo a unos centímetros de él. Iba a cogerla, pero entonces recordó lo que había pensado antes sobre él. Sabía que aquella idea no acabaría bien, le conocía de sobra.

- Papa.

- Dime hijo.

- Si en un caso, tu plan no saliera bien, ¿Me matarías con tal de ganar la partida?

Juan se quedó en blanco al oír aquella pregunta, pero no se ofendió cuando la oyó.

- No. Respondió seriamente, mientras giraba la cabeza de un lado a otro, haciendo un gesto de negación.

David asintió al oír su pregunta, quería decirle que lo prometiera, pero decidió no hacerlo, así que le cogió la mano, se levantó del sofá, y comenzaron a recoger los trozos de cristal antes de volver a tirar, pero una parte de él sabía que estaba mintiendo.

Le conocía demasiado bien.

7

No recordaba cuantas veces había tirado ya. Después de que recogieran los trozos de cristal y los tiraran a la basura, volvieron a la habitación, y cada uno cogió sus respectivos dardos, y comenzaron a tirar tal y como Juan había acordado, tiraron a fallar hasta que alguno de los dos averiguara o se le ocurriera alguna forma de salir de aquel lugar. El primero en tirar fue David, erro los tres tiros sin problema, los tres dardos acabaron bastante lejos de la zona de puntuación, luego tiro su padre, y

erro también los tres tiros con facilidad, no habían quedado tan alejados como los de su hijo, pero mantenían una distancia bastante larga y segura para que ambos no se preocuparan en hacerse daño. Después, volvió a tirar David, y el bucle volvió a repetirse. Cuando llegaron a la duodécima ronda, ambos se tomaron un descanso, y fueron a la cocina para beber un poco de agua. Al principio habían ido con la idea de picotear algo, era casi la hora de almorzar, pero ninguno de los dos tenía hambre debido a la situación. Así que se conformaron con beber cada uno un pequeño vaso de agua, semejante al que se le había caído antes, y mientras bebía, David no pudo evitar recordar a su madre. *¿Qué estará haciendo en este momento?* Se pregunto. Y entonces, una gran multitud de ideas se le pasaron por la cabeza, cada una, más descabellada que la anterior. Aunque, la idea que más le impacto, y por la que más temía de que fuera real, era la de la desaparición del propio tiempo. Antes no se había dado cuenta debido a los nervios y a las distracciones que habían tenido no solo con el juego en sí, sino también con la diana y con el propio vacío. Pero ahora que estaba allí, en la cocina, bebiendo un vaso de agua, se había dado cuenta de que el tiempo no parecía existir. No solo por el día y la noche, sino también por los relojes. Los relojes se habían detenido, y una prueba de ello era el reloj que estaba colgado en la pared de la cocina, y fue entonces cuando aquella idea afloro en su mente. Se imagino que en aquel vacío el tiempo no existía, y si existía era un tiempo que avanzaba muy lentamente sin que ninguno de los dos fuera consciente de ello. Se imagino que, el tiempo que pasaban allí, en aquel oscuro y triste vacío, era quizás el doble de tiempo, quizás el triple en la tierra. Eso era algo que ya había visto antes en una película, no recordaba cual, pero sabía que lo había visto. *Y si nosotros creemos que hemos estado aquí una hora, pero en verdad hemos estado una semana ausentes.* Pensó. - *Si es así, puede que mama nos esté buscando tanto a papa, como a mí. Bueno, a papa no creo, pero si a mí. Si es así debería de estar muy preocupada. Puede que...Puede que incluso piense que estoy muerto.*

Noto como algo frio se posaba contra su hombro. Era su padre, le había puesto su vaso en el hombro.

- Tienes la mirada perdida. - Le dijo mientras apartaba el vaso. - ¿En qué piensas?

- En mama. - Respondió. - Pienso en mama.

Juan no articulo palabra, tan solo le miro, y luego volvió a beber de su vaso.

- ¿Estas preocupada por ella?

- No, no es eso. - Respondió. - Es solo que..., tengo miedo de que el tiempo avance más deprisa aquí que en la tierra, solo eso. Si fuera eso, mama puede que haya llamado a la policía, y nos esté buscando.

- Eso es porque estas preocupada por ella. Añadió Juan con una sonrisa.

David al escuchar su respuesta hizo un breve movimiento de hombros.

- Bueno, supongo que lo estoy. - Añadió David. - No es nada malo.

- No, desde luego que no lo es... Si te soy sincero, yo también estoy un poco preocupado por ella. - Se detuvo unos segundos, recordando mucho de los buenos momentos que había vivido con ella, recordando la forma de ser de la mujer de la que se había enamorado. - Pero no te preocupes, no te comas mucho la cabeza con eso, ella estará bien, lo sé. La conozco muy bien.

En aquel momento, David quiso preguntarle por el motivo por el que se habían separado, sabía lo que había pasado, o al menos una parte, lo que le había contado su madre, pero no sabía el motivo por el que su padre había decidido ponerle los cuernos, era algo que no le interesaba mucho, no hasta aquel momento, pero decidió no hacerlo. A veces es mejor no hurgar en las heridas y en los recuerdos de los demás.

- ¡Bueno! - Exclamo Juan, mientras soltaba su vaso en el fregadero. - ¿Te parece bien que continuemos?

Al escucharle, David se bebió rápidamente el restillo de agua que le quedaba. Después asintió, y puso también el vaso en el fregadero.

- ¡Vamos!

Y volvieron a la habitación para continuar con la partida.

8

Si en aquel vacío existiera el tiempo, David y Juan sabrían que se llevaron cerca de dos horas jugando, pero como no existía, ni siquiera llegaron a pensar en el tiempo. Pensar en el tiempo en aquel momento era inútil, lo único que importaba era la partida, y el modo de salir de allí. Cuando se iban por la vigésima ronda, una media hora después de que se tomaran el vaso de agua, calculado a ojo, volvieron a la cocina para almorzar, el apetito al final había podido con ellos. Aunque aun así no comieron mucho, comieron solo lo suficiente para evitar tener el estómago vacío. Juan se preparó medio bocadillo de salchichón, y David se lo preparó de mortadela. Aunque no llegó a comerse el bocadillo entero, solo se comió una cuarta parte de lo que se había preparado. Cuando terminaron de comer, volvieron a la habitación, y siguieron jugando, esta vez sin descansos y sin interrupciones. Ahora, iban por la quindécima ronda, ¿O era la quindécima novena?, a aquellas alturas, ya daba igual, los dos habían perdido la cuenta hacía ya mucho tiempo. Seguían tirando sin parar y sin dirigirse la palabra el uno al otro. Ambos estaban centrados en

lo que tenía que hacer. Tirar hacia la diana, y errar el tiro.

Ahora era el turno de Juan.

Juan se puso en posición para lanzar, estaba sudando a mares debido al cansancio, y a la tensión que estaba sufriendo. Habían acordado errar los tiros, y de momento ambos lo estaban cumpliendo sin ningún problema, pero ambos sabían de que existía la posibilidad de que le dieran a la diana por error.

Juan cogió uno de los dardos que tenía almacenados en su mano izquierda, y se preparó para lanzar. Su brazo derecho le estaba comenzado a pesar debido al exceso de tiros sin parar, estaba cansado, pero no quería parar.

Tiro su primer dardo, y erro el tiro. El dardo impacto en la zona negra, al lado del dibujo de los pulmones.

Después de lanzar, se pasó su segundo dardo a su mano derecha, apunto con el hacia la diana, mientras intentaba tener la mente en blanco. Cosa que le resultaba cada vez más complicado, debido no solo al cansancio, sino también a la situación. Llevaban errando los tiros desde hacía ya mucho tiempo, esperando a que apareciera por su cabeza alguna idea para salir de allí, cuando probablemente, no existía ninguna. Por cada tiempo que pasaba, más desesperanzado estaba. Por cada tiempo que pasaba, más perdido estaba. Antes pensaba que podría haber alguna probabilidad de salir de allí sin tener que matar a su hijo, pero ahora...Ahora se sentía como un verdadero gilipollas por haber propuesto tal idea. Por cada minuto que pasaba, menos razones tenía de seguir llevando a cabo su idea. Por cada tiempo que pasaba, más razón le daba a la diana. La única forma de salir de allí era ganar la partida y matar a su hijo. *Errar los tiros.* - Pensaba mientras mantenía su segundo dardo en la mano, preparado para ser lanzado hacia la diana. - *Menuda gilipolles.*

Lanzo, y de nuevo, error el tiro.

Se paso el tercer dardo a su mano derecha, pero antes de levantar el brazo, dirigió la mirada hacia su hijo. Allí estaba, de pie, a pocos metros de él, cansado, y con temor a que diera en algún blanco por equivocación. Al mirarle, se replanteo el hecho de si pensaba como él. *Claro que lo hace.* - Se dijo mentalmente. - *Lleva haciéndolo desde el principio. A él, esta idea no le pareció buena en ningún momento. Seguro que...Está esperando, como esperaban los animales para cazar a sus presas. Seguramente, está esperando a que me canse para poder tener ventaja sobre mí. Pues siento decirte esto, hijo, pero no ganaras la partida. No conseguirás matarme.*

- Papa. - Exclamo David, al ver que Juan se había quedado ausente mientras le miraba.- Papa, ¿Estas bien?

Juan al escuchar su voz, volvió a recuperar el sentido.

- Si. - Respondió. - Si, estoy bien.

- ¿Quieres descansar un poco antes de tirar?

- No. - Concluyo, mientras volvía a dirigir la mirada hacia la diana. - Tranquilo, estoy bien.

Esto no me gusta. - Se dijo David mentalmente. - *No me gusta nada.*

Juan levanto su brazo derecho, y se preparó para lanzar. Al principio, apunto hacia una de las zonas negras para errar el tiro, tal y como habían hecho los dos anteriormente, pero aquel pensamiento que había tenido mientras miraba a su hijo había hecho que cambiara de opinión, así que movió un poco el dardo, e intento centrarlo lo máximo posible, de forma que diera en el corazón. Si, en el corazón de su hijo.

Lo siento, David. - Se dijo mentalmente mientras apuntaba. - *Pero debo ganar esta partida si quiero salir de aquí.*

Y entonces, lanzo el tercer dardo, e impacto en la diana. Cuando lo hizo, David cayó al suelo debido al dolor que había aparecido sobre su cuerpo, gritaba con agonía.

- ¡Que has hecho! – Exclamaba David mientras se agarraba con sus dos manos sus partes. - ¡Que has hecho!

Juan se quedó un rato mirándole sin hacer nada, y después de cierto tiempo, volvió la cabeza hacia la diana. Su idea era dar en el corazón, pensando que, si acertaba, su hijo sufriría un paro cardiaco, matándolo en el acto, y acabando con todo aquello, pero en vez de haber dado en el corazón, había dado en el segmento triple del pene. Si hubiera sido una diana normal, hubiera conseguido treinta y dos puntos.

- ¡Los dardos! – Exclamaba David mientras seguía en el suelo agarrándose sus partes, mientras notaba como sus pantalones se mojaban entre su entrepierna, no sabía si era debido a que estaba sangrando, o si se había comenzado a mear encima. Pero lo cierto es que no quería averiguarlo. - ¡Retira los dardos, retira los jodidos dardos!

Juan volvió de nuevo la mirada hacia su hijo, estaba paralizado. *¿Qué he hecho?* – Se preguntaba mientras veía como su hijo se retorció de un lado a otro. - *¿Qué he hecho?*

- David... Musito Juan, mientras intentaba acercarse a él.

- ¡Retira los dardos! Exclamo mientras seguían en el suelo, gritando.

Juan al escuchar el tono de su voz, se echó hacia atrás, y segundos después, se dirigió hacia la diana, y quito los dardos. Cuando lo hizo, la diana anuncio que era el turno del "Jugador 1", pero ninguno de los dos hizo caso a sus palabras. Cuando quito los dardos, se los guardó en el bolsillo de uno de sus pantalones, debido a que no sabía qué hacer con ellos. Podría haberlos soltados en el sofá, o en una de las muchas estanterías que había repartidas por la habitación, pero estaba tan impactado por lo que había ocurrido que no tenía tiempo de pensar en nada. Le había hecho daño a su hijo, y ahora tenía que reparar ese error.

Cuando se inclinó junto a él, David ya se había calmado, su dolor ya había desaparecido, pero notaba como sus pantalones estaban empapados, ¿De qué? Ninguno de los dos lo sabía, pero por el aspecto de la mancha en el pantalón, Juan supuso que podría ser sangre. *¿Qué le abre echo?* Se dijo mentalmente mientras veía como su hijo seguía en el suelo, agarrándose sus partes, mientras suspiraba una y otra vez, intentando tranquilizarse. - *¿Qué le he hecho a mi pequeño?*

- David...

- Necesito ir al baño. Dijo David mientras intentaba levantarse, no le dolía, pero le estaba costando demasiado levantarse.

- Deja que te ayude. Añadió Juan mientras ponía sus manos sobre sus hombros, con la esperanza de ayudarle.

- ¡No! – Exclamo David al ponerse de pie, apartando las manos de Juan. - ¡Déjame, puedo yo solo!

- Pero hijo, yo...

- ¡Déjame en paz! Exclamo, mientras iba hacia el cuarto de baño, encorvado, agarrándose sus partes con una mano y con las piernas hacia dentro. Parecía la figura de un niño de tres años que se estaba meando.

En el momento en el que David entro en el cuarto de baño, Juan comenzó a llorar por lo ocurrido. No paraba de preguntarse porque le había hecho eso a su propio hijo, algo le había impulsado a ello. No sabía el que, pero algo le había impulsado a hacerlo. Era consciente de lo que hacía, pero juraría que aquellos actos no venían de su mente. Pero eso no era lo peor para él. Mientras lloraba, no paraba de preguntarse cuál era el daño permanente que le había hecho a su hijo.

9

La vecina estaba en la habitación de su cuarto, semidesnuda. David la podía ver a través de la ventana de su padre, claro que, ella no le podía ver a él, él era invisible. Además, si en un caso no lo fuera, lo más seguro es que ella no lo hubiera visto, estaba distraída, muy distraída. La vecina dirigía la mirada hacia la entrada de la habitación, se reía, y movía su

cuerpo muy lentamente, de forma que parecía que estaba realizando una especie de baile erótico, parecía estar esperando a alguien, o más bien, incitando a que alguien entrara. Y entonces, fue cuando David vio entrar a un hombre, no sabía quién era, pero llevaba el torso desnudo, lo único que llevaba era unos pantalones vaqueros hinchados por la zona de la entrepierna. David sabía que aquel hombre estaba empalmado.

Cuando entro el hombre, se acercó a la vecina, y empezó a besarla. Primero en el cuello, y luego en los labios, mientras a su vez, le acariciaba muy lentamente los pechos, e iban descendiendo poco a poco hasta los mulos, mientras a su vez, la vecina le acariciaba la parte hinchada de la entrepierna. Al rato, el hombre se puso a espaldas de la vecina, de forma que ella estaba frente a la ventana de David, cara a cara con él, pero ella nunca le vería, él era invisible. El hombre empezó a acariciarle de nuevo los pechos, mientras de vez en cuando se los apretaba y se los estrujaba como si fueran globos, y en unos de los momentos en que se los estrujaba, aprovecho, y le desabrocho el sujetador por la parte delantera. De manera que David pudiera tener buena vista de sus rosados y maravillosos pezones. Aquella mujer parecía sacada de un cuadro. Una vez el hombre le quito el sujetador, volvió a acariciarle y a apretarle los pechos, mientras le besaba el cuello, en aquel momento David recordó la figura de *Drácula*, aprovechándose y alimentándose de las jóvenes vírgenes de la época. Al rato, el hombre comenzó a descender uno de sus manos sobre el cuerpo de la vecina, hasta que llego a las bragas de la joven, la metió en su interior, y comenzó a hurgar en ella, como si fuera una cartera. Al hacerlo, la chica comenzó a gemir, y sus bragas empezaron a humedecerse, y entonces, entonces...

- ¡Vamos! – Exclamaba David mientras intentaba imaginarse la escena, aquel material era suficiente para que se empalmara. De hecho, lo hubiera conseguido imaginándose tan solamente el escote de una mujer con buenas tetas, le encantaban las chicas con grandes pechos. - ¡Vamos!

Pero no lo conseguía. Aquello no se alzaba.

David estaba en el cuarto de baño, con los pantalones y los calzoncillos bajados. Al entrar, el dolor había desaparecido completamente, pero aun así estaba asustado. Cuando se percató de que su padre había dado el segmento triple del pene, y vio no solo que le había comenzado a doler, sino que había comenzado a sangrar, se asustó mucho. Por un momento pensó que la diana le había apuntado el pene.

Pero no, su pene seguía estando allí.

Cuando se bajó los pantalones, vio en sus calzoncillos la mancha que se había originado a raíz de que su padre lanzara los dardos, la mancha era grande, y se había pasado también a parte del pantalón. Cuando apareció y la vio por primera vez, pensó que podría tratarse de sangre, pero

después de bajarse los calzoncillos y mirarla con atención, no solo descubrió que se trataba de sangre, sino de orina, el olor era bastante fuerte. *¿Me he...Meado encima?* Se pregunto mentalmente mientras seguía mirando la mancha de los calzoncillos. - *Si, te has meado encima.*

Automáticamente, David se quitó tanto los calzoncillos como los pantalones, y soltó ambas cosas en el lavabo del cuarto de baño, y cuando lo hizo, se quedó allí, quieto, semidesnudo, mientras se observaba el pene con atención. Estaba preocupado por ambas cosas. En primer lugar, porque no se le levantaba, y en segundo lugar, por el hecho de que se había meado encima, hacía tiempo que no le ocurría, muchísimo tiempo, llevaba sin mearse encima desde los tres años, a excepción de una vez cuando tenía siete años, no recordaba la fecha exacta en la que ocurrió, había pasado ya mucho tiempo, al igual que tampoco recordaba el motivo por el que había soñado eso, pero si recordaba el sueño con claridad. En el sueño, estaba con su madre, ambos salían del ambulatorio, pero no sabía si habían ido por él, o por su madre, pero eso era algo que no importaba. Cuando salieron del ambulatorio, un hombre rapado con un chaleco de tirantas, y con un pantalón de chándal se puso frente a su madre, de forma que ella no pudiera avanzar. Era un hombre muy delgado, y tenía muy mal aspecto, llevaba las manos metidas en los bolsillos, y sus ojos...Sus ojos eran amarillos.

- Le importaría dejarme pasar, por favor. Exclamo su madre después de intentar abrirse paso, pero no lo conseguía, el hombre se limitaba a imitar sus movimientos para cerrarle el paso.

- Son tontas... - Susurro el hombre mientras mantenía la mirada en el rostro de su madre, y luego, la dirigía hacia el pequeño David, que estaba junto a ella. - Son tontas.

David al ver los ojos amarillos del hombre, se echó hacia atrás, y se escondió tras la pierna de su madre.

- ¡Señor! – Exclamo su madre. - ¡Le importaría dejarnos!

- ¡Son tontas! Grito el hombre.

Y entonces, saco ambas manos de su pantalón. La mano izquierda del hombre estaba libre, y en la derecha, empuñaba una pequeña navaja negra, decorada con un cráneo blanco, muy similar al que tenía David en sus dardos. En el momento en el que saco ambas manos de su pantalón, el hombre agarro con su mano libre el pelo de su madre, le pego un fuerte tirón, y la estampo contra una de las paredes del ambulatorio, abriéndole la cabeza sin darle tiempo a gritar y a reaccionar.

- ¡Mama! Exclamo el pequeño David, que contemplaba la escena a pocos centímetros, sin moverse, sin poder hacer nada.

- ¡Son tontas! – Exclamo el hombre mientras volvía a estampar a su

madre contra la pared. - ¡Son tontas!

La estampo una tercera vez, y entonces la soltó, su cuerpo fue cayendo poco a poco mientras se arrastraba por la pared.

- ¡Mama! Exclamo de nuevo David, esta vez llorando, mientras veía como el cuerpo de su madre permanecía en el suelo.

A los pocos segundos, el cuerpo de su madre comenzó a moverse. *Sigue viva.* - Se decía el pequeño David. - *Sigue viva.*

Y era cierto, su madre seguía viva, no sabía dónde estaba debido a los golpes, pero seguía viva, y estaba comenzando a arrastrarse por el suelo en busca de su hijo.

Pero no sería así por mucho tiempo.

- Dav... - Intentaba susurrar su madre mientras se arrastraba, había conseguido girarse de forma que ahora podía ver a su hijo frente a ella. Estaba asustado, y lloraba, no paraba de llorar. La necesitaba, necesitaba a su madre. Al verle, levanto uno de sus brazos hacia el para que se lo cogiera. - Dav...

Pero antes de poder hacerlo, el hombre se echó sobre ella, alzo la mano que contenía la navaja, y la apuñalo en el cuello, haciendo que la sangre salpicara tanto al hombre como al pequeño David.

- ¡Son tontas! - Exclamo el hombre mientras sacaba la navaja de su cuello, y se lo volvía a introducir, estaba notando los últimos suspiros de aquella mujer. - ¡Son tontas, tontas, tontas!

El pequeño David contemplo como los ojos de su madre se iban quedando sin vida por cada apuñalada que le daba. Quería gritar, quería que alguien viniera, su padre, un médico, quien fuera. Quería que alguien parara aquella escena para que pudiera salvar a su madre, pero nadie venia. Nadie quería salvarla.

Los ojos de su madre se apagaron.

- Mami. - Susurro mientras lloraba. - Mami...

El hombre dirigió de nuevo su mirada hacia el pequeño David, centrando sus ojos amarillos en los de él. Al hacerlo, el pequeño David contemplo a través de sus ojos la locura, y la muerte. Contemplo todo lo malo que existe en el universo.

- ¡Las maquinas! - Exclamo el hombre mientras le apuntaba con la navaja

y le sonreía. - ¡Las maquinas son tontas, recuérdalo, chico, recuérdalo!

Y en ese momento, noto como algo corría por su entrepierna, y fue entonces cuando se despertó.

Fue un sueño horrible, sin duda, y si con siete años, se sintió mal por haberse meado encima, mejor no hablemos ahora que tenía catorce años.

David contemplo su pene con atención, esperando ver alguna herida grave, algo que pudiera revelar el motivo por el que había sangrado, pero ahí no había nada. Estaba bien, todo estaba bien. Parecía que todo estaba bien.

A lo mejor, solo he echado un poco de sangre al mear. -Se dijo mentalmente. - *Pero creo que no es grave, no me duele ni nada.*

¿Estás seguro de eso? - Se pregunto. - *¿Y si el daño te ha afectado de otra manera, otra de la que ni tú mismo sospechas?*

Y fue entonces cuando a David se le paso aquella idea por la cabeza, Tal vez la diana no le había amputado el pene,pero... ¿Y si le había afectado de otra manera?, ¿Y si le había dejado...

- Impotente. Exclamo.

Tenía que averiguarlo.

Se llevo allí, cerca de cinco minutos meneándose la sardina, intentando que aquella cosa se alzara utilizando su imaginación, pero no había manera. Aquello estaba muerto.

- Mierda. - Exclamo al ver que no reaccionaba. - ¡Mierda!

Imagina más cosas. Le dijo su voz mental.

Y entonces, cerro los ojos, y continuo con su fantasía.

La vecina estaba de espaldas a él, arrodillada frente al hombre, que ahora tenia los pantalones bajados. Sabía lo que le estaba haciendo, pero David no contemplaba la escena con claridad, aunque no le importaba, aquello era suficiente para él. Lo único que veía era al hombre disfrutarlo, mientras le agarraba del pelo con fuerza, y le empujaba la cabeza hacia el interior de su entrepierna, haciendo que su pene se introdujera más en su boca.

¡Vamos! – Se dijo David mentalmente. - *¡Vamos!*

Pero seguía sin servir, debía de continuar.

Al terminar, la vecina se levantó, y le pego un empujón al hombre, de forma que cayera en la cama. Al hacerlo, David le perdió de vista, o al menos en parte. Lo único que contemplaba de él, era sus piernas peludas, y su pene erecto. Cuando el hombre cayo en la cama, la mujer se puso frente a él, de forma que ahora David podía verla de perfil, y cuando lo hizo se quitó las bragas, y camino hacia el poco a poco. Cuando llego a la cama, se puso sobre ella y siguió caminando hacia el a gatas, hasta que se puso encima de su entrepierna. Cuando lo hizo, agarro el pene del hombre con su mano, y se lo introdujo en su...

- ¡David! – Exclamo Juan, mientras tocaba a la puerta. - ¡David, ¿Estas bien?!

En el momento en el que David escucho su voz, la fantasía desapareció, alterándolo en el acto, no solo porque le había interrumpido, sino porque sentía vergüenza, por un momento se le paso por la cabeza que su padre podría haberle escuchado, o peor aún, suponer lo que estaba haciendo.

Si, lárgate de aquí puto pesado, estoy ocupado. Pensó en decirle, pero en vez de eso, respondió, mientras se dejaba de tocar:

- Si, estoy bien.

- Me alegro de oír eso, ¿Quieres que te traiga algo?

- Si. - Respondió David. - Te importaría traerme unos calzoncillos y unos pantalones de mi macuto. Esta en mi habitación.

- De acuerdo. - Y entonces se hizo el silencio, David pensó por unos segundos que ya se había ido, pero entonces, añadió. - David, ¿Estás seguro de que estas bien? Antes he visto la mancha, parecía... Parecía grave.

- No te preocupes. - Respondió David. - Era solo orina.

- ¿Estás seguro? – Le pregunto Juan, por el tono de su voz parecía extrañado, normal, supuso David, no estaba acostumbrado a escuchar aquellas palabras de su hijo. - A mí me pareció...

- ¡Quieres ir a por los putos calzoncillos y los pantalones! - Le grito, sabía que había hecho mal en gritarle, aunque verdaderamente se lo merecía. Estaba en aquella situación por su culpa, pero en vez de mantenerse, decidió rectificar. - Perdona... Es que, tengo frio.

Era mentira, al igual que lo de la orina. Bueno era orina de verdad, pero mezclada con un poco de sangre, pero había preferido decirle eso para no preocuparle, no al menos de momento. Tarde o temprano descubriría la verdad, si es que no lo sabía ya.

De acuerdo, perdona, vuelvo enseguida.

Y entonces escucho los pasos de su padre alejarse. Por el tono de su voz, no parecía ofendido. *Seguramente, no me lo ha tenido en cuenta.* Se dijo David.

Al rato, Juan vino con los pantalones y los calzoncillos. Al volver, tocó a la puerta, la abrió un poco, y se los entregó. Mientras se los ponía, David pensó en lo que le había ocurrido, era impotente, tenía catorce años...Y ya era impotente. podría ser por el estrés, había oído que muchas veces no podías empalmarte debido al estrés, pero sabía que no era por eso. Era la diana...Sabía que era la diana. *¿Cómo perderé ahora la virginidad?* Se pregunto, mientras a su vez, soltaba una risita nerviosa, no solo porque estaba pensando en el sexo en aquel momento, sino porque estaba imaginándose la situación en la vida real. Se imaginó en una fiesta, tomándose desesperadamente una viagra a escondidas del resto de chicos y de chicas.

- ¿Quieres venir arriba, conmigo? Le preguntaría una chica.
- Un momento, que haga efecto la viagra. Respondería él.

¿Qué clase de joven seré ahora?, ¿Cómo podre perder la virginidad con este problema?, ¿Qué chica se lo podría tomar en serio? Los jóvenes de ahora no respetamos a nadie, ni siquiera nos respetamos a nosotros mismos.

Estas serían muchas de las cosas que hubiera pensado David si no hubiera sido porque recordó que estaban en el vacío, jugando a los dardos. Al recordarlo, David recordó también las palabras de la diana. *"Si, por ejemplo, el "Jugador 1" lanza los tres dardos al ojo, el "Jugador 2" quedara ciego hasta el final de la partida"* Si aquellas palabras eran literales, querría decir que, si ganaba la partida, todos los daños recibidos volverían a la normalidad cuando el juego finalizara, lo que significaba que, si mataba a su padre, todo volvería a estar bien.

No. - Se dijo mentalmente. - *Es demasiado descabellado.*

¡Descabellado! – Exclamo de repente su voz mental. - *¡Mira lo que te ha hecho, te ha jodido! Tal vez el poder venga de la diana, pero sabes de sobra quien ha sido el brazo ejecutor...Ha sido tu padre, al igual que también sabes porque lo ha hecho, porque estaba cansado, estaba harto de perder, de no hacer nada. Quiere ganar, y está dispuesto a todo para conseguirlo. Esta es la prueba, este ha sido solo un intento, pero quien dice que la próxima vez no conseguirá lo que quiere. Quien dice que la próxima vez no te quitara la vida y ganara la partida.*

- Hijo. - Exclamo de nuevo Juan detrás de la puerta. - ¿Sigues ahí?

David se giró hacia la puerta, furioso, y colérico, estaba recordando lo que le había dicho su padre antes. *"Papa, Si en un caso, tu plan no saliera bien, ¿Me matarías con tal de ganar la partida?"* Le había preguntado. "No" Le había respondido él.

iMentira! – Exclamo su mente. - *iMentira, mentira!*

Una vez termino de subirse los pantalones, David camino hacia la puerta, y la abrió.

- Si papa, estoy aquí. - Respondió. - Vamos, ¿Sigamos jugando?
- ¿Estás seguro David? – Le pregunto Juan, preocupado. - ¿No quieres descansar un poco?

David hizo un gesto de negación.

No, quiero continuar con la partida.

Juan le miro de arriba abajo, extrañado y preocupado. No sabía el daño que le había podido haber hecho la diana, o más bien el, pero parecía estar bien.

Está bien, no me convence mucho, pero vamos.

Y entonces, ambos volvieron a la habitación.

Si quieres guerra papa, la tendrás. Pensaba David mientras volvía con él a la habitación, pensando que el juego se pondría serio a partir de ahora.

10

No ocurrió nada.

Cuando volvieron a la habitación, David cogió sus dardos, se preparó, y comenzó a tirar hacia la diana, errando los tiros, tal y como había hecho antes de que... Antes de que su padre le hiciera eso. Cuando lanzo los tres, se dirigió a la diana, los retiro, y la diana proclamo que era el turno del "Jugador 2" y al hacerlo, David se apartó, y le cedió el turno a su padre.

Hizo exactamente lo mismo que él.

Se llevaron así cerca de diez rondas, no se dirigieron la palabra el uno al otro. Juan quería hablar del tema, pero no sabía cómo comenzar la conversación. Sabía que le había ocurrido algo a su hijo, al igual que sabía que se lo estaba ocultando, pero no sabía si debía de averiguarlo o no,

estaba confuso. Además, quería aclararle que, lo que había ocurrido no había sido cosa de él, sino de la diana. Él no había sido el que había planeado atacarle, sino la diana. Algo... No sabía muy bien el que, pero sabía que una fuerza sobrenatural había ejercido sobre su mente, obligándole a herir a su hijo. *Pero como se lo explico.* - Se pregunto. - *¿Cómo le explico lo ocurrido?*

- ¡David! – Exclamo de repente Juan, estaba frente a la diana, jugando con uno de los dardos que tenía en su mano, le tocaba tirar. - Respecto a lo que ha ocurrido antes...

- Olvídalo. Añadió David muy seriamente.

- ¡No! – Exclamo Juan. - Me gustaría hablarlo. ¿Qué te ha hecho la diana?, ¿Qué te he hecho yo?

- No es de tu incumbencia. Respondió David, ahora con los brazos cruzados.

- Estas enfadado conmigo, ¿verdad? Pregunto Juan, preocupado

David no respondió.

- ¿Ha sido grave? Pregunto Juan, preocupado, y con un tono curioso.

David siguió sin contestar.

Juan al ver que no contestaba, lanzo un largo suspiro.

- Mira hijo, quería decirte que... - Se detuvo un momento para pensar bien lo que decir, no quería que su hijo lo malentendiera, y cuando tuvo claro sus palabras, continuo. - Quería decirte que yo no soy el responsable de lo que te haya podido ocurrir. Es decir, lo he hecho yo, pero yo no era consciente de mis actos. Algo me estaba controlando, te lo juro. - David giro la cabeza hacia el con atención. - Creo que, la diana me estaba controlando la mente, quería...Quería que te atacara. David te prometo que yo no quería hacerte daño. Me crees, ¿Verdad?

David le miro durante unos segundos, y luego, volvió a centrarse en la diana.

- Si. - Respondió. - Te creo, papa.

Mintió.

David había oído todo lo que le había dicho, no le creía, pero ahora eso poco le importaba a él. Estaba pensando en otra cosa. Estaba pensando en la pesadilla que había tenido cuando tenía siete años. Por algún motivo, había recordado aquel sueño con claridad en aquel momento. Nunca se le había olvidado, pero nunca lo había recordado con tantos detalles. "*¡Las maquinas son tontas!*" Le había dicho el hombre de su sueño, ese que había matado a su madre. "*¡Las maquinas son tontas!*,

¡Las maquinas son tontas!" Las maquinas son tontas. - Se dijo David mentalmente. - *¿Qué querría decirme con eso?* David no lo sabía ahora, ni por aquel entonces, pero ahora había una diferencia. No sabía porque, pero estaba empezando a sospechar que aquel sueño era como una especie de aviso de lo que estaba por venir. Tal vez el sueño no ocurra como tal. Pero y si... Y si aquel hombre se refería a la diana. Bueno, no a la diana en sí, sino a las maquinas en general, como por ejemplo los ordenadores, o todo lo que funcionara con una especie de programa. De ser así, la diana entraría en esa lista. Al fin y al cabo, era una diana electrónica, y de ser así, el juego al que estamos jugando, formaría parte de un programa incluido en la diana para que funcionara, ¿No?

David no estaba seguro de ello. Sabía que ese término, "*Las maquinas son tontas*" la había escuchado más de una vez, y sabía precisamente de donde, de uno de sus amigos, un empollón al que le chiflaba la informática. Su amigo siempre decía que las maquinas eran tontas porque debían de especificar con claridad el programa que desearan realizar para que el ordenador lo interpretara adecuadamente y al pie de la letra. "*Las maquinas no entienden de nada.* - Decía. - *No entienden de nombres, de números, ni de nada. Si tú por ejemplo ejecutas en un ordenador un juego de varios jugadores que has creado a través de un lenguaje de programación, el ordenador lo entenderá y hará que funcione. Pero no sabrá nunca quien es uno y quien es otro, no tiene forma de saberlo. El ordenador se limita tan solo a seguir el programa, nada más*". Y si...- Se dijo David mentalmente. - *Y si pudiéramos aplicar esta teoría con la diana, y si...*

11

Juan se alegró al oír que le creía, así podría volverlo a intentar, pero esta vez, no debería de fallar. Si volvía a fallar, su hijo se daría cuenta de lo que estaba intentando, y no tendría más oportunidades, porque el iría también a por él. Esta vez, no debía de fallar.

Esta vez, mataría a su hijo, ganaría la partida, y saldría de allí.

Después de tontear un rato con el dardo, Juan se centró en la diana, levanto su brazo derecho, aquel que empuñaba el dardo con el que había estado jugando, respiro hondo mientras apuntaba con el dardo hacia la diana, y lanzo.

Erro el tiro.

Erro el tiro a posta, para que su hijo no sospechara, estaba demasiado serio, no paraba de mirar hacia la diana, y de mirarle a él, le estaba poniendo demasiado nervioso. Antes se alegró de que le hubiera creído, pero ahora dudaba de que lo hubiera hecho, parecía estar ojo a visor. Parecía que intentaba saber el lugar al que apuntaba. Quería preguntarle

si le pasaba algo, pero decidió no hacerlo, pensó que podría ser demasiado sospechoso, así que se limitó a seguir con lo suyo.

Se paso el segundo dardo a la mano derecha, lo levanto, apunto y tiro.

Erro de nuevo el tiro.

Se paso el tercer dardo a su mano derecha, y al hacerlo, giro los ojos hacia su hijo, ahora no le miraba a él, ni a la diana, dirigía su mirada hacia al suelo, no sabía a qué exactamente, pero estaba distraído. *¡Ahora!*
- Exclamo Juan mentalmente. - *¡Ahora es mi oportunidad!*

Lentamente, levanto su mano derecha, de forma que el ultimo dardo apuntaba de nuevo a la diana, pero ahora no apuntaba hacia la zona negra, no, ahora no iba a errar. Ahora iba a acertar. Ahora, iba a tirar y a acertar. Daria en la diana. Daria en el corazón, y mataría a su hijo en el acto. *Por fin acabara todo.* - Se dijo mentalmente. - *Por fin ganare la partida, y saldré de aquí.*

Centro su vista en el centro de la diana, en el corazón, y una vez lo hizo, lo hizo con el dardo, ahora solo faltaba lanzar, lanzar y acertar. Juan respiro hondo, dejo la mente en blanco y comenzó a contar hasta tres. *Una, dos y ...*

Lanzo, y acertó.

¡Espera! - Se dijo mentalmente. - *No he acertado.*

Y es cierto, no había acertado, el tercer dardo estaba en la zona negra, muy cerca del páncreas. Pero entonces, Juan se dio cuenta de algo. ¿Cómo podía haber fallado, si no había lanzado? Su dardo aún estaba en su mano, aún estaba apuntando con el hacia la diana.

- ¡Pero qué coño! Exclamo mientras bajaba su brazo, y mantenía la vista en el tercer dardo que había impactado en la diana.

Era el de su hijo.

Juan al ver el dardo, se giró hacia su hijo, estaba avanzando de nuevo hacia la diana, seguramente con la idea de retirar su dardo.

- ¡¿Qué has hecho! - Exclamo. - ¡¿Qué coño has hecho?!

Tan solo he llevado a cabo mi teoría para ver si funcionaba, y ¿Sabes qué? Funciona. Pensó en decirle, pero en vez de eso, decidió permanecer en silencio, al menos por el momento.

David camino hacia la diana, arranco su dardo, y luego arranco los de su padre. Cuando lo hizo, se los arrojó al suelo, muy cerca de sus pies.

<< Turno del "Jugador 1" >>

Exclamo la diana una vez David retiró los dardos.

- De verdad creías que era tan tonto como para tragarme esa milonga. -
Le dijo David muy seriamente, una vez le arrojó sus dardos. - ¡Tan estúpido crees que soy!

Juan al escucharlo no pudo evitar lanzar una risita nerviosa:

- ¿De qué hablas, hijo?
- ¡¿De verdad crees que soy tan tonto para no ver lo que has intentado hacer?! -Exclamo. - ¡Has intentado matarme!
¡No! – Exclamo Juan, indignado por lo que acababa de decir su hijo. - ¡Yo no he intentado matarte, ha sido la diana, te lo juro! Me...Me controlaba

David le miro, pensativo, no creía nada de lo que decía.

- Eres un jodido mentiroso. - Exclamo David muy seriamente, mientras ahora caminaba hacia él. - La diana no te ha controlado nunca. Tu eres el que decides donde apuntar, pero no logro entender por qué has decidido cambiar de opinión. Dime, ¿Era porque querías salir de aquí?, ¿Porque querías matarme? – Se detuvo un momento, para mirarle fijamente, y cuando lo hizo, añadió. - ¿O porque querías ganar la partida?

Juan permaneció en silencio, no sabía que decir.

- Cállate. Añadió Juan por lo bajo.
- ¿O quizás fue por ambas razones? – Se pregunto David. - Si, conociéndote, seguro que fue por las tres.
- ¡Cállate!

David al oírle gritar se calló.

- En ningún momento he intentado matarte, ¡En ninguno! – Exclamo Juan, pero aquellas palabras no significaban nada para David, sabía que le estaba mintiendo. - Jamás podría hacer algo así, eres mi hijo. Yo no soy el responsable de lo que te haya ocurrido antes. Te digo que la diana me estaba controlando antes.
- ¿Y ahora, papa? Le pregunto David.

Juan no sabía a lo que se refería.

- Crees que soy ciego además de tonto, ¿Verdad? – Le pregunto David. - He visto como apuntabas hacia el corazón. Mi corazón. Así que dime, ¿La

diana también te controlaba en este último momento?

Mierda.

- S-Si. Musito Juan, estaba poniéndose nervioso debido a tantas preguntas.

David al escuchar su respuesta lanzo un suspiro.

- Eres un cabrón.

- ¡Y tu un jodido tramposo! – Exclamo Juan al oírle, mientras señalaba hacia la diana. - ¡Era mi turno, era mi jodido turno!, ¡¿Como te has atrevido a lanzar, era mi turno?! Me has...Me has robado un tiro.

Al escucharle, David avanzo un poco más hacia su padre, y se puso a su lado, de forma que ahora estaba frente a la diana.

- Necesitaba confirmar una cosa. - Respondió David. - Además, si no lo hubiera hecho, lo más seguro es que ahora estuviera muerto.

- ¿Y qué necesitabas confirmar? Le pregunto Juan.

Y ese momento, David, levanto su mano derecha hacia la diana, estaba apuntando hacia ella con uno de sus tres dardos. Tenía la mente en blanco, en aquel momento solo existía la diana y el, y sabía perfectamente adonde quería dar.

- Que la diana es tonta. Respondió, y una vez lo hizo, lanzo.

El dardo impacto en el segmento triple del diente.

Al hacerlo, su padre comenzó a gritar mientras se llevaba las manos hacia una de sus mejillas. De su boca comenzó a emanar sangre en gran cantidad, tanta que llego un momento que empezó a salir de sus labios. Entre la sangre, y los gritos, parecía que le estaban torturando.

David le contemplo sin pestañear. Debía de estar preocupado por lo que le estaba ocurriendo a su padre, o culpabilizado, ya que él era el responsable de lo que le estaba ocurriendo a su padre en aquel momento, pero no lo estaba, es más, le daba igual que estuviera sufriendo. Se lo merecía, se merecía eso por lo que le había hecho, eso y más.

Juan dejo de gritar un poco, David no sabía si era porque el dolor había menguado un poco, o si era porque había decidido controlarse. Dudaba mucho que fuera porque hubiera menguado, el dolor no comenzaba a desaparecer hasta que los dardos no fueran retirados de la diana, pero el caso es que, cuando dejo de gritar, comenzó a mover su lengua hacia uno de los lados de su boca, parecía que había notado que se movía algo en su interior. Al rato, introdujo dos de sus dedos en la boca, y saco lo que

parecía una pequeña bola blanca con un poco de sangre.

David supo enseguida que se trataba de un diente que le había arrancado gracias a la diana.

- ¿Qué has hecho? – Le pregunto Juan una vez vio uno de sus dientes entre sus manos. - ¡¿Que has hecho?!

- Nada. - Respondió David, mientras dirigía la mirada hacia la diana, se estaba preparando para lanzar. - Tan solo... Es mi turno.

- ¡No! – Exclamo Juan, tenía miedo, tenía miedo de que su hijo lo matara.

- ¡No!

David lanzo por segunda vez, y el dardo impacto en el segmento triple de la nariz.

Al hacerlo, su padre volvió a gritar, mientras a su vez, se producía un fuerte crujido viniendo de él. Un crujido que hizo que ambos orificios de su nariz comenzaran a sangrar, tal y como le había ocurrido a David anteriormente.

- ¡Para...! – Exclamo Juan mientras se agarraba de la nariz, intentando llegar hacia el para frenarle. - ¡Par...!

No le dio tiempo a terminar la frase cuando David, lanzo su tercer dardo e impacto en el segmento doble del cerebro, obligando a su padre a caer inconsciente al suelo, a pocos centímetros de él.

Al rato de que cayera, David camino hacia la diana, y retiro sus dardos, haciendo que la diana anunciara que era el turno del "Jugador 2". Una vez los retiro, dirigió la mirada hacia su padre, seguía en el suelo, alrededor de sus dardos, con los ojos cerrados, sin moverse. Pensaba que se despertaría una vez retirara los dardos, pero por razones que desconocía, aun no se había despertado. Mejor, ahora mismo no estaba para aguantar a nadie. No estaba preocupado, sabia de sobra que estaba vivo, si no, no seguiría estando en el vacío.

Así que David, en vez de intentar despertar a su padre, se sentó en el sofá, y permaneció allí, mirándole con asco. Esperando a que despertara, para que el juego continuara.

Capítulo 3

Capítulo 3: El juego Continúa

1

Juan se despertó, desorientado, con un dolor de cabeza horrible, un dolor que, por suerte, iba desapareciendo por cada segundo que pasaba. Podía decir lo mismo respecto a su boca, pero no respecto a su nariz. El dolor de su nariz era insufrible, y lo peor de todo es que no recordaba porque le dolía. Lo primero que vio Juan al abrir los ojos, fue una especie de palo negro con lo que le parecía una hoja rojiza. Cuando recupero un poco más la visión, se fijó en que se trataba de uno de sus dardos, los tres estaban tirados en el suelo, a su alrededor.

Al verlos, Juan intento incorporarse como pudo, y los cogió, mientras a su vez, intentaba levantarse, le estaba costando demasiado, no solo porque aún no veía demasiado bien, sino porque su cuerpo pesaba demasiado. Además...Le dolía un montón la nariz.

- ¡Buenos días! – Exclamo alguien de repente. - ¡O buenas noches, lo que sea aquí!

Reconocía la voz, claro que la conocía, era su hijo. David.

Al escucharle, recordó todo lo que había pasado. Recordó lo que le había hecho a su hijo, al igual que recordó lo que le había hecho su hijo a él. El diente, la nariz, el cerebro. Todo, lo había recordado todo. Cuando le escucho, levanto un poco la cabeza hacia el lugar de donde había venido la voz. Al principio no le distinguía muy bien, seguía viendo borroso, solo distinguía su figura, pero al rato, recupero por completo la visión, y vio como su hijo, jugaba con una especie de bolita blanca que mantenía en su mano izquierda, mientras que, con la otra, agarraba sus tres dardos.

Cuando Juan se incorporó, David dirigió la mirada hacia él.

- ¿Cómo estás? Le pregunto.

- ¿Has estado ahí todo el rato, sin asegurarte de que estaba bien? Le pregunto Juan, mientras se levantaba, su cuerpo ahora no pesaba tanto como antes. Al incorporarse, en los orificios de su nariz aparecieron dos hilillos de sangre que bajaron hasta su perilla, llegando al punto en que cayeron varias gotas de sangre en el suelo. David se había dado cuenta de este detalle, pero no se lo menciona a su padre, poco le importaba.

- Estabas vivo. - Respondió. - Aun no hemos salido de aquí. Creo que no había que comprobar nada.

- Eres un cabrón. Le dijo Juan mientras se llevaba su mano a la nariz, con la idea de intentar parar la sangre.

- Mira quien fue a hablar. Añadió David mientras seguía jugando con aquella bolita blanca.

Juan, sin añadir ningún comentario más, avanzo hacia la puerta de la habitación.

- ¿Vas al baño? Le pregunto David.

- Si. – Respondió Juan. - Puedo, o vas a intentar matarme por el camino.

- No, no. - Añadió David mientras se levantaba del sofá. - Yo no te lo recomendaría, tu aspecto ha cambiado mucho, pero adelante. - Y entonces, antes de que su padre saliera de la habitación, David agarro la mano con la que se estaba conteniendo la sangre, la tenía empapada de sangre. – Toma, esto es tuyo.

Y entonces, puso la pequeña bolita con la que estaba jugando sobre su mano ensangrentada. Era un diente, su diente. *¿Por qué demonios lo tenía él?* Se pregunto Juan. Pero encontró la respuesta rápido. Lo más probable es que al desmayarse, soltara el diente inconscientemente, haciendo que cayera cerca del sofá, a los pies de su hijo, si ese fue el caso, lo único que hubiera tenido que hacer era agacharse para cogerlo. *Poco importa eso ya.* Se dijo mentalmente mientras veía su diente en la mano.

Cuando se lo dio, Juan salió de la habitación sin articular palabra, no quería hablar, ni discutir, no tenía ganas, no al menos por el momento. No al menos hasta que descubriera lo que le había hecho su hijo.

Cuando le dio el diente a su padre, David vio como avanzaba hacia el cuarto de baño, y una vez entro, escucho como cerraba la puerta de un portazo. Al hacerlo, David volvió a sentarse en el sofá de la habitación, y espero. Espero a que su padre saliera cabreado y furioso para seguir jugando.

2

- ¡No! – Exclamo Juan, al verse reflejado en el espejo. - ¡No!

Al entrar, Juan se observó en el espejo, la ropa de su hijo seguía allí, en el lavabo, de forma que la mancha de orina y de sangre estaban a la vista, pero ahora eso no le importaba a él. Si lo hubiera visto en otro momento, se hubiera preocupado. Es más, puede que incluso hubiera salido corriendo del cuarto de baño, alarmado, en busca de su hijo para preguntarle que significaba aquella sangre, pero en ese momento no...No, señor. En aquel momento, solo quería saber lo que le había hecho, sabía que le había arrancado un diente, pero quería saber cuál. Sabía que había hecho que se desmayara, pero a eso no le podría poner remedio, lo único que podía hacer, es mirarse y asegurarse de que no se hubiera dado un buen golpe. Sabía que le había destrozado su nariz, pero quería saber que

le había hecho exactamente. Este último era el que más le preocupaba.

- ¡No! – Exclamo de nuevo al ver en su rostro en el espejo. - ¡No!

Su nariz estaba ladeada y magullada, su tabique estaba hinchado y torcido, tenía molestias, pero no le costaba trabajo respirar, eso sí, sangraba como si no hubiera un mañana. Al ver que no paraba de sangrar, cogió un rollo de papel higiénico, lo rompió e hizo dos trozos pequeños con él, los envolvió y se los metió con cuidado en ambos orificios, de forma que detuviera un poco la sangre. Al hacerlo, siguió contemplándose en el espejo, mientras se acariciaba los labios y se pasaba la lengua por sus dientes, en busca de algún orificio vacío. Al encontrarlo, abrió su boca, de forma que viera todos sus dientes, y descubrió que el diente que se le había caído era uno de los caninos, el derecho para ser exactos. Al descubrirlo, Juan se sintió como uno de los protagonistas de la película de *Resacón en las vegas*.

Al verlo lanzo un largo suspiro, y dirigió su mirada hacia la mano en la que tenía el diente que se le había caído. No sabía qué hacer con él, quería guardarlo por si en un caso cabía la posibilidad de que pudiera restaurar aquella herida en caso de que ganara la partida, pero no sabía dónde. Pensó en guárdalo en el bolsillo de su pantalón, al igual que había hecho con los dardos antes de entrar en el baño, pero después de pensarlo con claridad, decidió que aquel sitio no era el más indicado, no solo porque era "Antihigiénico", sino porque podría perderlo con facilidad. Si su hijo volvía a hacer que se desmayara, el diente podría salir disparado y acabar sabe dios donde. Lo pensó durante un rato, y al final, encontró la solución.

Abrió uno de los cajones del romín del cuarto de baño, y saco un cartucho redondo y plateado, lo abrió, y al ver lo que había dentro casi se le saltaron las lágrimas.

Dientes, lo que había dentro de aquella cajita eran los pequeños dientes de leche de su hijo. Algunos, no todos. Debido a que se había divorciado, no había tenido la oportunidad de guardar todos sus dientes, solo los que se le cayeron estando con él, siete, para ser exactos. Cuando se le cayó el primer diente en su casa, llamo a su mu... Su exmujer por teléfono para comunicárselo, pensado que a lo mejor reclamaría ella el diente para que ella pudiera dárselo al *ratoncito Pérez* y ver la felicidad de su hijo al ver como despertaba junto a una moneda que probablemente se gastaría en golosinas, pero en vez de eso, le comunico que podría quedárselo y dárselo el al *ratoncito Pérez*, o entras palabras, que él le diera el dinero a David. Se lo dijo con un tono un poco asqueado, y furioso, era como si hubiera sentido celos de que a su hijo se le hubiera caído el diente allí, en su casa.

Desde entonces, Juan llevaba guardando los dientes que se le caían a David en su casa, era una de las mejores cosas que guardaba de él. Tenía

también algunas otras cosas, como por ejemplo algunas fotos que tenía de bebe junto a él, antes de que se divorciara, y otras muchos que se habían sacado juntos tiempos después, pero de todos aquellos recuerdos, aquellos dientes habían sido sus favoritos, hasta aquel momento.

Ahora los repudiaba, los repudiaba por lo que le había hecho.

Al comprobar que los dientes de su hijo estaban allí, subió la taza del váter, y tiro allí todos los dientes. Al hacerlo, tiro de la cadena, y bajo de nuevo la tapa. *Tendrás que mojarte un poco si los quieres Ratoncito.* Se dijo mentalmente mientras se reía.

Cuando dejo vacío el cartucho, metió su diente, lo cerro y se metió el cartucho en el bolsillo. Su idea era guardar todos los dientes que se le cayeran allí hasta que ganara la partida, y pudieran restaurarse. No sabía si los necesitaba para la restauración, existía la posibilidad de que los dientes volvieran a aparecer por sí solos en su boca. Si la diana los había trasladado al vacío, ¿Por qué no podría ocurrir eso? *Mas vale prevenir que curar.* Se dijo mentalmente, mientras ahora volvía a mirarse en el espejo.

Una vez tuvo solucionado el problema del diente, volvió a centrarse en su nariz. Al hacerlo, se quitó los dos rollos de papel que había utilizado como tampón para la sangre. Se los quito con mucho cuidado por temor a que comenzara a dolerle su nariz, el dolor parecía haber desaparecido, y no quería que volviera a aparecer, había sido demasiado horrible. Cuando se los quito, se observó ambos orificios, ya no sangraba, la hemorragia se había detenido, pero el aspecto de su nariz era diferente, muy diferente. La tenía torcida, muy torcida, la hinchazón se le había bajado un poco, pero aun así la consideraba horrible. Además, le costaba muchísimo trabajo respirar, cosa que le recordaba a aquel accidente que tuvo de pe...

- ¡No! – Exclamo de nuevo, al recordar aquel momento de su vida. El aspecto, la molestia al respirar, todo eso le estaba resultando familiar, cosa que temía y odiaba a la vez, si era así, era posible que, que... - ¡No!

Rápidamente, Juan se desplazó su mano hacia uno de los armarios del romín, lo abrió y comenzó a registrarlo como un loco. La máquina de afeitar, el bote de espuma, el desodorante, el secador, todo, todo cayó al suelo, y mientras más registraba más cosas caían. Estaba ahí, sabía que lo que estaba buscando estaba ahí, pero no lo encontraba, no lo...

- ¡Aquí esta! Exclamo al ver el bote de colonia. Era un bote de colonia pequeño de la marca *Playboy*. *Playboy Ibiza*, era la colonia que más le gustaba de aquella marca. Sabía que había otras muchas más buenas, y baratas, sobre todo baratas, pero al final, siempre se decantaba por esa. No sabía exactamente porque, tal vez fuera por los anuncios, esos en los que se veían cómo te echabas la colonia y de repente aparecían veinte

mujeres siguiéndote como si fueras una especie de dios, cosa que no era así, claramente. Juan ya lo había probado varias veces, sobre todo cuando era más joven, pero ahí seguía, comprándose la puta misma colonia, como un imbécil.

Al encontrar el frasco, lo saco rápidamente, y le quito el tapón, de forma que ahora dejaba al descubierto el pulverizador. Al verlo, extendió su mano derecha, y se echó un poco de colonia en el brazo, con la idea de olerlo.

Por favor, huélelo. - Se decía mentalmente. - *Por favor, huélelo.*

Arrimo su nariz hacia su brazo y aspiro profundamente.

Nada, no olía nada.

- ¡No! – Exclamo, mientras ahora sentía la tentación de llorar. - ¡No!

Se echo más colonia en el brazo, y lo intento de nuevo.

Nada.

Al ver que con la colonia no funcionaba, decidió probar con otra cosa. Probo con el desodorante Axe que solía utilizar cuando terminaba de ducharse, y con otros muchos que tenía en el romín, nada.

No olía nada, su olfato había desaparecido, lo que más le gustaba de su organismo había desaparecido.

- ¡No! – Gritaba. - ¡No!

Y mientras gritaba, recordó todo su pasado. Recordó el momento en el que se destrozó la nariz de pequeño, perdiendo el olfato por completo. Recordó el momento en el que lo había recuperado gracias a la operación quirúrgica. Recordó todo el dolor que vino después, ese dolor que acabaría valiendo la pena sufrir por todos los olores que acabaría redescubriendo. Recordó como...Disfrutaba de cada aroma, recordó como disfrutaba de ese organismo que dios le había concedido al ser humano, ese organismo que...Acababa de perder gracias a su hijo, y que probablemente no recupera... No. Si podía recuperarlo. Estaba en el vacío, y tal vez allí, el efecto era permanente, pero si acababa la partida, si ganaba, se restauraría. Su nariz se restauraría, y todo habría quedado en un susto. La idea estaba clara, debía de matar a su hijo, sí o sí.

- ¡David! – Grito, eufórico, y cabreado, mientras abría la puerta del cuarto de baño, dejando todos los objetos que había sacado del romín fuera, la

gran mayoría de ellos en el suelo. - ¡David!

Avanzo por el pasillo, hasta llegar a su habitación. David seguía sentado en el sofá, de la misma postura, no se había movido para nada.

- Si.

- ¡¿Qué has hecho?! – Le pregunto, indignado, y cabreado. - ¡¿Qué me has hecho?!

David hizo un breve movimiento de hombros.

- Nada. - Respondió. - Tan solo, me he limitado a jugar. Era mi turno, al fin y al cabo. Dime, ¿Qué te he hecho?

Juan noto por el tono de su voz que hablaba sarcásticamente. *Si no lo sabe, se lo huele.* - Se dijo Juan mentalmente. - *Sabe lo que me ha hecho.*

- ¡Mi nariz! – Exclamo mientras se la señalaba. - ¡Me has jodido mi nariz! No puedo...No puedo oler nada, ¿Sabes lo importante que era para mí esto?, ¿Sabes por lo que tuve que pasar para recuperar el olfato después de la operación?! – En este punto, Juan había comenzado a llorar, parecía una tontería. De hecho, probablemente lo fuera, pero para él, era demasiado importante. Al igual que para David era tan importante aquello que había perdido.

- Tú me has quitado también algo que me importaba mucho. Respondió David, después de un silencio bastante incómodo.

- ¡¿El que?! – Exclamo Juan. - ¡Que te he quitado?!

David giro la cabeza hacia él.

- ¿No te lo imaginas? Le pregunto, con un tono muy serio, y al preguntarle, se levantó del sofá, y se puso cara a cara con él.

- Puede. - Respondió Juan. Era mentira, no se imaginaba que era lo que le había podido quitar, pero debía de demostrar que no se dejaba apaciguar por él, no debía dejar que ganara la batalla. - Pero quiero que me lo digas tu.

Los dos permanecieron en silencio.

- Escúchame atentamente. - Proclamo David. - Se acabaron las esperas, se acabó el pensar otro modo de salir de aquí. Solo existe un modo, y sabes de sobra cual es. - Se detuvo durante unos segundos, y al rato, continuo. - Voy a matarte papa. Voy a matarte por lo que me has hecho. Siempre he perdido contra ti, pero hoy no será así. Hoy te ganare, y cuando te gane, saldré de aquí, y recuperare lo que me has arrebatado.

Su padre escucho cada una de sus palabras con atención. Aquello ya no se trataba de un juego, sino de la guerra. "Jugador 1" vs "Jugador 2". Padre vs Hijo. David vs Juan. Podría convencerle de que no fuera así, podría convencerle de que buscaran otro modo. Se replanteo el hecho de hablar con él, no solo por lo ocurrido, sino por lo de antes. Sabía que le pasaba algo, desde que iba con él en el coche, llevaba comiéndose la cabeza con eso desde entonces, pero no lo hizo, no quería hacerlo, porque él también deseaba salir de allí cuando antes. Deseaba salir y recuperar lo que su hijo le había arrebatado. Deseaba ganar la partida.

Deseaba matar a su hijo.

- Eso lo veremos. Respondió Juan muy seriamente, mientras ahora, ambos se preparaban para seguir jugando.

El juego se iba a poner serio a partir de ahora.

3

Quince rondas sin contar en la que ya estaban.

Fueron quince rondas a las que jugaron, intentando matarse el uno al otro.

Una vez finalizo la discusión. Juan lanzo sus tres tiros. El primero, dio en el segmento doble del oído. Al darle, a David le pitaron sus oídos, y comenzó a sangrar en el acto. Se le habían roto los tímpanos. Su padre le había destrozado los tímpanos de ambos oídos, pero aún no era permanente, para que lo fuera, debía de dar una tercera vez, da igual donde fuera, bastaba solo con que diera de nuevo en el oído, pero Juan no lo consiguió. Lanzo su segundo dardo después de contemplar como su hijo sufría debido a los fuertes dolores de sus oídos. Su idea era dar por tercera vez en el mismo lugar para que se quedara sordo del todo, pero erro el tiro. Fallo ambos. El segundo tiro fue a parar al uno de los segmentos simples de los pulmones, estaba ubicado justo encima del oído. Al impactar, David no solo sintió molestia y dolor por sus oídos, sino también por uno de sus pulmones. Le dolían, y ese dolor hacía que le costara muchísimo trabajo respirar, tanto que se vio obligado a sentarse en el sofá, o más bien a tirarse. Juan, después de contemplar aquella escena, lanzo su tercer y último dardo, ansioso porque impactara en el oído, tal y como había planeado.

Impacto en el diente, provocando un pequeño malestar en la boca de su hijo, pero nada de lo que alarmarse.

No habia conseguido nada, su hijo no habia resultado herido en aquella

ronda.

Mierda. Pensó una vez comenzó a retirar sus dardos de la diana, se tomó su tiempo, ya que su hijo no había sufrido ningún daño permanente, dejó que al menos siguiera sufriendo durante un cierto tiempo.

- Reti...- Intentaba decir David. - Reti...

- Perdona David, no te oigo, ¿Qué intentas decirme? Le pregunto Juan con chulería mientras se reía.

Pero David no volvió a hablar, no podía, le costaba muchísimo trabajo articular una misera palabra mientras hacía todo lo posible por volver a respirar, se asfixiaba, pero al menos seguía siendo consciente de todo lo que estaba pasando.

Juan retiró los dardos, se arrepentía de haberle dicho eso a su hijo.

Cuando David se recuperó, cosa que ocurrió cinco minutos después, calculados a ojo, se preparó para tirar su primera ronda.

- Te arrepentirás por lo que has hecho antes. Le advirtió a Juan.

Pero él no dijo nada, probablemente debería de estar preocupado y ofendido, su hijo acaba de amenazarle, al fin y al cabo, pero no lo estaba. Es más, ni siquiera se había tomado aquello como una amenaza. Él no se sentía en peligro. Puede que consiguiera hacerle daño, pero no le ganaría, al igual que tampoco conseguiría dañarle permanentemente, no al menos de nuevo. Él se encargaría personalmente de que no lo conseguiría.

Cuando David se preparó, lanzó su primer dardo, erró el tiro. Juan al ver eso, comenzó a reírse. *Céntrate quieres.* - Pensó David. - *Céntrate, o no conseguirás ganar la partida.*

Se preparó para lanzar su segundo dardo, y cuando estuvo listo, lo lanzó. Con el segundo tuvo más suerte. El segundo impacto en uno de los segmentos simples de... ¿La piel? A David le parecía la piel, pero no estaba seguro de que lo fuera, así que esperó a que su padre manifestara alguna especie de síntoma. Al principio, parecía estar bien, pero luego, empezó a quejarse de que le picaban y de que le dolían mucho los hombros, llegando a punto de que tuvo que quitarse la camisa que estaba utilizando aquel día, aunque solo fuera para aquel momento. Al quitársela, David observó sus hombros, los tenía rojos, se le había quemado la piel. Juan al verlo comenzó a protestar, pero David hizo caso omiso a sus protestas. Ahora ya sabía para qué servía aquella parte de la diana. Era la piel, sin ninguna duda, y acertar en ella significaba quemar la piel del contrincante. Pero... ¿Podría llegar al punto de ser letal? David pensaba que no. David pensaba que las quemaduras podrían ser permanente, pero no letales. Podría averiguarlo, pero... ¿Estaba dispuesto a arriesgar su vida solo por

curiosidad? La respuesta que le vino a la mente fue clara, No.

Minutos después, se preparó para tirar su ultimo dardo. En aquella ronda habia tenido muy mala puntería, pero sabía que la mejoraría gracias al tercer tiro. Su idea era dar en el segmento triple de los pulmones. Debido a la experiencia que habia tenido antes gracias a su padre, sabía que, si acertaba, su padre acabaría muriéndose, no solo porque le destrozaría los pulmones, sino también por su nariz. Debido a como tenía la nariz, sabia no solo que su padre habia perdido el olfato, sino que también le costaba respirar, no al punto de llegar a ahogarse, pero le costaba, aunque el llegara a decirle lo contrario. *¿Qué pasaría si a eso le añadimos unos pulmones que ya no funcionan?* - Se pregunto. - *Pues está claro. Obtendríamos una muerte asegurada. Una muerte lenta y dolorosa.* Podría darle también al corazón, o al cerebro, si le daba a una de aquellas dos, a su padre le daría un paro cardiaco, o un derrame cerebral, matándolo en el acto, pero decidió no hacerlo por cabezonería. Se le habia metido en los huevos matar a su padre destrozándole los p...

Un dardo impacto de repente en la diana, en la zona negra, muy cerca del segmento doble de la próstata.

Juan habia lanzado por David.

- ¡¿Qué haces?! Le pregunto David, cabreado, olvidándose por completo de lo que estaba pensando.
- Estabas tardando en tirar. - Respondió Juan tranquilamente, mientras se tocaba los hombros con mucho cuidado, le dolían mucho. - Así que he tirado por ti. De nada.
- Era mi...

Turno, eso era lo que iba a decir David, pero antes de poder hacerlo, Juan intervino:

- Te lo debía. - Añadió. - Ahora estamos en paz.

Así que se trataba de eso. Se dijo David mentalmente. Pensó en quejarse, en protestar, decir que habia sido injusto, pero de que serviría. Al fin y al cabo, él lo habia hecho antes que él, y visto lo visto, parecía una técnica bastante legal. Sucia, pero legal.

David lanzo un largo suspiro al escuchar las palabras de su padre, y una vez lo hizo, se acercó a la diana, y retiro los dardos, librando a su padre de las quemaduras.

<< Turno del "Jugador 2" >>

- Ese soy yo. Concluyo Juan mientras volvía a ponerse en posición.
- Si, ese eres tú. Añadió David, mientras su deseo de matarle aumentaba

con rapidez.

4

En la segunda ronda, David se preparó de nuevo para tirar. Antes, estaba preocupado por si su padre le hacía alguna herida permanente, o peor aún, por si lo mataba, pero dejó de estarlo al ver que no había conseguido ninguna de las dos cosas. Cuando su padre tiro por primera vez, el primer dardo impacto en el segmento simple de la lengua, produciendo un leve pero horrible pinchazo sobre la lengua de David, era como si le pincharan con una aguja. David, al notarse ese breve y pequeño pinchazo, se tocó la lengua con uno de sus dedos, y observo como su dedo salió manchado con unas gotas de sangre. En aquel momento, David se preguntó que podría ocurrir si acertaba tres veces sobre ese mismo organismo. *Lo más seguro, es que pierda la lengua.* Se Dijo mentalmente. Se preocupo un poco. Por un momento, llego a pensar que su padre iría directo a ese órgano, haciendo que su hijo perdiera la lengua, y con ella, la capacidad de hablar, pero se relajó al ver como su padre tiraba hacia sitios distintos. No sabía porque lo hacía, pensó que lo hacía porque estaba intentando matarle, y sabía que yendo a por la lengua no lo conseguiría. El segundo dardo impacto en el segmento simple de la piel, tal y como había ocurrido anteriormente, cuando había jugado David. Al impactar el dardo en la diana, David pensó que se le quemarían los hombros, tal y como le había ocurrido a su padre, pero en vez de eso, se le quemaron los brazos. No los pudo mover desde entonces, no al menos hasta que su padre acabara de tirar. Dolía mucho, pero gracias a aquella tirada, ambos descubrieron que no siempre se quemaban las mismas zonas del cuerpo. Las zonas del cuerpo que se quemaban se quemaban al azar. El tercer y último tiro de aquella ronda, impacto sobre el segmento triple del diente, hizo que a David se le cayera un diente, un premolar superior, echo un poco se sangre, pero era tan poco que ni siquiera se molestó en quitársela ni en hacer que parara, ya pararía con el tiempo. Cuando se le cayó el diente, y los sostuvo en una de sus manos, no supo lo que hacer con él, no sabía si tirarlo o guardárselo en uno de sus bolsillos. Al final opto por guárdaselo, no sabía muy bien porque, el a diferencia de su padre, creía que si ganaba la partida los dientes aparecieran de nuevo por sí solos.

Una vez tiro los tres dardos, Juan fue hacia la diana, y los retiro, haciendo que empezara otra ronda.

Una vez David ya estuvo preparado, levanto su mano derecha mientras apuntaba con su dardo hacia la diana. Le templaba un poco el brazo, no solo por los nervios, sino también por el dolor de las quemaduras, aún no habían desaparecido del todo, pero poco a poco, el dolor iba remitiendo, y la piel estaba volviendo a su estado original. *Olvídate del dolor.* - Se dijo mentalmente. - *No hay dolor, no hay nada, solo estáis la diana y tú. La*

diana y tú, la diana y tú.

Lanzo su primer dardo, e impacto en el segmento simple del ojo. Al hacerlo, su padre se llevó las manos al ojo derecho, y comenzó a gritar.

- ¡Mi ojo! - Exclamaba. - ¡Mi ojo!

David permaneció atento a ver lo que ocurría.

Al rato, su padre se sentó en el suelo, a pocos metros del sofá, el dolor permanecía, pero no tan fuerte como cuando había impactado el dardo en la diana. Aquel dolor, en el momento en el que había aparecido, había sido como si lo hubiera clavado un cuchillo, ahora era más bien, como si le hubiera caído una mota de polvo. Cuando retiró su mano, David contempló como el ojo de su padre estaba rojo e hinchado, parecía que tenía conjuntivitis, pero no lo era, era una infección más grave, mucho más grave, debía de serlo, sino, su padre no estaría llorando sangre por aquel ojo.

- ¡Dios santo! - Exclamó David al ver el ojo de su padre. - ¿Te duele?

- ¡Claro que me duele! - Respondió Juan, dramatizando un poco. Quería que su hijo se sintiera mal, aunque no sabía muy bien si lo conseguiría. - Menuda pregunta.

- ¿Y puedes ver?

- Sí. - Respondió. - Veo un poco borroso, pero sí, puedo ver. - Permaneció en silencio durante un rato, y al ver que David no volvía a lanzar, añadió.

- Te importa seguir, me gustaría que acabaras tu turno cuanto antes.

David al escuchar aquellas palabras, volvió a centrarse en lo que estaba haciendo.

Su segundo dardo impacto en uno de los segmentos simples del oído, sabía lo que sentiría su padre gracias a que él había acertado antes, pero se llevó una desilusión al ver que a su padre demostraba un malestar diferente al de él. Sangre por uno de sus oídos, pero a él parecía dolerle muchísimo menos. David pensó que era debido a que su padre había dado en el segmento doble, y no en el simple. Dar en el doble era lo equivalente a dar con dos dardos.

Cuando terminó de ver el daño que le había hecho a su padre, lanzó su tercer dardo. Impacto en el segmento doble de los huesos.

Al impactar, se escucharon varios crujidos viniendo a pocos metros de David, seguidos de unos gritos aterradoros.

David se giró y vio que se trataba de su padre.

Seguía en el suelo, pero esta vez, estaba tumbado, y parecía que se intentaba agarrar la pierna, y el brazo. Era raro, porque, parecía que no sabía que agarrarse.

- Papa, ¿Qué te pasa? Le pregunto David, más por curiosidad que por preocupación.

- ¡Mi pierna! – Exclamo. - ¡Mi brazo!, ¡Me los has roto, me los has roto!

David frunció el entrecejo al oír aquellas palabras.

- ¡¿Pero de que estas...?!

Y entonces lo vio.

Lo que vio, fue la pierna izquierda de su padre, torcida hacia un lado, era como si...Como si se la hubieran retorcido. Al contemplarla, David se fijó mejor, y vio que, en su pantalón, más o menos a la altura de la rodilla, estaba comenzado a aparecer un charco rojizo, y en el centro de aquel charco, había como una especie de levantamiento, algo así como una hinchazón, similar al que tenemos en el pantalón cuando estamos empalmados. David sabía que se trataba del hueso de su padre. David al ver eso, dirigió la mirada hacia otro lugar, con tal mala suerte, que la dirigió hacia el brazo de su padre. Lo tenía empapado en sangre, y su hueso había sobresalido desde el codo.

David al verlo estuvo a punto de vomitar, pero entonces. Una idea se le paso por la cabeza. Si había conseguido hacerle eso a su padre tan solo con haber dado en el segmento doble, ¿Qué conseguiría si daba en el triple? David dedujo que, a lo mejor, si daba en el triple, conseguiría romperle todos los huesos del cuerpo humano, que no eran pocos. Pero ahora, otra pregunta acudía a su mente, ¿Estaba dispuesto a hacerle eso a su padre? La respuesta fue clara y concisa.

No. Matarle era una cosa. Pero aquello era otra, eso se trataba de tortura. No sabía si una persona podría morir con todos los huesos rotos, si una persona moría, sería después de una larga agonía. ¿De verdad su padre se merecía aquel sufrimiento? David ahora se estaba replanteando aquella respuesta.

- ¡Retira los dardos! – Exclamo Juan mientras seguía gritando por los dolores, con el ojo aun al rojo vivo. - ¡Retira los dardos, te lo suplico!

David, sin parárselo a pensar, corrió hacia la diana, y retiro sus dardos para curar a su padre.

<< Turno del "Jugador 2" >>

- Lo siento. Susurro David, una vez se aseguró de que las heridas de Juan se habían curado, sobre todo las heridas de los huesos.

Juan permaneció en silencio, no dijo nada, pero le había escuchado perfectamente. *Yo también lo siento hijo*. Pensó en decirle. Pero no podía permitirse el lujo de hacerlo, no podía permitir que los sentimientos se interpusieran en la partida, si ocurría eso, estaría condenado. Debía de seguir. Debía de ganar.

- Será mejor que sigamos. Añadió Juan mientras se levantaba, recuperado, y con ganas de continuar.

David no añadió ninguna palabra más, quería hacerlo, pero no se veía con fuerzas. Sencillamente, dejó que su padre siguiera su camino, para que jugara su turno.

5

Pensaba que iría a por él. Pensaba que. Aquel sería los últimos segundos de su vida, pero se equivocó. Pensó que, su padre le mataría en aquel turno, no solo por las ganas y el deseo de hacerlo, sino también por lo que le había hecho antes, cuando era su turno, pero se llevó una sorpresa al ver que su padre no lo mato, es más, se llevó una sorpresa al ver que tampoco consiguió dañarle permanentemente.

El primer dardo que lanzó, impacto en uno de los segmentos simples de la nariz, causándole una hemorragia nasal por uno de los orificios de su nariz. Fue una hemorragia pequeña comparada con la que le hizo a su padre en el principio de la partida, pero no se le curó hasta que su padre recogió los dardos. El segundo dardo, impacto en el segmento doble de los testículos, provocando un dolor horrible en sus huevos. Era como si acabaran de darle una fuerte patada. Se vio obligado a sentarse en el sofá debido al dolor, mientras hacía todo lo posible por respirar. Las mujeres dirán lo que quieran, pueden creérselo o no, pero un fuerte golpe en los huevos hace que te corte la respiración. Mientras estaba sentando, haciendo todo lo posible por respirar, y a su vez, intentando soportar el dolor, pensó en lo que podría pasar si su padre acertaba por tercera vez en ese órgano. No creía que la diana le apuntara los huevos, pero si antes, la diana había hecho que fuera impotente, tal vez, solo tal vez, haría que ahora fuera estéril. No era algo que le importara demasiado, quería follar, pero no tener hijos, no al menos de momento, pero, de todas maneras, si ahora no se podía empalmar, si ahora era impotente, ¿Por qué no ser tan bien estéril? David pensaba que aquella "Herida permanente" no le afectaría en nada.

Pensaba que su padre acertaría una tercera vez en aquel mismo organismo, dejándolo estéril o lo que sea que hiciera la diana con sus huevos, pero en vez de eso, se sorprendió al ver como el tercer dardo de

su padre impactaba sobre uno de los segmentos simples del cerebro, produciendo de nuevo en David ese dolor de cabeza acompañado de un horrible pero pequeño mareo.

- ¿Por qué no has ido a por los huevos? Le pregunto David, extrañado, una vez Juan retiro los dardos de la diana. Si hubiera estado el en su lugar, lo más probable es que hubiera ido a por ese órgano a saco, siempre y cuando eso le diera ventaja sobre la partida, claro.
- ¿Quieres saberlo? Le pregunto Juan al escucharle, después de la diana anunciara que era el turno del "Jugador 1"

David asintió.

- Porque no era letal. - Respondió Juan mientras hacia un leve movimiento con su cabeza hacia la diana. - Vamos, es tu turno.

David camino y se puso frente a la diana sin rechistar para tirar. No sabía porque, pero algo le decía que su padre habia mentido.

Continuaron así durante la gran mayoría de rondas. La segunda, la tercera, la cuarta, la quinta...etc. En ninguna llegaron a herirse, bueno, si se hirieron, pero no permanentemente. Se hirieron en el páncreas, en los intestinos, la próstata, cada una con una sensación desagradable, sobre todo la de la próstata. Cuando Juan le hirió ahí en la cuarta ronda, David se vio obligado a cambiarse de nuevo los pantalones y los calzoncillos, habia echado un poco de sangre por el ano, y habia manchado tanto los pantalones como los calzoncillos. Juan esperaba que su hijo se la devolviera en la siguiente ronda, pero no lo hizo, era como si no le guardara rencor, pero no era por eso por lo que no lo hizo, sino porque ya se habia acostumbrado a aquella situación, a aquella tortura. Habia también otra razón, otra que no reconocería por orgullo.

Estaba cansado de jugar.

Estaba cansado de jugar y de herir a su padre.

Ambos lo estaban.

Continuaron así durante el resto de las rondas. La sexta, la séptima, la octava... En todas ellas, al igual que en las anteriores, no se hicieron ningún daño permanente. Habia veces en las que, de vez en cuando, acertaban en el segmento doble de algún organismo, como por ejemplo el de la lengua o la piel. Aunque uno de los más duros para Juan fue el de los riñones. Cuando su hijo dio en el segmento doble de los riñones, un fuerte dolor apareció sobre ellos, era como si se hubieran hinchado y hubieran explotado. Fue una auténtica pesadilla, aunque para él, el dolor fue lo de menos, lo que más le molesto fue cuando se meo encima por culpa del dolor. Se podría decir que su hijo habia conseguido aflojarle el

fuerte, al menos durante aquel turno. Jamás en su vida había sentido tanta vergüenza, bueno... Si la había sentido, solo que en aquel momento no lo recordaba. David no añadió ningún comentario de lo que acababa de pasar, ni Juan añadió ningún comentario por lo que acababa de hacerle. Sencillamente, salió de la sala, y se dirigió hacia su habitación con la idea de cambiarse de ropa. Cuando se fue, David ya había retirado sus dardos de la diana, y al rato de haberlo hecho, su padre volvió a la habitación con una ropa distinta. Ninguno de los dos hablaron sobre el tema, era como si no hubiera pasado nada.

Tal y como había ocurrido antes, David pensó que su padre se la devolvería, pensó que le mataría, pero no lo hizo por las mismas razones que su hijo.

Estaba cansado de seguir, cansado y acostumbrado.

6

Era la décima ronda. David ya había tirado, tuvo la oportunidad de matarle, pero no quiso hacerlo. Su primer dardo, había dado en el segmento simple del cerebro, produciendo ese famoso dolor de cabeza que ambos conocían, acompañado de ese fuerte mareo que también ambos conocían. El segundo dardo que lanzó, impactó un poco más a la derecha, en el segmento doble de los pulmones. Cuando aquel dardo impactó en la diana, Juan se tumbó en el sofá, estaba sentado debido al dolor que le había provocado el tiro anterior de su hijo, pero este... La falta de respiración, la destrucción de sus pulmones hacía que ni siquiera pudiera mantenerse sentado. Necesitaba respirar, pero no podía hacerlo. Por cada segundo que pasaba, sabía que estaba más cerca de la muerte.

Ahora. - Se dijo David mentalmente. - Ahora es mi oportunidad. Por fin puede ganarle.

Pero entonces, se dio cuenta de algo.

Aquello no era lo que quería.

¡Como que no! - Exclamó su voz interior de repente. - ¡Claro que es lo que quieres, quieres matarle, quieres salir de aquí, quieres ganar la partida! Así que hazlo. ¡Acaba la partida, o él lo hará por ti!

David contempló la diana mientras aquellas palabras corrían por su mente. Había dado en el segmento simple del cerebro, y en el segmento doble de los pulmones. Lo que significaba que, si ese último tiro, daba por ejemplo en el segmento doble del cerebro, o en el triple, mataría a su padre. También podría dar en el segmento simple de los pulmones, o en el doble, o en el triple. La verdad es que no importaba, antes había conseguido dar en el segmento doble de aquel órgano, con que diera una

vez en cualquier segmento, mandaría a la mierda los pulmones de su padre. Si daba en los pulmones cabía la posibilidad de que el daño fuera tan solo permanente, pero David al contemplar el estado de su padre, sabía de sobra que la pérdida de aquellos órganos sería también letal.

Su padre tenía las de perder en aquella ronda.

Estaba también la diana, el propio corazón, ninguno de los dos había acertado allí aun, pero David se replanteo el hecho de apuntar y tirar hacia aquel órgano. Hacia el segmento doble, hacia la zona central, pero decidió no hacerlo. No solo porque aún no sabía que hacer, sino porque tampoco estaba seguro de que ir a por aquel órgano, no al menos en aquel momento, fuera letal para él. Según había explicado la diana, la herida se volvía permanente si acertabas tres veces sobre un mismo organismo, y eso no podría conseguirlo con el corazón. Le quedaba solo un dardo, y el corazón solo disponía de una diana simple, que actuaba como si diera un dardo, y la diana doble, la central, y que actuaba como tal. Si quería matar a su padre yendo a por el corazón debería de disponer de dos tiros. Dos dardos, cosa de la que ya no disponía, no al menos en aquella ronda. Si quería matarle, debería ir a por el cerebro, o a por los pulmones.

Pero la cuestión era la siguiente, ¿Quería hacerlo? David no paraba de reflexionar sobre ello. No le gustaba jugar con el debido a que siempre le ganaba, pero, aun así, aquel día había decidido hacerlo. Al ver la diana instalada en la habitación había decidido jugar con él, pensando que, su sueño, su deseo, por fin se cumpliría. *"Enhorabuena, hijo. - Le diría Juan una vez ganara la partida. - Ves como al final el esfuerzo tiene su recompensa."* Como deseaba oír aquellas palabras salir de la boca de su padre.

Si. Quería ganarle, pero no matarle. En ningún momento se hubiera imaginado que la diana podría hacer ese tipo de cosas. En ningún momento se hubiera imaginado que un poder, que una fuerza oscura y malévola como aquella pudiera existir en este mundo. Si lo hubiera sabido, si lo hubieran sabido ambos, quizás ninguno de los dos se hubiera atrevido a jugar.

Se escucho un gemido.

Bueno, no era un gemido como tal, era su padre, que hacia todo lo posible por respirar. A David aquel intento de respiración le sirvió para volver en sí, y para saber lo que tenía que hacer.

Respiro hondo, y alzo el brazo derecho con su tercer dardo. Apunto, y lanzo.

Erro el tiro.

Cuando el dardo impacto en la zona negra, cerca de la vejiga. David fue corriendo hacia la diana, y retiro sus dardos a toda prisa, quería que su padre dejara de sufrir.

<< Turno del "Jugador 2" >>

Anuncio la diana una vez David tuvo sus dardos en la mano, tal y como habia hecho en innumerables ocasiones.

Minutos después, cuando Juan se recuperó, se incorporó, y mientras estaba sentado, mirando a su hijo con extrañeza, le pregunto:

- ¿Por qué lo has hecho?

David dirigió la mirada hacia el cuándo hablo. Desde que habia retirado sus dardos de la diana, no habia vuelto a articular palabra. Sencillamente, se habia quedado embobado, perdido en sus pensamientos. Pensando en si habría hecho bien al dejarlo vivir.

David al escucharle, le hizo una seña con la cabeza mientras fruncia el ceño, como si le estuviera preguntando qué a que se refería.

- Podrías haberme matado. - Respondió Juan mientras seguía sentando, señalando hacia la diana, aunque los dolores habían sido horribles, habia estado consciente todo el tiempo, y sabía lo que habia visto. Su hijo habia errado el tiro a posta. - Podrías haber dado en el cerebro o en los pulmones. Si lo hubieras hecho podrías... Podrías haberme matado. Podrías haber salido de aquí. - Giro la cabeza hacia David y añadió muy seriamente. - Podrías haber ganado. Así que dime, ¿Por qué lo has hecho?

David giro la cabeza hacia la diana, y permaneció así durante un rato. *Díselo.* - Se dijo mentalmente. - *Díselo, y de paso, dile lo que te pasa. Dile lo que llevas queriendo decirle desde hace tiempo.*

- Ya nada de eso importa. Le dijo después de hacer un breve meneo de hombros, no sabía muy bien que decirle.

- ¡Ah! – Exclamo Juan a modo de disgusto. - Vamos David, dímelo.

- Es tu turno, papa. Respondió David mientras caminaba hacia el sofá, con la idea de sentarse,

- Pero hijo...

David no añadió nada más. Sencillamente, se sentó en el sofá, a pocos centímetros de su padre. Estaba cansado, a aquellas alturas, ya le daba igual que lo matara, lo único que quería es que la partida terminara, nada

más.

Juan al ver que no podía sonsacarle la razón por la que no le había matado, se levantó del sofá, y se puso frente a la diana. Tal y como había dicho su hijo, era su turno.

David no se imaginaba que aquel turno y aquella ronda que acababa de jugar contra su padre sería la última de su vida.

Capítulo 4

Capítulo 4: Fin del juego

1

Juan estaba confuso por lo que habia sucedido. No sabía lo que hacer. Su hijo no se lo habia confirmado, pero sabía de sobra que habia decidido perdonarle la vida, la pregunta era, ¿Por qué? *Acaso importa.* - Se dijo mentalmente. - *¡Claro que importa!, ¿Qué clase de padre seré ahora si aprovecho esa debilidad para ganar la partida?*

Una parte de su mente no paraba de hacerse aquella pregunta, la parte paternal, por llamarlo de algún modo. Pero luego, la otra mitad de su cerebro, aquella parte competitiva, estaba haciendo todo lo posible para convencerle de que matar a su hijo era la solución. *Aprovéchate.* - Le decía. - *Puedes hacerlo. Sabes que puedes hacerlo, no como él. Mírale, no te ha matado porque no tiene los cojones para hacerlo. No tiene los huevos lo bastantes gordos como para matarte y ganar la partida. Lo tienes a huevo Juan. Gana la partida. Gánala y sal de aquí. ¡Lo estas deseando!*

Juan levanto el brazo en la que contenía su primer dardo, convencido de que aquella era la opción más acertada y se centró en el segmento triple del cerebro. Esta vez iría directo, esta vez iría a matar con su primer dardo. Esta vez...

Y entonces fue cuando se centró en el dibujo del pene, y recordó lo que habia pasado, recordó la razón por la que ambos se habían empezado a pelear. Por aquel tiro, por aquel dichoso tiro. *¿Fue por el tiro?* - Le pregunto una vocecilla en su interior. - *¿Realmente fue por el tiro?*

No sé de lo que estás hablando. Se dijo Juan mentalmente.

Si, claro que lo sabes. Añadió aquella vocecita.

Claro que lo sabía, como no lo iba a saber. El habia sido el que lo habia empezado todo. El habia sido el que habia comprado la diana para jugar. En aquel momento no sabía lo que iba a pasar, pero eso no le hacía menos culpable. Y luego, cuando estaban jugando, cuando estaban fallando los tiros a posta, ¿Quién habia sido el primero en acertar en el blanco? El, y solo él. *Y encima fui incapaz de aceptarlo.* - Se dijo mentalmente, mientras recordaba lo que le habia dicho. *“Quería decirte que yo no soy el responsable de lo que te haya podido ocurrir. Es decir, lo he hecho yo, pero yo no era consciente de mis actos. Algo me estaba controlando, te lo juro. Creo que, la diana me estaba controlando la*

mente, quería...Quería que te atacara."- Menuda idiotez.

Juan siguió contemplando el dibujo del pene. Aquel órgano había sido el primero que había "Destruído" de su hijo, aquel por el que había comenzado todo. Pero... Aun así, a aquellas alturas, seguía sin comprender que era lo que podría haberle hecho para que se pusiera así. *No lo entiendo.* - Se dijo mentalmente. - *¿Qué puede hacer cabrear tanto a un adolescente y que esté relacionado con...? Mierda.*

Juan al darse cuenta de lo que era, bajo el brazo y agacho la cabeza.

- ¿Qué haces? Le pregunto David, extrañado, mientras seguía en el sofá.
- David...- Añadió Juan, mientras seguía con la cabeza gacha. - ¿Te acuerdas cuando en el principio de la partida di en...
- Si, lo recuerdo. Respondió David muy seriamente. No podía olvidarlo.
- ¿Qué fue lo que te hizo? Le volvió a preguntar.

David al escucharle lanzo un largo suspiro.

- ¿Por qué lo quieres saber? Le pregunto.

Juan hizo un breve movimientos con los hombros, no sabía muy bien que responder.

- ¿Es que acaso no te lo imaginas? Le pregunto David al ver que no le decía nada.
- Si. - Respondió Juan. - Claro que me lo imagino. - Camino, y se sentó junto a él en el sofá. - Pero quiero que me lo digas.

David lanzo otro largo suspiro, no quería decírselo.

Al ver que no respondía, Juan se echó hacia delante, y contemplo la habitación, mientras comenzaba a reírse.

- ¿De qué te ríes? Le pregunto David.
- Me rio porque somos gilipollas. - Respondió, respuesta que le pillo por sorpresa a David. - Acordamos fallar los tiros para no hacernos daños el uno al otro, y mira como hemos acabado, y todo por mi culpa, porque... Porque decidí atacarte con la idea de ganar y salir de aquí.
- ¿Lo reconoces?

Juan lo miro, como un perro que mira a su amo cuando sabe que ha hecho algo malo, y asintió.

- Si, pero si te sirve de consuelo, mi idea no era quitarte eso. Si no la de matarte en el acto. Calcule mal el tiro.

David le miro con disimulo, y sonrió, aun sin saber si era eso lo que quería hacer.

- No sé si sentirme ofendido o halagado. Añadió mientras se reía.

Juan no supo que añadir ante aquel comentario. Así que le miro de reojo la entrepierna, y cuando lo hizo, le pregunto con curiosidad, mientras le señalaba con el dedo índice de su mano derecha. No se habia dado cuenta hasta ese momento, pero seguía manteniendo su primer dardo en la mano derecha, y los otros dos en la izquierda.

- ¿Te dolió?

- Un poco. - Respondió. - Pero solo al principio. Después, cuando retiraste los dardos, el dolor fue menguando, hasta que desapareció. - Al terminar de hablar, giro la cabeza hacia él, y se fijó en su nariz gruesa y ladeada. - ¿Te dolió a ti eso?

- ¿El que?

David al escuchar aquella pregunta se llevó una de sus manos hacia su nariz, y se dio con ella tres pequeños golpecillos.

- ¡Ah! – Exclamo Juan al ver a que se refería mientras se tocaba la nariz, remedando a David, se le habia olvidado por completo que la tenía diferente. Habia pasado tanto tiempo ya que apenas pensaba en ello. Era como si el poco dolor que tenía hubiera pasado a hacer una parte de él, una parte que le habia acompañado desde el primer día de su vida. - Si, lo cierto es que me dolió bastante, pero solo al principio. - Se echo a reír, sin saber muy bien porque, estaban hablando de algo muy serio, y cuando se calmó un poco, añadió. - Creo... Creo que me rompiste la nariz.

- Pues yo no lo creo, estoy seguro.

Y entonces los dos comenzaron a reírse, y al rato, se produjo el silencio, ese silencio incomodo que ninguno de los dos se atrevía a romper. Al menos, hasta que Juan se atrevió a dar el paso.

- Oye, si sirve de algo, te pido perdón por... Por haberte hecho eso.

- ¡Dilo! – Exclamo David. - Por haberme dejado impotente.

- No eres impotente. - Añadió Juan. - Al menos no del todo, solo aquí, y no creo que aquí importe mucho, la verdad. - Permaneció unos segundos en silencio, mirando a su hijo, estaban hablando con sinceridad, pero lo notaba disgustado y cortado, más cortado que disgustado. Supuso que era normal, ¿A quién le gustaba tener aquellas conversaciones con los padres? A nadie. Recordaba la suya, y fue un momento demasiado incómodo. No solo porque su padre no sabía como explicarle todo eso de las relaciones sexuales, sino porque él ya estaba informado. Muy, pero que muy informado. Le dio la charla seis meses después de que perdiera la virginidad. Aunque, reconocia que, habia tenido bastantes problemas

para perderla.

Juan al recordar esos momentos comenzó a reírse.

- ¿De qué te ríes? Le pregunto David con extrañeza.
- Sabes...- Añadió Juan mientras intentaba calmarse. - Sabes que a mí me costó perder la virginidad.

David al escucharle puso cara de asco.

- ¡Papa! – Exclamo. - ¡No me interesa para nada ese dato, además, ¿Quién te dice a ti que yo no he perdido la virginidad?!
- ¿Las has perdido? Le pregunto Juan, pero lo hizo más bien para dejarle entre la espada y la pared que para informarse. Sabía de sobra la respuesta. Si la hubiera perdido, no se hubiera puesto como se hubiera puesto antes cuando le dejó impotente, o al menos, eso pensaba él.

David no respondió a aquella pregunta, lo que hizo que Juan se echara a reír de nuevo.

- Tranquilo hijo, no es nada malo. Le dijo Juan mientras le daba una pequeña palmadita en la espalda, hubiera preferido decirle que todo llegaría, pero creía que aquel no era el momento adecuado para decir algo así. - Bueno, a lo que iba.
- Papa, no me importa cómo ni con quien hayas perdido la virginidad. Añadió David con asco. El solo hecho de imaginarse a su padre, manteniendo relaciones sexuales, ya sea con su madre o con otra persona, hacía que le entraran ganas de vomitar.
- No es lo que iba a contarte, no al menos exactamente. - Le informo Juan. - Lo único que iba a decirte es que... Se más o menos por lo que estas pasando.

Aquellas palabras captaron la atención de David.

- Cuando era joven, tuve varias oportunidades para perder la virginidad, y en casi todas, la cague, sobre todos en dos de ellas. - Al decir eso, Juan permaneció en silencio y recordó aquellos dos momentos desagradables, y recordó también que, habían sido historias tan desagradables, intimas, y vergonzosas, que no se las había contado a nadie, ni siquiera a sus mejores amigos. - Bueno mira... Creo que es mejor que no te lo cuente.
- ¡No! – Exclamo David. - ¡Cuéntamelo, has captado mi atención!

Juan lanzo un largo suspiro al escuchar aquellas palabras.

- Está bien, te lo contare si me prometes que no se lo contarás a nadie si salimos de aquí.
- Vale, prometido.

- Y prométeme también que no te reirás.

David asintió, pero Juan sabía de sobra que se reiría. Ambos lo harían.

- Veras David, yo nunca tuve problemas para... Alzar el mástil. - Se detuvo un momento, pero solo para contemplar el rostro de David, ya se estaba riendo, no sabía si era por las palabras que había decidido utilizar o si era porque ya se estaba imaginando la historia. No le importaba, la verdad, pero le encantaba verle así, y al rato de ver como se reía, siguió hablando.

- Solo tuve problemas en dos ocasiones, y créeme, fue horrible.

- Me lo imagino. Comento David con una sonrisa.

- No, créeme, no te lo imaginas. - Añadió Juan, mientras recordaba aquellos dos momentos de su vida. - La primera vez que me ocurrió, fue un día que fui a una fiesta. Había conocido a una chica allí, teníamos la misma edad, y bueno, yo había bebido de más.

David en aquel momento ya había empezado a reírse.

- ¡No! Exclamaba mientras se reía, intentando contenerse.

- Créeme, David, no podía ni a la de tres, por más que lo intentaba, no quería alzarse. Yo no sé si era por la borrachera, o si era también porque estaba nervioso, pero fuera por lo que fuera, créeme que la chica tampoco ayudaba mucho. Se limitaba a quedarse sentada en la cama, mirándome muy seriamente, parecía cabreada. *"En serio me vas a joder de esta manera. Eres un jodido corta rollos"* Esas eran las palabras que podía ver a través de sus ojos. Te lo digo en serio David, fue una experiencia horrible.

- ¿Y qué fue lo siguiente que te paso? - Le pregunto David, mientras seguía riéndose. - Has dicho que te había ocurrido en dos ocasiones, ¿Cuál es la segunda?

- La segunda fue algo por el mismo estilo, solo que ocurrió meses después. - Respondió.- Una fiesta, una chica, bebida de más, y mismo problema. Solo que, a diferencia de la primera, acabe potándole encima a la chica.

En aquel momento David comenzó a reírse a carcajadas.

- ¿Qué...Que hiciste que?

- Acabe potándole encima. - Respondió Juan, también entre risas. - Deberías de haber visto a la chica salir de la habitación. Se fue llorando, protestando, no paraba de cagarse en mi vida, y de decir que le había jodido su vestido, y ese tipo de cosas, no sé, no la escuchaba bien, estaba borracho.

- ¿Y que hiciste? Le pregunto David, aun entre risas.

- ¡¿Qué, que hice?! - Exclamo. - ¡Tú que crees, pues me fui a mi casa como pude, y dormí la mona!

David seguía riéndose, había prometido no hacerlo, pero no podía evitarlo. Tal y como había dicho su padre, la historia era bastante divertida, y daba mucha, pero que mucha vergüenza.

- Esto solo te lo cuento para que veas que se por lo que estas pasando, al menos, por una parte. - Añadió Juan un poco más serio, pero aún se estaba riendo, no solo por lo que acaba de contarle a su hijo, sino porque también estaba viendo a su hijo reírse. Le estaba contagiando la risa. - Tuve también muchas otras oportunidades, pero digamos que... También las despilfarre, no por lo mismo, pero si eran lo suficientemente graves como para pensar que soy un idiota, y así fue hasta que... Hasta que conocí a tu madre.

Cuando dijo eso, las risas se cortaron, pero ambos recordaron lo que había ocurrido. Bueno, Juan si lo recordó, David no, David solo se limitaba recordar lo que le había contando su madre, sobre la razón por la que se separaron. *"Porque era un cabrón"* Le dijo su madre cuando le pregunto por la razón por la que se habían separado. *"Nos separamos porque ya no me quería, prefería estar con una fulana de tres al cuarto que conmigo."* Al recordarlo, David giro la cabeza hacia su padre, y se fijó en que... ¿Estaba llorando?

Se centro más en él, y entonces se fijó en una pequeña gota que descendía por su mejilla, una lagrima. Si, estaba llorando.

¿Esta llorando por... Mama? - Se dijo mentalmente mientras veía como aquella lagrima corría por su rostro. - *¿Pero por qué? Si no pueden ni verse.*

Y entonces, se le paso por la cabeza la idea de preguntarle sobre lo que ocurrió, sabía una parte de lo que había ocurrido, pero, a decir verdad, tampoco es que le hubiera interesado mucho, no al menos hasta aquel momento, hasta que vio llorar a su padre. Habían pasado doce años, doce años desde que ocurrió aquello, y a pesar de eso, aun seguía llorándola, ¿Por qué? Al principio, David no le vio el más mínimo sentido, pero mientras más pensaba en ello, más sentido le daba.

Aun la seguía queriendo.

- Papa.
- ¿Qué?
- ¿Por qué os separasteis mama y tú? Le pregunto muy seriamente, mientras seguía mirándole.

En ese momento, Juan, se pasó el dardo que tenía en la mano derecha a la izquierda, juntándolo con los otros, e instantes después, se pasó la mano que ahora estaba libre sobre sus ojos, con la idea de hacer

desaparecer sus lágrimas.

- ¿Qué te conto ella? Le pregunto Juan, al rato de haber escuchado su pregunta.

- ¿Literalmente? Le Pregunto David.

Juan asintió.

- Que os separasteis porque ya no la querías, y porque preferías estar con una fulana de tres al cuarto. Respondió David.

- Una fulana de tres al cuarto. - Repitió Juan. - Muy típico de tu madre.

En aquel momento, Juan estaba sonriendo, riéndose por aquellas palabras, pero David se fijó en que aún estaba llorando.

- Mira papa, nunca me ha interesado mucho la razón por la que os separasteis porque sabía que cada uno me daríais vuestra propia versión.

- Reconozco que eso es muy lógico. Añadió Juan.

- Pero hay algo en lo que me acabo de fijar. - Continuo David, sin echar cuenta a las palabras de su padre. - Me acabo de fijar en que aun la quieres.

Juan al oír las palabras de su hijo permaneció en silencio, y cuando asimilo lo que habia oído, le pregunto:

- ¿Por qué crees eso?

- Porque te has puesto a llorar cuando la has nombrado. - Respondió David. - Y eso me ha llamado mucho la atención, y más sabiendo que fue algo que paso hace doce años, ¿Me equivoco?

- No, no te equivocas. Respondió Juan segundos después.

- ¡¿Y porque le hiciste eso?! -Exclamo David, un poco molesto. - ¡¿Por qué le hiciste eso si la querías?! -

- Si te lo cuento...- Comenzó a decir Juan. - ¿Me veras con otros ojos?

- No. - Respondió David, seguro de lo que decía, no se pensó la pregunta porque no habia nada que pensar. Dijera lo que le dijera. Contará lo que le contara, seguiría viéndole como lo que es. Un buen padre con problemas de competitividad.

Juan lanzo un largo suspiro, pensando por donde debería de empezar, y cuando lo tuvo claro, comenzó a contarle lo que ocurrió.

- Veras, tu madre y yo estuvimos juntos desde que éramos jóvenes, se podría decir que estuvimos juntos desde que éramos adolescentes. Estuvimos juntos catorce años. Seis como novios, y ocho como casados, y créeme, esos años fueron los mejores de mi vida. - David escucho las palabras de su padre con atención. - Pero llego un momento en que... Todo comenzó a parecerme... ¿Cómo lo diría? Monótono.

- ¿Aburrido? Comento David con la idea de ayudarle.

- No. - Respondió. - Aburrido es demasiado extremista, no llegaba a tanto, era más bien monótono. Veras, tu madre y yo cuando comenzamos a salir, íbamos a todas partes. Íbamos de viaje, a fiestas, quedábamos con nuestros amigos y nos los pasábamos bien, lo hacíamos todos juntos. Nuestro noviazgo fue así, y nuestra etapa de casados también, o al menos los primeros años.

David noto como le costó pronunciar aquellas palabras, parecía que se le estaba comenzando a hacer un nudo en la garganta.

- Los años siguientes, comenzamos a discutir sin parar. A veces era por cosas importantes, pero luego, había otras que eran absurdísimas, cualquiera que nos hubiera escuchado pelear habría pensado que éramos niños pequeños. - En aquel momento se detuvo para recordar aquellos tiempos y para pensar bien lo que decir. No le estaba contando ninguna mentira, le estaba diciendo la verdad e intentaba hacerlo sin saltarse ningún detalle, pero tampoco quería enrollarse, no quería acabar contándole la biblia. - Y cada vez empezamos a ir a menos sitios, viajábamos de vez en cuando, pero por cada año que pasaba, menos viajes hacíamos. Mis amigos, desaparecieron, las fiestas, se esfumaron, y cuando me quise dar cuenta, nuestra nueva vida estaba basada en "Estar en casa y discutir" Estaba también el trabajo, por supuesto, y creo que fue eso lo que hizo que aguantara un poco más, pero al final... Acabo ocurriendo.

David sabía que se refería a aquella mujer.

- Cuando venía de trabajar, siempre me encontraba con una chica. Al principio, ni siquiera notaba su presencia, hasta que un día, me fijé en ella, y me di cuenta de que, me miraba. - En aquel momento, apareció una pequeña sonrisilla burlona por la cara de Juan. - Al principio, me extrañe, pero aun así le lance una sonrisa, y eso fue todo, aquel día. Al día siguiente, la volví a ver, y la salude, y el día siguiente a aquel, hable con ella, y cuando me quise dar cuenta, ya estaba metido en su cama. Todo eso paso un año antes de que tu nacieras.

David permaneció en silencio, asimilando todo lo que le había dicho, y cuando lo hizo, le pregunto:

- ¿Y qué paso luego?

- Ya te lo imaginas. - Respondió. - Seguí con tu madre, mientras a su vez, estaba con aquella chica. Una parte de mi me decía que no debería hacerlo, pero es que... Estaba tan bien con ella, la quería muchísimo.

- ¿Y si la querías porque no dejaste a mama? Le pregunto David.

- Porque también la quería. - Respondió Juan, entre lágrimas. - También la quería. Sabía que le estaba haciendo daño, sabía que lo mejor era dejarla, divorciarme, no solo para que yo pudiera irme con aquella chica, sino para que también pudiera encontrar a un hombre mejor, pero fue

entonces cuando... Cuando.

- ¿Cuándo qué?

- Cuando me dijo que estaba embarazada de ti. Respondió, mientras ahora lloraba a mares.

David en aquel momento permaneció en silencio, asimilando lo que acababa de decir su padre, tal y como había hecho antes. *¿Qué es lo que quiere decir con eso?* Se pregunto. Pero antes de poder hallar una respuesta, su padre se la dio.

- Cuando tu madre me dijo eso, supe que ella era la mujer de mi vida, no sabes cuando me alegré de escuchar aquellas palabras, en el momento en el que me lo dijo, ya te quería como si te hubiese conocido toda mi vida, y supe que debía de dejar ya aquella chica cuanto antes. Debía de dejarla antes de que fuera demasiado tarde. - Se detuvo un momento, y al rato, continuo. - Pero no la deje, no tuve el valor. Cuando llego el momento no tuve el valor de hacerlo. Tuve miedo, pensaba que, si lo hacía, todo acabaría. Pensé que, todo volvería a hacer como antes, a hacer monótono con tu madre, solo que ahora, con un niño, o una niña, aun no sabíamos lo que serias. Así que, seguí con ella, hasta que finalmente, cuando cumpliste un año, tu madre nos descubrió, y acabamos separándonos, esa parte de la historia ya la conoces.

- Si, la conozco. - Afirmino David. - Pero continua.

- No hay mucho más que contar. - Añadió Juan, mientras ahora parecía estar más calmado. - Nos separamos cuando cumpliste dos años. El juez decidió que era mejor imponer la custodia compartida. Aunque, verdaderamente, de custodia compartida no tiene mucho, puedo verte cuando quiera, pero solo puedo estar contigo dos fines de semana por mes. Aunque bueno, no puedo quejarme, podría ser peor, mucho peor.

- Y a pesar de lo que hiciste, y de que considerabas que vuestra relación era "Monótona", ¿La sigues queriendo? Le pregunto David, con extrañeza.

Juan asintió mientras le miraba.

- No sabes lo que daría por volver atrás e impedir lo que hice. -

Respondió. - Ojalá pudiera volver al pasado como en aquella película, y cambiarlo para que pudiéramos estar los tres juntos. A veces, sueño con que me perdona, ¿Sabes? A veces sueño con que, un día llego a tu casa, con la idea de recogerte, y veo que ella sale de la casa, y viene corriendo hacia mí, llorando, y al verla correr hacia mí, yo también empiezo a llorar, porque sé que me ha perdonado y cuando estamos a pocos centímetros el uno del otro, nos abrazamos, y nos besamos.- En aquel momento Juan permaneció en silencio recordando aquel bonito sueño, con una sonrisa que le llegaba de oreja a oreja. Una sonrisa que a David le recordó a la del gato rizon, y al rato, mientras aquella sonrisa desaparecía, Juan volvió a hablar. - Pero sé que eso nunca pasara, sé que ella nunca me perdonara, no solo porque es algo imperdonable, sino porque también es muy terca,

terca y cabezona.

David al escuchar aquel comentario lanzo una pequeña risita.

- ¿Si tuvieras la oportunidad de decirle algo a mama ahora, que sería?

Quiso saber David.

- Perdón. - Respondió Juan muy seriamente. - Lo único que le diría, seria perdón.

Y entonces, aquel silencio incomodo que se habia producido tiempo atrás, volvió a aparecer.

2

Juan habia parado de llorar mucho antes de que terminara de contar la historia de cómo se separó de su mujer, pero segundos después de terminar de contarla, volvió a llorar, esta vez, con más fuerza, y con más energía que la última vez. Parecía un bebe. No sabía porque lloraba ahora, pero David sabía que, si seguía llorando así, acabaría por encogersele el corazón. A él le habia pasado algunas veces cuando era pequeño, cuando ocurría te entraba una especie de hipo que te costaba mucho controlar y hacerlo desaparecer. Era una sensación horrible, muy horrible, y una razón bastante obvia para no llorar en público, habia mucha gente que se reían de las personas a las que le pasaba eso.

- ¡¿Por qué lloras ahora?! Exclamo David.

- ¡Es culpa mía! - Respondió Juan, a moco tendido. - ¡Es culpa mía, todo es culpa mía!

David no sabía si se refería al divorcio o si a la situación en la que se encontraban actualmente. Pero fuera lo que fuera, se equivocaba.

- ¡Todo es culpa mía! - Continuo Juan. - ¡La separación de tu madre, el juego, la razón por la que estamos aquí! - Permaneció en silencio un rato, el tiempo suficiente para que varias lagrimas cayeran por sus ojos y recorrieran sus mejillas, y cuando dirigió la mirada hacia su hijo, añadió. - ¡La razón por la que... Por la que nos peleamos, la razón por la que nos hemos intentado matar!, ¡Todo, todo es culpa mía!

David escucho con atención cada una de sus palabras, estaba comenzando a sentir lastima por él, no estaba de acuerdo en nada de lo que decía, bueno, tal vez si la tenía en la parte del divorcio, pero no en lo del juego. No, eso era por culpa de ambos, quizás más por su culpa que por la de su padre. *Si hubiera hablado con él.* - Se dijo mentalmente mientras le miraba. - *Si hubiera hablado con el cuándo estábamos en el coche, o quizás antes de que nos pusiéramos a jugar, no estaríamos aquí.*

- Eso no es cierto, papa. - Intervino David mientras pensaba que, por fin, era el momento de dar el paso, y de contarle la razón por la que no le gustaba jugar con él. Aunque, en verdad, pensaba que ya iba tarde, demasiado tarde. - La culpa de que estemos aquí no es tuya, sino mía.

Juan al escuchar las palabras de su hijo le miro con extrañeza.

- ¡Pero, que dices! – Exclamo. - ¡Si fui yo el que cogió el juego de la tienda, fui yo el que insistió en que jugaras, y fui yo el que...

El que comenzó las agresiones. Pensaba decir, pero antes de poder hacerlo, David le interrumpió.

- Si, pero yo accedí. - Respondió. - Yo accedí a jugar contigo a pesar de no querer hacerlo, al igual que fui yo el que consiguió averiguar el nombre del juego al que estamos jugando. Si tes das cuenta, yo soy tan culpable como tú.

Juan no hizo nada por convencerle de lo contrario. No consideraba que aquellas cosas que habia nombrado su hijo fueran tan graves como las suyas. La verdad es que no lo eran, pero si es cierto que habia sido culpable, tan culpable como él. Si su hijo no hubiera averiguado el funcionamiento de la diana no habrían jugado, y si no hubiera averiguado el nombre del juego, "M 1-1" tampoco lo hubieran hecho, aunque, seguía considerando aquellas razones absurdas, dado que cualquiera de los dos podría haberlo averiguado.

Pensaba decirle que aquellas razones eran una tontería y que él no tenía nada de "Culpable" Él se trataba tan solo de una víctima. Un pobre desgraciado que se habia adentrado en un mundo desconocido del que costaba salir, al igual que él, él se trataba de otra víctima que se habia metido en otro embrollo semejante, solo que con algo más de culpa. Pensaba en decirle algo para animarle, cuando de repente, se le pasaron por la cabeza las primeras palabras que habia dicho su hijo, "*Yo accedí a jugar contigo a pesar de no querer hacerlo*" Aquellas palabras captaron mucho su atención. Es verdad que le habia costado un poco animarle a jugar, pero en aquel momento se creía que habia sido porque no tenía ganas, aunque ahora, ahora que habia pronunciado aquellas palabras. No sabía porque, pero le daba la sensación de que lo habia dicho en el sentido de que no le gustaba jugar.

Iba a comentárselo, pero antes de poder hacerlo, David comenzó a hablar:

- Además, hay otra razón por la que también es culpa mía.
- ¿Cuál? Le pregunto Juan, mientras todavía pasaban las palabras de

David por su cabeza.

David permaneció un rato en silencio, preguntándose si debía decírselo o no. Llego un punto en que, llego incluso a hacerle un poco de gracia, pensaba que así era como se sentirían aquellas pobres personas que aún no habían podido salir del armario, y estaban en aquella situación en la que, o lo decían, hablarían y rezarían para que se lo tomaran bien, o se callarían para siempre. *No tengas miedo. - Se dijo. - A estas alturas, ya no tienes nada que perder. Ya has recorrido casi todo el camino, así que venga, térmalo, y díselo. Dile que no te gusta jugar con él, y dile porque, no te matara. O al menos eso creo.*

David lanzo un largo suspiro, y sin pensárselo demasiado, hablo.

- Papa, no me gusta jugar a los juegos contigo.

Juan al escucharle, enarco las cejas.

- ¡¿Qué?!, ¿Pero... ¿Pero qué dices, si te encanta?

- No, papa.

- ¡Si! – Exclamo. - ¡Te encanta, siempre que estábamos juntos jugábamos, no te acuerdas cuando íbamos a las recreativas o jugábamos aquí con los juegos de mesa que tengo en las estanterías! - Y aquel momento dirigió su brazo hacia la estantería, señalando hacia alguno de los juegos que estaban allí. - ¡Te...Te encantaba!

David hizo un gesto de negación.

- No papa, no me gusta. Volvía a decir David, esta vez con un tono más bajo, decaído.

Juan permaneció un momento en silencio, recordando todo lo que habia vivido con él. Habia vivido muchas cosas juntos, y la gran mayoría de aquellos recuerdos, eran ellos dos, pasando el tiempo en las recreativas y en su casa. Recordó las veces en las veces en las que jugaron al *Monopoly*, o a las que jugaron al *Risk*. No le gustaba mucho jugar a aquel juego porque era demasiado lioso, y si era lioso para él, imagínate para un niño, pero aun así jugaban. *El uno*, *El virus*, y otros juegos por el estilo, los juegos de lucha que habia en las recreativas, como por ejemplo el *Street fighter* y otros muchos a los que se podían jugar dos jugadores. ¿De verdad le estaba diciendo que no le gustaba jugar con el después de tanto tiempo? No se lo podía creer.

- Pero... Pero si no te gusta, ¿Por qué no me lo has dicho nunca? Le pregunto Juan, un poco confundido.

- No sabía cómo te lo ibas a tomar. - Respondió David. - Creí que te enfadarías conmigo, sé que te gusta mucho ese tipo de cosas.

- ¿Y porque no te gusta? – Le pregunto. - Perdóname David, pero es que,

creía que, te lo pasabas bien cuando jugabas conmigo.

David casi se echa a reír al escuchar aquellas palabras.

- ¡Que me lo pasaba bien! – Exclamo. - ¡El único que se lo pasaba bien eras tú, papa, siempre ganabas, siempre, y de echo lo sigues haciendo! – Permaneció un momento en silencio, pensando bien lo que quería decir, y cuando lo tuvo claro, continuo. - No habia forma de ganarte, y me ponía enfermo, y lo peor de todo, siempre que ganabas fardabas de ello como si hubieras conseguido el trofeo del año. ¡Siempre que ganabas, te reías de mí, y te pasabas horas creyéndote que eras el mejor en todo, cuando se trataba de un juego, de un estúpido juego! – Juan escucho todo lo que decía con atención, estaba disgustado, no se esperaba que su hijo lo viera de aquella forma. Es verdad que nunca le habia ganado, y que de vez en cuando, bueno que coño, siempre, fardaba de ello y se metía con él, pero no para hacerle enfadar, sino para picarle un poco, habia ganado la partida, y tenía el derecho de hacerlo. Podía habérselo reprochado, pero en vez de eso, decidió esperar a que terminara. - Sabes, muchas veces soñaba con ganarte. Pensaba que, algún día conseguiría hacerlo, y cuando lo hiciera te alegrarías por mi porque por fin lo habia conseguido, por fin te...Te sentirías orgulloso de mi. Soñaba con que, me darías la enhorabuena, y me dirías algo así como “Ves como al final el esfuerzo tiene su recompensa.” - En aquel momento David se echó a reír. - Qué tontería, ¿verdad? A estas alturas, sé que nunca te ganare, y mucho menos en este juego. - Dirigió la mirada hacia la diana, y en aquel momento, añadió. - Sé que perderé, sé que moriré. Se que... Me mataras.

Juan no dijo nada. Estaba pensando en todo lo que habia dicho su hijo. Al principio, pensaba que se trataba de una pataleta infantil que llevaba teniendo desde que tenía uso de razón, y que habia explotado ahora, a sus catorce años, pero después de pensarlo con atención, no estaban tan seguro de que fuera así. Ahora que lo pensaba mejor, reconocía que, quizás, habia tratado a su hijo con demasiada dureza a la hora de jugar. A él le habían gustado los juegos, desde siempre, desde que era pequeño, y de echo la gran mayoría de veces que quedaba con sus amigos, quedaban para jugar, no a los mismos juegos de ahora, por supuesto, pero si a los que habia por aquel entonces, habia jugado en su juventud, y seguiría jugando hasta que llegara el día de su muerte. Tiempo después de que se divorciaría de su mujer, y de tener claro que quería enseñarle el fantástico mundo de la diversión a su hijo, descubrió que algunos padres dejaban que sus hijos les ganaran en los juegos. No fue un descubrimiento apoteósico como cuando se descubrió que habia agua en marte, de hecho, era algo que cualquier persona se habría podido esperar o imaginar, pero era algo a lo que Juan no lograba verle el sentido. Para empezar, porque dejarse ganar no tenía ni la más mínima gracia, y, en segundo lugar, porque aquello no era lo ideal para los niños. Según habia leído, si los niños perdían, se podría trabajar la empatía, la frustración, y el resto de las emociones correspondientes para que no lo hiciera a lo mejor cuando

estaba en la calle, jugando con sus amigos, o en alguna otra situación, pero nunca espero que esa decisión llevara a su hijo a eso, a que no le gustara jugar con él, y a decir aquellas tan cosas tan horribles que habia intentando transmitirle para poder conectar con él. No estaba enfadado, pero si estaba disgustado, estaba comenzando a pensar que habia sido un mal padre.

Escucho un murmullo venir de su lado, era David, le habia hecho una pregunta:

- Perdona, hijo, ¿Qué has dicho? Quiso saber Juan a volver en sí.
- Te he preguntado si quieres decirme algo al respecto de todo lo que te dicho.

Juan lo pensó durante un rato. Antes quería reprocharle parte de lo que habia dicho, pero después de pensarlo mejor, hizo un gesto de negación.

- No. Añadió mientras seguía negando con la cabeza.
- ¿Y estas enfadado? Le pregunto David, dudoso, esperaba que no lo estuviera.
- No. - Respondió. - No estoy enfadado, pero si estoy disgustado, podías, no se... Podías habérmelo dicho antes.
- Lo sé, lo siento, si lo hubiera hecho, no estaríamos aquí.
- Cierto, pero no pienses en eso ahora.

Y aquel fue el final de la conversación. Los dos permanecieron sentados en el sofá, mientras ahora los dos seguían contemplando la habitación. Ambos un poco más relajados, Juan, debido a que por fin habia conseguido contarle a alguien todo lo que habia pasado con su exmujer, y porque ya no se sentía tan culpable como antes, seguía sintiéndolo, pero a diferencia de antes, ahora notaba como si estuviera compartiendo aquella carga con su hijo. Y David, porque por fin habia conseguido quitarse aquel peso de encima, por fin habia logrado decirle a su padre que no le gustaba jugar con él, y por lo que parecía, no se lo habia tomado tan mal. Estaba disgustado, pero mejor eso que enfadado, sabía que acabaría por animarse, aunque no sabría cuánto tiempo tardaría en hacerlo.

David comenzó a bostezar.

- ¿Tienes sueño? Le pregunto Juan al ver como bostezaba, le recordó a la viva imagen de un hipopótamo.
- Un poco. Respondió.
- Duerme un poco si quieres.

David le miro extrañado, se habia sincerado con él, por fin habia conseguido contarle eso, pero eso no significa que confiara en él. No al menos, al cien por cien. Ya se le había pasado antes la idea de dormir un poco, pero... ¿Y si su padre aprovechara para matarle? No podía jugársela.

- No te preocupes, papa, puedo aguantar.
- Se lo que estás pensando. - Comento Juan. - Crees que voy a matarte mientras duermes, ¿Verdad?

David permaneció en silencio, mirándole fijamente, no sabía que decir.

- No te preocupes por eso, no te mataré, eso se acabó. - Y entonces, antes de darle la oportunidad de hablar a David, desplazo la mano en la que tenía los dardos hacia él, y añadí. - Escóndelos si quieres quedarte más tranquilo, no pienso jugar mientras duermes, te lo prometo.

David los miro durante un rato, pero al final, declino la oferta. Habían pasado muchas cosas juntos, se habían hecho de todo el uno al otro, su padre le habia hecho mucho daño, al igual que él se lo habia hecho el. Se habían dañado los órganos, se habían arrancado los dientes, y muchas otras cosas, pero a pesar de todo. Algo le decía que podía confiar en él. Algo le decía que su padre no mentía. Podía dormir con tranquilidad.

- No hace falta, confió en ti.

Al decir, eso, Juan se levantó del sofá, y dejo que David se echara. Como no habia bancos ni sillones en aquella habitación, Juan bajo al salón para coger uno, con la idea de permanecer en aquella habitación hasta que su hijo despertara, y decidieran que hacer después.

David ya estaba dormido cuando llego con la silla a la habitación.

3

<< Turno del "Jugador 2" >>

Aquellas palabras fueron repetidas varias veces por la diana, mientras Juan seguía sentado en la silla, viendo como dormía su hijo.

No sabía cuanto tiempo habia pasado desde que se habia dormido, diez, quince minutos tal vez, no lo tenía muy claro, pero durante ese tiempo, no sabía lo que hacer. Pensó en encender el televisor que tenía en la habitación, su idea era ver las noticias con el volumen bajo para no despertar a su hijo, ¿Pero para que molestarte? Allí no habia nada, ¿Funcionaria la tele en un lugar en el que no hay antenas ni señal de internet? *Porque no.* - Se dijo. - *La casa tiene luz y electricidad, porque no iba a funcionar la tele.*

Juan la encendió, no daba señal.

La tele no funcionaba.

- Mierda. Susurro mientras volvía a apagarla.

En aquel momento, se preguntó el motivo por el que la casa tenía electricidad, no había pensado en ello desde que estaban allí, en el vacío, pero ahora que lo hacía, se había dado cuenta que no tenía el más mínimo sentido. Allí no había ningún tipo de compañía, ni de luz, ni de agua, ni había contadores, ¿Cómo era posible que hubiera electricidad? Fue algo a lo que no consiguió darle respuesta. Lo que dedujo al final, y lo hizo más bien para no seguir pensando en el tema, fue que era cosa de la diana, como todo lo que estaba pensando desde que comenzaron a jugar.

<< Turno del "Jugador 2" >>

Repitió de nuevo la diana, Juan estaba harto de oír aquellas palabras.

- ¡Ah! – Exclamo con voz baja, mientras se levantaba de la silla. - Cállate ya.

Al levantarse, camino hacia la ventana, y se asomó, ¿Por qué se había asomado? No tenía ni idea, sabía que allí no había nada, tan solo oscuridad, pero quería asomarse de todos modos, quizás porque se sentía un poco agobiado, o porque quería pensar en algo. Muchas veces, cuando estaba solo y quería pensar, se asomaba por aquella ventana, no servía para nada, sencillamente se trataba de una manía que había cogido, una costumbre, una costumbre que no solía hacer siempre. Fuera por lo que fuera, mientras contemplaba aquel vacío, pensó en lo que le había dicho su hijo antes de que se durmiera. *"¡Siempre que ganabas, te reías de mí, y te pasabas horas creyéndote que eras el mejor en todo, cuando se trataba de un juego, de un estúpido juego!, Sabes, muchas veces soñaba con ganarte. Pensaba que, algún día conseguiría hacerlo, y cuando lo hiciera te alegrarías por mí porque por fin lo había conseguido, por fin te...Te sentirías orgulloso de mí. Soñaba con que, me darías la enhorabuena, y me dirías algo así como "Ves como al final el esfuerzo tiene su recompensa""*

Juan al recordar aquel momento lanzó una pequeña risita, y al hacerlo, recordó aquellos momentos en los que tal y como había dicho, siempre, siempre le había ganado. Recordó el rostro de su hijo al perder en todas en aquellas partidas, ese rostro serio, que de vez en cuando hacía muecas, pero que nunca lloraba, ni se cabreaba. Y mientras lo recordaba, otra cosa le vino a la mente, una de las muchas cosas que había dicho su hijo, solo que esta, había captado su atención más que las otras, *"Por fin te sentirías orgulloso de mí"*

- Orgullosa. Repitió Juan.

Orgullosa. Juan no entendía porque su hijo había relacionado aquel concepto con los juegos. *¿Es que acaso cree que no me siento orgullosa de él?* Se pregunto, extrañado, mientras intentaba comprender el motivo por el que su hijo había dicho aquellas palabras.

No lo consiguió.

Pero si tuvo clara una cosa, había descubierto que su hijo pensaba que no estaba orgullosa de él.

Juan cerró los ojos, con la idea de reflexionar, quería averiguar si había sido un buen padre o no. Desde sus ojos, creía que no. Había inculcado buenos valores a su hijo, bueno, ambos lo habían hecho, su madre y él, pero él lo había tratado con demasiada dureza en algunos asuntos, asuntos en los que no debería de haberlo hecho, *¿Cómo pude tratarle de ese modo en este tema tan ridículo?* - Se pregunto. - *Como podía pensar en mi felicidad antes que en la de él. Debí de haberme dejado ganar alguna vez. por culpa de mi egoísmo, a mi hijo no le gusta jugar con conmigo. Por culpa de mi egoísmo, he intentado matarle en este dichoso juego para poder ganar y salir de aquí, ¿Qué clase de padre hace eso?*

Y entonces, en aquel momento, se echó a llorar de nuevo. Menos mal que su hijo estaba dormido, si no, tal vez le hubiera comenzado a apodar "El llorica".

<< Turno del "Jugador 2" >>

Repitió la diana.

Juan al escuchar aquellas palabras, camino hacia la diana, y se puso frente a ella, aun con las lágrimas recorriéndole por sus mejillas. Su idea era intentar apagar la diana, y si no lo conseguiría, la quitaría de la pared y la escondería en algún lado, en algún sitio donde no pudiera oírla, no sabía si eso serviría para salir de allí, lo más seguro es que no, pero en aquel momento no escucharía ni vería a la diana. Necesitaba tiempo para él, y no quería que la voz de aquel jodido aparato le...

Y fue entonces, cuando se le paso una idea por la cabeza. Era una idea descabellada, desagradable, e incluso suicida, nunca mejor dicho, pero si se podía llevar a cabo, podría... Podría sacar a su hijo de allí, y podría poner fin a todo.

Automáticamente, se pasó uno de sus dardos a su mano izquierda, lo levanto, como si fuera a tirar, solo que, en vez de tirar, desplazo su mano hacia una de las zonas negras, y clavo el dardo. Al ver que no pasaba nada, hizo lo mismo con los otros dos, y cuando lo hizo, los retiro de la

diana.

<< Turno del "Jugador 1" >>

Exclamo la diana.

Juan al escuchar aquellas palabras lanzo una pequeña carcajada, no solo porque habia descubierto que podía hacer algo ilegal en aquel juego, sino porque también recordó lo que habia hecho su hijo jugada atrás para no morir. Si su hijo le habia robado un turno de su ronda, el podía robarle los tres. Podía hacerlo, podía sacar a su hijo de allí.

- Lo siento hijo. - Le dijo mientras estaba arrimado a él, y le acariciaba la cabeza, seguía dormido, y no pensaba despertarle, era mejor así, no sabía lo que haría si lo despertaba, y más al ver que lo tenía en mente, lo único que sabía era que tenía que ser rápido. Tarde o temprano se despertaría, y le vería... No, mejor no pensar en ello, si no, puede que se arrepintiera.
- Pero me temo que no podre cumplir mi promesa.

Y entonces, le dio un beso en la mejilla, y se preparó, para llevar a cabo su idea.

4

Conocía ese lugar, ya habia estado allí antes, no solo en la vida real, sino también en sus sueños.

David volvía a ser un niño, y volvía a estar en la entrada del ambulatorio, solo que ahora, nadie le acompañaba, solo aquel hombre, el hombre delgado de ojos amarillos que habia matado a su madre la última vez que habia soñado con él. El hombre le miraba fijamente, mientras sostenía una navaja negra, la misma con la que habia matado a su madre en aquel otro sueño años atrás. No entendía porque estaba volviendo a soñar con él, pero una cosa si estaba clara. Si su madre no estaba allí para protegerle, por no decir para morir, ¿Qué pasaría ahora?, ¿A por quien iría aquel hombre?

- ¡Son tontas! - Exclamaba aquel hombre mientras avanzaba poco a poco hacia él, mientras jugueteaba con la navaja. - ¡Las maquinas son tontas!, ¡Las maquinas son tontas!

Podría huir, defenderse, enfrentarse a él, pero en vez de eso, cerro los ojos, y espero a que aquel hombre acabara con su vida. Era un sueño, y los sueños no hacían daño a nadie. Cuando el hombre estuviera cerca de él, le clavaría la navaja en algún lugar, puede que incluso se cebara con el cómo habia hecho con su madre. Pero al notar la hoja en el interior de su cuerpo, en vez de morir, despertaría, y descubriría que no habia pasado nada. Descubriría que seguía echado en el sofá, en la habitación de la

casa de su padre, y vería que su padre estaba allí con él, esperando a que se despertara, puede que estuviera incluso a su lado, alarmado porque quizás estuviera dando signos de que estaba teniendo una pesadilla. Aquella idea le tranquilizaba.

Pero entonces, otra idea se le paso por la mente, estaba en el vacío. Llevaba allí desde hacía mucho tiempo, y cuando despertara, seguramente seguiría allí, ¿Y si los sueños allí no eran "Normales" ?, ¿Y si los sueños que tenías allí se hacían realidad, como en aquella película? Aquellas preguntas hicieron que David pasara a estar seguro a tranquilo a estar asustado y nervioso. Pensó que, tal vez, si aquel hombre de su sueño le apuñalaba, moriría de verdad.

Intento despertarse, intento abrir los ojos, cosa que consiguió, pero no los reales, esos que le llevarían a la habitación de su padre, sino los de su sueño, y al hacerlo, el corazón se le acelero hasta el punto en el que chocaba con su pecho. Ya no estaba en la entrada del ambulatorio, ahora estaba en el... ¿Vacío?

En la oscuridad.

En la nada.

Con ese hombre, con aquel hombre, solo que ahora tenía un aspecto distinto. Antes, aquel hombre tenía un chaleco de tirantas, y unos pantalones de chándal, pero ahora, la vestimenta de aquel hombre había cambiado por completo, aunque, no sabía si se trataba de una vestimenta, o de su propia piel. El hombre tenía varios colores esparcidos por el resto del cuerpo. Los que más destacaban, eran el rojo, el amarillo, y el verde, estaban organizados de manera que formaban un círculo, y su vez creaban varios segmentos por todo su cuerpo. A David le recordaba a una...

Diana.

Si, era una diana. Ahora que se fijaba mejor, se habia dado cuenta de que en el centro de su pecho estaba tanto la diana simple, como la doble, cada una marcada con su respectivo color, la simple con el color verde, y la doble con el rojo, pero no solo eso. Ahora que se habia fijado con más atención, no solo habia descubierto aquel detalle, sino que también habia descubierto que aquel hombre, tenía varios dibujos repartidos por todo su cuerpo, a pocos centímetros de los colores. Eran órganos, los órganos que se encontraban en la diana que habia estado utilizando con su padre antes de dormirse. *Que... Que significa esto.* - Se dijo mentalmente mientras veía como aquel hombre seguía avanzando hacia él. - *Significa que este hombre es... ¿La diana?*

- ¡Son tontas! – Exclamaba el hombre mientras seguía avanzado hacia él.
- ¡Las maquinas son tontas!
- ¿Qui...Quién eres? Le pregunto David con voz temblorosa, no se habia dado cuenta de que el hombre estaba ya encima de él.
- No saldrás de aquí. - Exclamo el hombre diana, mientras se preparaba para matarle. - Ninguno de los dos lo haréis, ¡Las maquinas son tontas!, ¡Es tu turno!, ¡Las maquinas son...

El hombre diana se habia abalanzado ya hacia David, y estaba a punto de alcanzarle, estaba a punto de matarle, pero antes de poder hacerlo. Juan apareció de la nada en medio de aquella oscuridad, lo agarro, y lo tiro al suelo, mientras le clavaba uno de sus dardos en el centro de su cuerpo, en la zona simple de la diana.

- ¡¿Papa?! Exclamo David mientras contemplaba la escena.

Pero su padre no le oyó, su padre no estaba allí, sino fuera, en la vida real, llevando a cabo su plan.

El hombre diana seguía en el suelo, gritando debido al daño que le habia hecho Juan con el dardo, el seguía encima suya, y estaba haciendo todo lo posible para que no se levantara. Los gritos de aquel ser podían haberle destrozado los tímpanos, pero no los oía, él no estaba allí, sino llevando a cabo su plan. El no sabía lo que estaba ocurriendo en la mente de su hijo, el solo... El solo se estaba limitando a sacarle de aquel lugar, de aquel vacío. El hombre diana grito, y grito, mientras de vez en cuando hablaba, y repetía una y otra vez las mismas palabras. Aquellas con las que David se habia familiarizado y por las que habia conseguido averiguar aquel pequeño truquito con el juego, ese truquito que habia conseguido salvarle la vida, al menos, por el momento.

- ¡Las maquinas son tontas! – Seguía exclamando aquel hombre, mientras hacia todo lo posible para librarse del peso de Juan. - ¡Las maquinas son tontas, las maquinas son...!"

Pero entonces, antes de poder terminar la frase, Juan le clavo su segundo dardo en la garganta, muy cerca de la nuez. El dardo se habia clavado en el segmento simple del cerebro.

Al clavarle el segundo dardo, el hombre diana empezó a gritar más y más, mientras comenzaba a manar sangre por su boca, de su garganta, y del centro de su pecho.

- ¡Trampa! – Exclamaba mientras escupía sangre. - ¡Trampa!, ¡Trampa!, ¡No es tu turno, no es tu turno!

David escucho aquellas palabras con atención. Durante aquel tiempo, se habia limitado a ver la escena porque no sabía muy bien lo que hacer. De

hecho, no comprendía ni siquiera muy bien lo que estaba pasando, pero sabía que aquellas palabras no las había dicho a la ligera, al igual que sabía que aquello no se trataba de un sueño ni de una pesadilla, sino de otra cosa. Se trataba de algo real, no sabía muy bien en qué sentido, pero sabía que el hombre diana existía, y que probablemente se tratase de la misma diana, pero de ser así, ¿Por qué estaba allí, en su mente?, ¿Por qué había aparecido en su sueño con aquel aspecto?, ¿Y porque decía que era trampa, porque decía que no era su...

Y entonces se fijó en lo que estaba haciendo su padre. Al principio, pensaba que había aparecido para matar aquel hombre, cosa que estaba consiguiendo, o al menos eso es lo que parecía desde lejos, pero ahora se había dado cuenta de que no era así. Su padre lo único que estaba haciendo era clavar sus propios dardos en la diana.

- ¡¿Qué quieres decir?! – Pregunto David a gritos, esperando una respuesta, mientras caminaba hacia ellos dos. - ¡¿Qué quieres decir con que no es su turno?!

Pero antes de obtener una respuesta, si es que la iba a tener, Juan le clavo el tercer dardo en el pecho, un poco más debajo de la garganta, entre los pectorales, el dardo había sido clavado en el segmento triple del cerebro, dejando sin vida al hombre diana.

David al ver como el hombre diana dejaba de moverse se detuvo, para ver qué pasaba.

- ¡Papa! – Gritaba mientras ahora veía como el cuerpo de aquel hombre comenzaba a desaparecer. - ¡Papa!

Poco a poco, el cuerpo del hombre diana, junto a los dardos de Juan, comenzó a evaporarse. Al principio, comenzó a derretirse como una gelatina que se encuentra en medio de un cazón ardiendo, pero luego, mientras se derretía, su cuerpo comenzó a convertirse en tierra, era una tierra oscura y fina. A David le pareció que se convertía en ceniza, pero no pudo confirmarlo, porque cuando quiso darse cuenta, aquella tierra comenzó a ascender en medio de aquella oscuridad, convirtiéndose en una especie de remolino, y se alejó de aquel lugar, dejando solo a David, y a su padre, que también estaba comenzando a desaparecer, solo que de manera diferente. El hombre diana, se había derretido y se había convertido en tierra, su padre estaba comenzando a hacerse transparente, como un fantasma.

- Papa. Le llamo David mientras se acercaba a él.

Pero no sirvió de nada, porque antes de poder acercarse lo suficiente para poder tocarlo, su padre desapareció por completo, dejándolo solo en aquel oscuro lugar. Pero entonces, una pequeña luz comenzó a aparecer en

aquella oscuridad, al principio, era pequeña, muy pequeña, más pequeña que una motita de polvo, pero poco a poco fue haciéndose más y más grande, hasta que finalmente, aquella luz fue comiéndose poco a poco a aquella oscuridad

David se vio obligado a cerrar los ojos debido a la luz resplandeciente, y cuando despertó, sus peores temores se habían hecho realidad.

5

Una vez lo preparo todo para cuando su hijo saliera de allí, volvió a ponerse frente a la diana.

<< Turno del "Jugador 1" >>

Repitió la diana una vez estaba ya frente a ella, a menos de un metro.

No quería pensárselo, si lo hacía, lo más seguro es que no lo hiciera, pero debía de hacerlo, que clase de padre seria si no lo hiciera. Al fin y al cabo, ¿No era esa la misión de padre? Apoyar y proteger a un hijo para que pueda tener una vida plena. Bueno, no sabía si proteger era la palabra más indicada, los proteges cuando son pequeños, pero llega un momento en que... No los puedes proteger. Llega un momento en el que un hijo, debe de aprender a protegerse solo, al igual que deben de aprender de los errores que cometen en la vida. Claro que, esto último no lo podemos aplicar a esta situación. David se habia metido en un lio, tal vez no fuera por su culpa, o quizás no toda, pero necesitaba ayuda para salir, y su padre se la daría, aunque le costara la vida.

En aquel momento, Juan recordó el momento exacto en el que "Descubrió" que algunos padres se dejaban ganar contra sus hijos, y cuando le recordó comenzó a reírse, no porque le hiciera gracia, sino por la situación en la que se encontraba. El no solo se dejaría ganar, sino que, además, daría la vida al hacerlo. *A ver qué clase de padre hace eso por su hijo.* Es cierto que antes, habia tenido ese pequeño enfrentamiento con su hijo, y que habia intentado matarle, algo que no podría perdonarse jamás, no solo porque ningún padre debería de intentar matar a un hijo, es más, ningún padre debería ver morir a su hijo, sino porque aquel plan, ese que estaba llevando a cabo ahora, debería de haberlo llevado a cabo desde el primer momento en el que comenzaron a jugar.

Juan dirigió la mirada hacia su hijo, seguía en el sofá, durmiendo como un tronco. De vez en cuando, daba bruscos movimientos, Juan suponía que estaba soñando, pero no sabía si se trataba de un sueño, o de una pesadilla. Aunque, la verdadera pesadilla, era la que ambos estaban viviendo en aquel momento. *Tranquilo David.* - Se dijo mentalmente. -

Esta pesadilla acabara pronto.

Y en aquel momento, comenzó a llorar, no solo porque sabía que era el fin de su vida, sino porque sabía que se perdería toda la vida de su hijo. Su idea era verlo crecer, ver como se sacaba la secundaria con una buena nota, después el bachillerato, y la universidad, o algún ciclo formativo, lo que él quisiera. Nunca habia hablado con el respecto a su futuro, lo intento una vez, pero le dijo que aún era demasiado pronto, desde entonces no volvió a insistir. Se imagino que se echaría una novia, dos, o quizás tres, hasta que llegara el momento de casarse con una, no era una idea que le agradara, pero ¿No es lo que acaban haciendo todos? Todo eso, y más cosas se le pasaron por la cabeza en aquel momento, cosas que podrían pasar, y que desgraciadamente, ya nunca vería.

Y entonces, pensó en su exmujer, y recordó todos los momentos que habia vivido con ella, todos esos momentos que le habia contando a su hijo tiempo atrás, y fue entonces, cuando comenzó a llorar. Soñaba con que algún día le perdonaría, soñaba con que algún día volvería a estar juntos, y obtendrían nuevos recuerdos juntos, junto a su hijo. Pero eso nunca pasaría, y si antes habia alguna posibilidad de que ocurriera, habia desaparecido por completo. Aunque, verdaderamente, lo que más le dolía, era que no podría pedirle perdón personalmente. Nunca lo había hecho porque se creía que le mandaría a la mierda, cosa que era bastante probable, pero ahora... Ahora se quedaría con la duda.

- Lo siento cariño. - Exclamo mientras seguía mirando a David. - Y también lo siento por ti David, siento haberte metido en este lio.

Y entonces, sin pensarlo, clavo el dardo que tenía preparado en su mano derecha en la diana, justamente, en el corazón. Su idea era dar en el centro, en la diana doble, para que el daño fuera mucho peor, pero en vez de eso, lo clavo por error en la diana simple. Al hacerlo, noto una fuerte presión en su corazón, seguida de un fuerte pinchazo en el brazo izquierdo. Cada segundo que pasaba le costaba más trabajo respirar, y habia comenzado a sudar como un cerdo. Necesitaba tenderse, su cuerpo no tenía fuerzas para sostenerse, pero necesitaba aguantar un poco más, al menos, hasta que clavara los dos dardos siguientes. Rápidamente, se pasó el segundo dardo a su mano derecha, le supuso un gran esfuerzo, ni siquiera le sobraban esfuerzos para mover sus brazos, y muchos menos el izquierdo. Su idea era clavar los dos dardos restantes en el corazón, pero se acordó de que no hacía falta que lo hiciera, con que clavara uno en el corazón, en la diana doble, sería suficiente, le resulto increíble cómo se habia acordado de aquel dato en medio de un infarto. Cuando ya tenía el dardo en su mano derecha, desplazo el brazo con rapidez hacia la diana, solo que hubo un problema, su vista, habia comenzado a nublarse, no sabía muy bien porque, pensó que probablemente era debido al infarto, aunque tampoco lo podía confirmar con certeza, nunca habia tenido ninguno, pero por culpa de aquello, clavo el dardo un poco más arriba, en

el segmento simple del cerebro, lo que hizo que le comenzara a doler la cabeza. Ya le estaba doliendo antes debido a la falta de aire, pero ahora, ahora parecía que el dolor se había triplicado, era como si le hubieran pegado con un cazo en la cabeza. Además, juraría que también le estaba entrando fiebre, pero la verdad, es que no estaba seguro, no tenía la cabeza para pensar, y mucho menos en aquel momento. Al ver que había fallado, se pasó como pudo el tercer dardo a su mano derecha, mientras se sujetaba a la pared para no caer al suelo, no podía más, pero debía de seguir, estaba ya a las puertas del final, debía de clavar aquel dichoso dardo. Debía de hacerlo si quería salvar a su hijo del juego. Aunque ahora, por lo menos, lo tenía más fácil, ahora tenía tres opciones. Ahora, podría coger el dardo, y clavarlo en el segmento doble o en el triple del cerebro, o incluso podría clavarlo en el centro, en el corazón, en la diana doble, tal y como tenía planeado, pero ahora no tenía tiempo para pensar donde clavar el dichoso dardo. Debía de clavarlo cuanto antes, ya apenas le quedaba tiempo, si no lo hacía ahora, se derrumbaría, se caería al suelo, y no podría sacar de allí a su hijo. Así que rápidamente, alzo la mano derecha, y clavo el dardo en algún lugar de la diana. Lo hizo tan deprisa que apenas se dio cuenta de que podría haberse equivocado debido a que no veía una mierda.

Pero entonces, cuando clavo el dardo, los dolores desaparecieron, al igual que la niebla de sus ojos, y lo que vio, hizo que apareciera una sonrisa en su rostro.

El dardo había sido clavado en el segmento triple del cerebro.

<< Has ganado "Jugador 1" Enhorabuena >>

Exclamo la diana, y aquellos fueron las últimas palabras que escucho Juan, antes de que diera su último suspiro, y cayera muerto al suelo.

6

David despertó, alterado, confundido y desorientado, por un momento no sabía donde se encontraba, pero si era consciente de lo que había soñado. Muchos al despertarse, habrían reflexionado sobre lo que acababan de soñar, y a los cinco segundos lo olvidarían, como si fuera algo que no importara, cosa que verdaderamente era si, ¿A quién le importa los sueños? A nadie. Nos preguntamos muchas veces porque los tenemos, y muchas veces pensamos en ellos cuando soñamos con algo que nos ha impactado, o llamado la atención, pero... ¿Pasamos de esa línea? La respuesta es no, los recordamos durante un tiempo, y luego los olvidamos, de hecho, hay personas que los olvidan en el mismo momento de haberlo soñado, ya se trate de un sueño o de una pesadilla, pero David no era ninguna de aquellas personas. David no olvido su sueño cuando se despertó, ni lo olvidaría jamás, porque sabía de sobra que aquel sueño había sido real. Sabía que había estado a punto de morir en él, aunque no

tuviera pruebas de ello. Sabía que aquel hombre, el hombre diana, había sido real, y sabía que su padre le había...

- ¡Papa! – Exclamo al abrir los ojos, y al recordar que se encontraba de nuevo en la habitación de la casa de su padre. - ¡Papa!

No respondía, y sabía muy bien por qué.

Giro la cabeza hacia la derecha, recordaba que antes se había dormido de forma que podía ver toda la habitación, pero cuando se había despertado, estaba mirando hacia el techo, como cuando se había desmayado, pensó que lo más probable es que se hubiera movido cuando estaba soñando, y al moverse, le vio.

- ¡Papa! – Exclamo al ver el cuerpo de su padre tirado en el suelo. - ¡Papa!

Rápidamente, se levantó del sofá, y corrió hacia el cuerpo que yacía en el suelo, sin echar cuenta al objeto que había junto a su cuerpo.

- ¡Papa! – Exclamo mientras lo levantaba con ambas manos. - Papa, ¿Qué te ocurre?, por favor, ¡Háblame!

Pero su padre no hablaba, ni lo haría nunca más, estaba muerto, y ya nada se podía hacer por él.

David contemplo su cuerpo, sin saber lo que hacer, si hubiera sido otra persona, lo más probable es que hubiera utilizado sus tácticas de primeros auxilios, esas que había aprendido en un pequeño cursillo de la *Cruz roja*, pero al tratarse de su padre... Algo, algo le bloqueaba, algo impedía que se moviera, era como si un muro hubiera aparecido de repente en su mente, impidiéndole que pudiera dar una orden a su cuerpo. Claro que, no había aparecido ningún muro sobre su mente, sencillamente, se había bloqueado debido a la situación. Hizo todo lo posible para volver en sí, para poder ayudar a su padre, mientras intentaba darle sentido a lo que le podía haber pasado a su padre, pero antes de poder hacerlo, escucho una voz venir desde su espalda.

<< Has ganado "Jugador 1" Enhorabuena >>

Al oír aquellas palabras, David consiguió girar la cabeza hacia atrás, y vio la diana, y los tres dardos de su padre, y fue entonces cuando se dio cuenta de lo que había pasado, y termino de comprender su sueño.

Su padre había incumplido su promesa.

- ¡¿Por qué?! – Exclamo mientras volvía la cabeza hacia su padre, y

comenzaba a llorar.- ¡¿Por qué has roto tu promesa?!

Claro que, no hacía falta que nadie respondiera a aquella pregunta, sabía perfectamente porque lo había hecho.

Lo había hecho para sacarle de aquel lugar, de aquel oscuro lugar, y para salvarle la vida.

No sabía muy bien como lo había hecho, recordaba que, antes de dormirse, era el turno de su padre, el turno del "Jugador 2". Al principio no lo comprendía, pero cuando le dio varias vueltas, lo comprendió. Su padre, había errado los tres tiros en su turno para no hacerle daño, era lo más lógico, dado que, si hubiera dado en algún lugar de la diana, le hubiera despertado debido al dolor, y cuando retiró sus dardos, y la diana anunció que era el turno del "Jugador 1" aprovechó para volver a clavar sus dardos en la diana, táctica que habían descubierto gracias a David, y a ese sueño que había tenido tiempo atrás. A David le pareció algo muy curioso aquel dato, y le recordó al famosísimo efecto mariposa. Si no hubiera tenido aquel sueño, nada hubiera pasado como hubiera pasado. Si no hubiera tenido aquel sueño, nunca se habrían dado cuenta de aquella táctica, sucia, pero táctica, al fin y al cabo. Si no hubiera tenido aquel sueño, o mejor aún, si no lo hubiera recordado, su padre ahora no estaría, no estaría...

David contempló la diana durante un largo rato, mientras seguía llorando, no podía dejar de mirar hacia los dardos de su padre. Estaban clavados en el mismo lugar, uno en la diana simple, otro, en uno de los segmentos simples del cerebro, y el otro, en el segmento triple del mismo, igual que en su sueño. No podía ser casualidad, sabía que había ocurrido de verdad, lo que no podía comprender, era por qué había soñado eso, porque la diana se había metido en su sueño con aquel cuerpo medio humano y medio diana, ¿Es que acaso formaba parte del poder de la diana?, Si te dormías en aquel lugar, en el vacío, ¿Podías ver el "Alma" de la diana?

David nunca pudo darles respuesta a aquellas preguntas.

- ¡¿Por qué lo has hecho?! – Repitió mientras ahora volvía a dirigir la mirada hacia el cuerpo de su padre, mientras seguía llorando. - ¡¿Por qué lo has hecho?!

Y fue entonces, cuando se percató, de lo que había en el suelo, junto al cuerpo de su padre, un móvil.

Su móvil.

Rápidamente, lo cogió, y descubrió que estaba marcado el 061. Por lo que parecía, su padre había puesto allí el teléfono con el número marcado

antes de... Antes de quitarse la vida.

David al verlo lloro con más fuerzas. Aquel número era el de urgencias sanitarias, pero ¿Acaso podrían hacer algo por él a aquellas alturas? No, claro que no, lo único que harían sería envolverlo en una manta, mientras a él le daban una pequeña palmadita en la espalda mientras le decían “*Lo siento chico, papi ha muerto, mala suerte*” Además, ¿Qué explicación le daría?, ¿Qué estaba jugando con él a un juego mortal y que se sacrificó para salvarle? Quien coño se creería aquella historia. David estaba comenzando a agobiarse. *Relájate.* - Le decía su mente. - *Llámalos, y diles lo que le ha pasado. Dile que a tu padre le ha dado un infarto y que no respira. Diles que estas solo, dales tu dirección y vendrán corriendo.*

David le dio a marcar el número antes de que su mente terminara de hablar, y antes de llevarse el móvil a su oreja, se fijó en el reloj del propio móvil, marcaba las siete de la tarde. Por lo visto, había estado jugando más de tres horas, no recordaba el momento exacto en el que habían comenzado a jugar, pero si creía que habían comenzado a mediodía, dado a que les había entrado hambre en mitad del juego.

- Urgencias, dígame. Exclamo una mujer al otro lado de la línea.

David escucho la voz, pero no pudo articular ninguna palabra, se había vuelto a bloquear.

- Diga, ¿Hay alguien ahí? Le pregunto la mujer.

Tranquilo David. - Le dijo su mente, mientras contemplaba el cuerpo de su padre. - *Venga tú puedes.*

David suspiro hondo, haciendo todo lo posible por calmarse, y entonces consiguió hablar, y al hacerlo, se dio cuenta de algo.

Tras la ventana, el barrio de su padre había vuelto a aparecer, ya no había oscuridad, ya no había vacío, sino luz, una dulce y calurosa luz que entraba por la ventana.

David al notar los rayos del sol chocando con su piel lanzó una pequeña sonrisa.

Capítulo 5

Capítulo 5: Epilogo

1

No fue tan difícil como se había imaginado, ni estaba tan solo como creía. Cuando termino de informar a la mujer que estaba al otro lado de la línea, colgó el teléfono. En un principio, la mujer había intentado hacer todo lo posible para que David siguiera en línea, y más después de que le dijera que su padre había sufrido un infarto y que no parecía dar señales de vida. Su idea era tranquilizarlo un poco, y explicarle que debería de hacer en aquel caso, pero antes de poder hacerlo, David colgó el teléfono y no volvió a saber más de él, ni el de ella, ni siquiera cuando llevaron el cuerpo al hospital, David acabo convirtiéndose en una llamada más de muchas que recibiría aquel día.

Cuando colgó el teléfono, David estaba pensando en llamar a su madre, pero antes de poder hacerlo, escucho una voz venir desde la puerta de su casa. Era la vecina de enfrente, aquella que había visto manteniendo relaciones sexuales tiempo atrás y con la que había "Fantaseado" en mitad del juego, solo que, ahora no tenía tiempo de pensar en aquellas cosas, ahora tan solo era una vecina que le había escuchado gritar a través de la ventana, y quería asegurarse de que todo iba bien. David fue a abrirle la puerta y le conto lo ocurrido.

No volvió a subir a la habitación aquel día, y aquella joven se encargó de todo, llamo a su madre, no sin antes preguntarle a David su número de teléfono, y cuando lo hizo, se quedó con él, hasta que llego su madre, y la ambulancia tiempo después, y dieron las malas noticias.

El cuerpo se lo llevaron envuelto en una manta blanca.

Tal y como se imaginaba David, su padre había muerto debido de un derrame cerebral, el medico que los atendió, le explico, o más bien a su madre, que, aunque hubieran llegado a tiempo, lo más seguro es que no hubieran podido hacer nada por él, debido a que también había signos de que habría sufrido un paro cardíaco. Aquellos datos no fueron nuevos para David, había estado dormido, pero sabía perfectamente que su padre había sufrido un derrame cerebral en toda regla, y un "Pequeño" infarto, y le gustaba pensar que era pequeño debido a que tan solo había clavado un dardo en el corazón de la diana. En aquel momento, mientras estaba sentado en uno de los muchos asientos del hospital, se dio cuenta de que, los dientes que había perdido durante la partida, se habían vuelto a regenerar, al igual que el resto de sus problemas, más tarde, descubriría también que las pequeñas heridas que había sufrido su padre, también se habían regenerado a pesar de que estuviera muerto, y días después de su

muerte, y de su incineración, descubriría que su pequeño mástil volvía a hacerse sin problemas.

- David.- Exclamo una pequeña voz femenina que estaba sonado frente a él, era su madre, le había dicho que se quedara allí sentado, mientras ella iba a por la ropa de su padre, los médicos la habían hecho añicos, y ahora la traía metida en lo que parecía una pequeña bolsa de plástico que le habían dado los mismos médicos, junto a una pequeña cajita.- He ido a recoger la ropa de tu padre, y también me han dado esto. Los médicos me han dicho que estaban en uno de los bolsillos de los pantalones de tu padre, ¿Sabrías decirme porque lo tenía ahí?

David cogió la cajita, y la observo con atención, conocía aquella cajita, era la que había utilizado su padre para guardar los dientes que se le caían cuando conseguía hacerle un daño permanente en los dientes. La abrió, pensando que a lo mejor encontraría allí sus dientes, los suyos, lo que había guardado en el bolsillo de su pantalón habían desaparecido para restaurarse y volver a su boca, pero en vez de encontrarse con los dos o tres dientes que su padre había guardado, se encontró con otra cosa.

Eran dientes, siete dientes de leche, sus dientes de leche.

David al verlos se echó a llorar.

- No. - Respondió mientras seguía contemplando sus dientes de leche. - No sé porque lo tenía.

Su madre al ver como lloraba se sentó junto a él, y le abrazo, hasta que se le paso.

La idea era llevar el cuerpo al tanatorio, que estuviera allí dos días, le hicieran el responso, y luego incinerarlo, pero David convenció a su madre para que llevaran el cuerpo a casa de su padre, no quería estar allí, en el tanatorio, para David, aquel lugar era demasiado frio para despedirse de su padre. Además, pensaba que su padre estaría más a gusto en un lugar en el que conocía con seguridad. David le dijo que quería hacerlo por su padre, y por muchas otras cosas, no mentía, pero para que se iba a engañar, lo hacía más por él, que por el difunto de su padre. Su padre ya estaba muerto, a él no le importaba ya si le despedían en el tanatorio o en su propia casa. No le costó trabajo convencer a su madre, pensaba que discutiría con ella sobre el tema, pero cedió después de decirle lo que quería, pero sabía de sobra que no le agradaba la idea, al igual que sabía que no quería estar en aquella casa. Y ahora allí estaba, sentado en el escalón que llevaba hacia la habitación en la que había muerto su padre. Había pasado ya un día desde que su padre había muerto y desde que había instalado todo lo necesario para despedir a su padre, el salón de aquella casa ahora parecía una de las habitaciones de la *Familia Addams*. El salón estaba repleto de flores, en la gran mayoría de ellas, sobre todo

las que estaban más pegadas al ataúd, había bandas en las que se podían leer las frases típicas como "*Te echaremos de menos*" o "*Tu hijo nunca te olvidará*". Aquella le hacía mucha gracia, porque no solo se olvidaría de su fallecimiento, sino tampoco de aquel día. Había también cuatro velas metidas en una especie de candelabro de metal que rodeaban la tumba de su padre, y en el centro de ellas, la tumba de su padre.

Había mucha gente aquel día, muchísima gente, David no conocía a la gran mayoría de personas que estaban allí, conocía una o dos caras, como por ejemplo la vecina de enfrente, que había ido allí para despedirse por última vez de su padre, y de él.

- Tu padre era muy persona. – Le dijo mientras le agarraba una de sus manos. - Siento mucho que le haya pasado eso, no se lo merecía.

Y en aquel momento, se echó a llorar, y se marchó de la casa. David pensó que era muy probable que hubieran sido algo más que vecinos y amigos antes de que muriera, pero aquella idea desapareció de su cabeza, si hubiera sido así, lo más probable es que su madre no le hubiera dirigido la palabra el día de su funeral, cosa que no había ocurrido, había estado hablando con ella perfectamente. David lo había visto.

Tiempo después vinieron otras muchas personas que David no conocía para que le dieran el pésame, algunas, eran familiares de su padre, familiares a los que nunca había conocido, y a los que le importaba una mierda su existencia, otros, eran amigos que había conocido en su juventud, como aquel hombre con el que jugó al *monopoly* años atrás, otros eran compañeros de trabajo, y otros muchos eran vecinos del barrio, como aquella chica que se había marchado corriendo. Todos ellos, habían hablado con él, y le habían dado el pésame, todos a excepción de una mujer, una anciana que había estado mirándole desde que entro en la casa. La anciana tal vez pensara que no, o al menos al principio, pero aquella mujer había captado su atención en el momento en el que entro por la puerta, para ir a un funeral, iba demasiado alegre. Vestía un lindo vestido azul con pequeñas flores estampadas, y junto al vestido, llevaba puesta una toca de lana marrón, cosa que David no comprendía, era febrero, veintinueve de febrero para ser exactos, y reconocía que sobre esas fechas solía hacer frío, pero aquel día, al igual que el anterior, hacía un solazo que podría derretir a una persona, *¿Para qué llevar una toca entonces?* Pensó David. La anciana tenía también muchas arrugas repartidas por la cara, y tenía el pelo blanco, ambas cosas le recordaron mucho a la abuelita *Coco* de *Disney*.

David al ver que no le quitaba ojo, fijo su atención en ella, con disimulo, pero al rato, aquella anciana la saludo con la mano mientras sonreía y mostraba su boca vacía, sin dientes, aquella mujer necesitaba una buena

dentadura.

David al verla sintió asco, y extrañeza, *¿Qué hace esa mujer aquí? Se pregunto. Pensó que podría ser otra de las muchas personas que eran "Familiares" de su padre, pero aquella idea desapareció de su cabeza al instante, si fuera así, no estaría así, tan contenta, ¿O sí?*

Iba a decirle algo, pero entonces, antes de poder hacerlo, su madre se puso frente a él.

- ¿Te ocurre algo cielo? Le pregunto.

David giro la cabeza rápidamente para poder ver de nuevo a la anciana, pero ya era tarde, ya se había ido.

- No. - Respondió. - Tranquila, estoy bien.

Su madre le miro, no estaba muy convencida de que le hubiera dicho la verdad, así que sentó a su lado, y se quedó hablando con él.

- Piensas en tu padre, ¿Verdad?

Ahora mismo, no. - Pensó en decirle. - Ahora mismo estoy pensando en una vieja muy rara que acabo de ver y a la que le he perdido la pista por tu culpa. Pero se contuvo, no debía de decirle eso. En primer lugar, porque era su madre, y en segundo, porque estaban en medio de un funeral. Pero ahora que su madre le había preguntado, había recordado algo, algo que... Su padre no había conseguido averiguar en vida.

- No exactamente. Respondió muy seriamente, mientras miraba al ataúd.

- ¿Y en que pensabas entonces?

David permaneció en silencio durante un rato, pensando si era correcto preguntárselo o no, y más aquellas alturas. *Bah. - Se dijo. - Si no lo es, a la mierda. Va por ti, papa.*

- Mama, ¿Puedo hacerte una pregunta?

Su madre asintió.

- ¿Seguías queriendo a papa?

Su madre abrió los ojos de par en par al escuchar aquella pregunta.

- ¡Pues claro que...

- Papa no me conto lo que ocurrió. - Interrumpió David. - Si te soy sincero, nunca me intereso lo que hubiera ocurrido entre vosotros, pero antes de morir le pedí que me lo contara.

- ¿Por qué razón...
- Las razones no importan. - Le volvió a interrumpir. - Lo que importa es que se lo que ocurrió, se lo que hizo, y entiendo porque no lo querías ver, pero aun así debo de preguntártelo. Por él, mama. - Se detuvo durante un momento, para esperar a que su madre asimilara aquellas palabras, y cuando lo hizo, y tuvo más claro lo que le iba a preguntar, añadió. - Si papa no hubiera muerto, ¿Hubieras vuelto con él, alguna vez?

Su madre, permaneció en silencio, pensando la pregunta, mientras comenzaba a llorar. No solo porque habia recordado los momentos buenos que habia vivido con él, sino también los malos, esos de los que estaba completamente avergonzada y que hacía sentirle como una paleta.

- No. Respondió seriamente, después de haberse pensando bien la pregunta.

David asintió al escucharla.

Lo siento papa. - Se dijo mentalmente cuando escucho aquella respuesta.
- *Pero no hubieras tenido suerte.*

Automáticamente, David se levantó del escalón en el que estaba sentando, y comenzó a dirigirse hacia la habitación en la que habia muerto su padre.

- Mama, no sé si servirá de algo. - Añadió antes de subir, mientras le daba la espalda a su madre. - Pero estaba arrepentido, me lo dijo antes de morir, quería decirte, que lo sentía.

En aquel momento, su madre comenzó a llorar con el corazón encogido.

David subió dos escalones, ignorando por completo a su madre, hasta que ella le llamo.

- ¡David!

Al escuchar su voz, se detuvo.

- ¡No volvería con el! - Exclamo. - ¡Pero le quería, le seguía queriendo!

Y al escuchar aquellas palabras, David continuo su camino, mientras se alegraba por su padre. *Espero que lo hayas oído papa.* - Se dijo mentalmente. - *Espero que lo hayas oído.*

La habitación seguía igual a cuando acabo la partida, no habia subido allí desde que, bajo el día anterior para abrirle la puerta a la vecina, y no

había subido nadie desde entonces, los últimos que habían estado en aquella habitación habían sido los médicos que habían venido en la ambulancia, y lo único que se habían llevado de aquella habitación, había sido el frío cuerpo de su padre. Creyó que le costaría más entrar en aquella habitación después de aquello, pero la verdad es que no le costó tanto trabajo, pero es verdad que... Ahora veía aquella habitación con otros ojos, era comprensible, pero no sabía muy bien cómo explicar aquella sensación. Era como si, aquella habitación tuviera ahora algo raro, algo oscuro, y no hablaba solo de la diana, sino de otra cosa, algo que hacía que el ambiente estuviera más pesado, mas... Cargado, como si hubiera allí una especie de fantasma.

¡Tonterías! – Exclamo David en su mente cuando se le pasó aquella idea por su cabeza.- *¡Tan solo son imaginaciones tuyas!*

Al entrar, David echó un vistazo por la habitación, pensando en que sería ahora de todos aquellos juegos y objetos que había repartidos por las estanterías. *Seguramente, me los quedare yo.* - Se dijo mentalmente, mientras echaba un rápido vistazo a los *Funko pop*, a los juegos de mesa que había en las estanterías, y al resto de cosas que había en aquella habitación. - *Seguramente, me acabe quedando con todos esos muñecos, y los juegos, y puede que incluso me quede también con la play. No sé si mamá querrá que me quede con todas sus cosas, y mucho menos con la play dado a que ya tengo una, pero si me la quedo, lo más seguro es que venda la mía, y me quede con la de él. Aunque sea más antigua y este más usada, no me parece bien venderla, aunque el ya no esté aquí.*

Y mientras pensaba eso, y se preguntaba que sería ahora de la casa y del resto de cosas que había en ella, dirigió su mirada hacia el sofá y vio sus tres dardos esparcidos a lo largo del sofá.

Al verlos, los cogió, y los examinó con determinación, se había olvidado de ellos completamente. Recordaba que, los había mantenido en la mano desde la última vez que tiro, y que cuando estaba hablando con su padre, jugueteaba con ellos de vez en cuando. No recordaba haberlos guardado antes de dormirse, lo más probable, es que se durmiera con ellos en la mano, hasta que los soltó sin darse cuenta y se quedaron allí, en el mismo sofá. Al verlos supuso que al fin y al cabo había tenido suerte, con lo alterado que estaba cuando se despertó, y por lo rápido que se levantó al ver el cuerpo de su padre en el suelo, podría haberlo tirado al suelo y haberlos metido bajo el sofá.

Cuando los terminó de contemplar, se dirigió hacia la diana, y se puso frente a ella.

La mayoría de las personas, si hubieran estado en su lugar, lo más seguro es que al acabar, sintieran miedo o respeto hacia ella, pero David no sentía ninguna de las dos cosas, lo único que sentía hacia aquella diana.

Hacia aquella horrible máquina, era odio porque le había arrebatado a su padre.

Odio, y nada más.

Los dardos de su padre seguían allí, cada uno clavado en el lugar en el que las había clavado su padre. Uno en el centro, en el corazón, en la diana simple, otro en el segmento simple del cerebro, y el último en el segmento triple del mismo. Antes, el día anterior, la diana no paraba de exclamar que el jugador 1 había ganado, pero ahora, aquella diana no decía nada, dejó de hacerlo en el momento en el que los médicos entraron en la habitación. No decía nada porque estaba apagada, y no se encendiera de nuevo hasta dentro de mucho, mucho tiempo, hasta que volviera a encontrar a otros jugadores con los que jugar.

No decía nada, porque el juego ya había terminado.

David contempló la diana durante unos segundos, sin decir nada, luego, dirigió la mirada hacia sus dardos. No sabía que hacer con ellos, así que decidió clavarlos en la diana, en la zona negra, al principio su idea era clavarlos en distintos puntos de la diana, como por ejemplo en el segmento simple de la vejiga, los riñones, etc. Pero decidió no hacerlo por temor a que la diana siguiera funcionando, y le hiciera daño en sus órganos.

Al clavar sus dardos, la diana no reaccionó ni le dijo nada, seguía apagada, el juego había terminado.

Al hacerlo, David lanzó un largo suspiro, y cuando se giró, con la idea de volver abajo, vio algo encima de una de las estanterías de su padre, junto a uno de sus juegos de mesa. Un sobre, o más bien una carta que estaba siendo sostenida por las cajas de los juegos para que no se cayera. En la carta ponía "DAVID" en mayúsculas, y parecía estar marcado con un rotulador de color azul.

Al verlo, David cogió la carta, extrañado, la abrió y sacó de ella un pequeño folio doblado en el que habían escrito con un bolígrafo de color negro. Conocía perfectamente aquella letra, era la letra de su padre.

David leyó la carta con atención:

"David, si estas leyendo esto, significara que estoy muerto, y que mi plan para sacarte de este lugar ha funcionado. Supongo que, estarás leyendo esta carta en tu habitación, o en el tanatorio, no lo sé, la verdad, pero la leas donde la leas, te pido por favor que la leas con atención dado a que son mis últimas palabras. Me hubiera gustado decirte esto en persona, me hubiera gustado despertarte y decirte esto antes de... Bueno, antes de sacrificarme por ti, pero temía que me detuvieras, así que, no quise

arriesgarme, lo siento.

David, antes de dormirte, te conté la razón por la que nos divorciamos tu madre y yo, te conté lo que me gustaría que pasara, y lo que deseaba decirle, y después me contaste eso que llevabas ocultándome durante tanto tiempo, que no te gustaba jugar conmigo porque te ganaba siempre y... ¿Qué era lo otro? ¡Ah, sí! Que te molestaba cuando lo celebrara porque estaba todo el día fardando de ello y porque de vez en cuando me metía contigo porque habías perdido, Era eso, ¿no? Joder, los hemos hablado hace un rato, y ya lo he medio olvidado, no me lo tengas en cuenta, creo que son los nervios por lo que voy a ser dentro de un rato. Compréndeme, estoy muerto de miedo, y estoy haciendo todo lo posible por no pensar en ello. No sé lo que sentiré al morir, al igual que tampoco sé lo que me encontrare allí arriba, o abajo, no sé, a donde quiera ir mi alma. Bueno, el caso es que, quería pedirte perdón. No voy a engañarte David, la razón por la que no te gusta jugar conmigo la vea un poco exagerada, por no decir que me parece un poco infantil, pero no te negare que tienes también parte de razón. Siempre se me ha ido mucho la olla a la hora de ganar, y entiendo perfectamente que te sentara mal mi comportamiento, al igual que cuando me metía contigo cuando perdías, no iba a malas, te lo prometo, pero si hubiera sabido que te lo tomarías así, no lo hubiera hecho. Es más, puede que incluso me hubiera dejado ganar más de una vez. Personalmente, pienso que no es muy recomendable hacer eso, pero bueno, no discutiré sobre el tema, y menos ahora, que estoy muerto, ¡Ja, ja! Perdona, un chiste malo. Bueno, lo que quería decirte de verdad en esta carta es lo siguiente, es algo que nunca le he contado a nadie, y me gustaría que siguiera siendo así, la verdad. Veras, antes, hablamos de muchas cosas, pero no hemos hablado de la razón por la que me gustaba jugar tanto contigo a los juegos de mesa, bueno y a los juegos en general. No lo hemos hablado porque nunca ha llegado a surgir el tema, es más, creo que ni siquiera has llegado a pensar el motivo por el que insistía tanto en jugar contigo. Veras, cuando me enteré de que iba a ser padre, no sabía si iba a hacerlo bien, me convertí en una persona bastante insegura respecto a ese tema, más de lo que ya era cuando joven, si no me crees, pregúntale a tu madre, pero cuando naciste, y paso el tiempo, no se... Llegue a pensar que, podría tratarse de una tontería y que lo haría bien, supongo que fue la típica crisis que tienen todos los padres primerizos.

Bueno, como decía, aquella crisis, aquella inseguridad desapareció con el tiempo, hasta que me separe de tu madre. Cuando me separe y supe que te vería menos, muchísimo menos de lo que tenía pensando, aquella inseguridad, aquel miedo volvió a aparecer. Las veces que te venias conmigo, no... No sabía muy bien que hacer contigo, era como si te hubiera dejado de conocer, supongo que fue debido a que deje de verte y de saber de ti a raíz del divorcio, hasta que no se aclaró todo, no pude volver a verte, y cuando por fin pudiste venirme conmigo, a mi casa, ósea aquí por primera vez, no... No sabía como ejercer de padre. Y fue entonces

cuando viniste con un juego, lo recuerdo como si fuera ayer. Estábamos en esta habitación, en teoría estábamos viendo una película de Disney, no recuerdo cual era, solo recuerdo que era de Disney, pero digo en "Teoría" porque dejaste de prestarle atención, para centrarte en un juego que tenía en una de las estanterías, el parchís, un juego clásico, ¿Verdad? El caso es que, me dijiste que querías jugar, así que lo cogí, te enseñe las normas como pude para que las pudieras entender, y jugamos. No ganaste ni una sola vez, pero recuerdo que aquella vez te lo pasaste bien, y entonces pensé que no estaba todo perdido. Pensé que, podría enseñarte algo bueno, algo divertido, algo que... Podría convertirme en un buen padre, había también otras cosas, por supuesto, pero aquella fue la que realmente me salía del corazón, es una lástima que al final no lo haya hecho bien, ¿Verdad?, ¡Ahhh! Bueno, será mejor que acabe ya. Bueno, espera, falta una cosa, ya sabía que se me olvidaba algo. David, cuando me estabas contando la razón por la que no te gustaba jugar conmigo, dijiste algo que capto mucho mi atención, dijiste que, si ganabas, me sentiría orgulloso de ti. Siento decirte que te equivocas. No hace falta que ganes una partida para que me sienta orgulloso de ti, ya lo estoy, todos los días lo estoy, ¿Cómo no iba a sentirme orgulloso de ti con lo buen hijo que eres y con esos pedazos de notas que me sacas? Se que algún día serás alguien muy importante, aunque yo no este, al igual que sé que algún día te casaras y formarás una familia.

Te quiero hijo, te quiero muchísimo, y siento no haber podido pasar más tiempo contigo. Al igual que siento todo lo que ha ocurrido aquí.

Tu padre.

P.D: No sé si servirá de algo, pero dile a tu madre de mi parte, que lo siento.

P.D 2: Según la diana, el jugador que matara al jugador rival ganaba la partida. Se que tu no me has matado, pero antes de morir la diana no paraba de anunciar que el "Jugador 1" había ganado la partida, y si recuerdo bien, el "Jugador 1" eras tu. Así que eso te convierte en el ganador de la partida, así que... ¡Enhorabuena, hijo, ves como al final el esfuerzo tiene su recompensa!

P.D 3: Necesito que me hagas un favor, ya que yo no podré hacerlo, porque... Bueno ya sabes por qué. ¡Destruye esa jodida diana, no permitas que nadie más conozca su existencia!"

David no había terminado de leer la carta cuando ya había comenzado a llorar, y cuando leyó la segunda posdata que le había dejado su padre, rompió a sollozos como un bebe, su sueño. Su sueño, había sido

cumplido, no como el esperaba, pero se habia cumplido, al fin y al cabo.

- ¡Papa! – Exclamo mientras arrugaba la carta y se le llevaba a la cara. -
¡Nunca fuiste un mal padre, nunca!

Siguió llorando durante un buen rato, y cuando se calmó un poco,
desarrugo la carta y volvió a leerla con detenimiento.

- Yo también te quiero papa. - Exclamo una vez termino de leer la carta. -
Te echare mucho de menos.

Y cuando dijo aquellas palabras, se guardó la carta en el bolsillo, y se
dispuso a cumplir el favor que le habia pedido su padre.

Debía de destruir la diana.

Solo que, ¿Dónde estaba ahora?

Habia estado allí durante todo el rato, frente a ella, mientras leía la carta,
y nadie habia entrado en la habitación, nadie. Si alguien hubiera entrado,
se hubiera enterado, y más si hubiera intentado coger algún objeto de
aquella habitación, y mucho más si se trataba de la diana, era un objeto
grande y pesado, y para cogerlo era inevitable hacer ruido. *¿Cómo es
posible que la diana haya desaparecido?* – Se pregunto mientras
observaba el pequeño hueco vacío en el que habia estado la diana. -
*¿Quién demonios se ha llevado ese maldito aparato?, ¿Cómo demonios
cumplo yo ahora la promesa de mi padre?*

FIN